Enrique Gallud Jardiel



CHUNGAS Y PITORREOS TEATRALES

Comedietas históricas

CHUNGAS Y PITORREOS TEATRALES

Comedietas históricas

Enrique Gallud Jardiel

CONTENTS

LOS DIOSES SON BUENOS

Salón en el palacio del reino de Ítaca, una isla en el mar Jonio. Salen el rey Ulises, y la reina Penélope. Hay que decir que es un reino pequeñito y sin mucho dinero, así es que el salón donde se desarrolla la acción no es muy lujoso, que digamos.

PENÉLOPE.—*(Con natural brusquedad, que deja entrever un carácter muy poco dulce.)* ¿Querías hablarme, mi esposo y rey?

ULISES.—*(Tímidamente, pues se ve que su mujer le impone bastante.)* Sí, esposa mía muy amada. El caso es que... ¿Cómo te lo diría yo? *(Aparte.)* ¿Cómo se lo digo? Seguro que coge un cabreo prehomérico de mucho cuidado.

PENÉLOPE.—*(Autoritaria.)* ¡Habla!

ULISES.—Pues veras: he recibido una carta.

PENÉLOPE.—¿Una carta?

ULISES.—Una carta importante. *(Vacila sobre si decirlo o no. Al final, se decide.)* De... Agamenón.

PENÉLOPE.—*(Montando en cólera.)* ¡De Agamenón! ¡Zeus bendito! No, si ya me lo figuraba yo. ¡Ya lo sabía!

ULISES.—Penélope..., por todos los dioses, ¡tranquilízate!

PENÉLOPE.—¡¿Que me tranquilice?!

ULISES.—Sí, tranquilízate.

PENÉLOPE.—¡Agamenón no puede escribir para nada bueno! Querrá liarte en alguna empresa descabellada de las suyas, ¡como si lo viera!

ULISES.—Bueno...

PENÉLOPE.—Venga, ¡habla! ¿No irás a callarte ahora? Acaba lo que has empezado y cuéntamelo con pelos y señales. Quiero saberlo todo.

ULISES.—La cosa es así: ¿te acuerdas del Menelado, el hermano tonto del rey Agamenón?

PENÉLOPE.—¡Qué inculto eres, Ulises! Siempre lo dices mal: es Menelao, sin la de.

ULISES.—¿Sin la de?

PENÉLOPE.—Sin la de. Menelao, Menelao. ¡No aprenderás nunca!

ULISES.—No, en serio: creía yo que era Menelado, como ‘cansado’ o ‘tumbado’.

PENÉLOPE.—Pues no. Eso que haces es una ultracorrección.

ULISES.—Yo pensé que estaba bien ser ultracorrecto.

PENÉLOPE.—Pues no lo está. Sigue.

ULISES.—Como fuere. Sabes que Menelao se casó hace poco. ¿Recuerdas a la bella Helena, su esposa?

PENÉLOPE.—¡Ah! *(Con sorna.)* ¡La bella Helena! ¿Esa que se las da de guapita y se cree mejor que nadie?

ULISES.—Esa misma.

PENÉLOPE.—No sé cómo a los hombres os gustan esas mujeres escuchimizadas y esqueléticas que consiguen mantenerse delgadas sin dejar de comer como cerdas. Porque os gustan mucho.

ULISES.—A mí no; te juro, mi flor de Afrodita, que a mí no me gustan ni pizca.

PENÉLOPE.—Además, por lo que he escuchado, la tal Helena se tiñe el cabello.

ULISES.—Puede ser; yo no tengo ni idea. Por mí, como si está calva.

PENÉLOPE.—Seguro que cuando fuiste a las bodas de Menelao no le quitaste ojo.

ULISES.—Ya te he jurado que no, mi amor. Ni siquiera me fijé en ella.

PENÉLOPE.—¡Hum! Bueno: prosigue.

ULISES.—El caso es que Agamenón me cuenta que se armó un follón de cuidado. Llegó a su corte Paris, un principito de Troya. Era una visita protocolaria, ya sabes: para firmar tratados de esos que nunca se ratifican ni mucho menos se implementan y que acaban no sirviendo para nada. Le agasajaron, le llevaron de acá para allá dándole banquetes, enseñándole museos, invitándole a poner primeras piedras y cosas por el estilo y todo tendría que haber acabado ahí.

PENÉLOPE.—¿Y qué pasó?

ULISES.—Pues que el muy estúpido se enamoró perdidamente de Helena, al parecer, y la raptó.

PENÉLOPE.—¡Ya sabía yo que esa zorra armaría algún lío!

ULISES.—¿Ella?

PENÉLOPE.—¡Claro! ¿O es que eres tan tonto como para no darte cuenta de lo que debe de haber sucedido?

ULISES.—Él la raptó, se la llevó por la fuerza.

PENÉLOPE.—Ulises, tú eres imbécil. Ya me lo decía mi madre: «No te cases con ése, hija; que a las mujeres les conviene que sus esposos sean unos bobos, pero no se debe exagerar.»

ULISES.—Penélope...

PENÉLOPE.—Ese Paris, por lo que he oído, es un jovencito. Ella le dobla la edad, porque será todo lo delgada que tú quieras, pero los cuarenta ya no los cumple.

ULISES.—¿Tú crees?

PENÉLOPE.—Calcula: yo recuerdo que cuando se casó con Menelao ya era conocida por su legendaria «belleza». *(Irónica.)* ¡Su belleza...! Y dime tú a mí: ¿a ti te parece que la fama de legendaria se consigue de un día para otro? ¡No, querido! Hace falta mucho tiempo para que las noticias vayan de acá para allá. Hacerse famoso lleva su tiempo. Créeme. Tiene cuarenta y tantos y puede que me quede corta.

ULISES.—¿Entonces?

PENÉLOPE.—Pues habrá engatusado al niñato de Paris con algún truco.

ULISES.—*(Imaginándoselo.)* Tienes razón: puede que sea muy buena en la cama.

PENÉLOPE.—¡¡Ulises!!

ULISES.—¿Sí, mi amor?

PENÉLOPE.—¿Qué estás pensando?

ULISES.—¿Yoooo?

PENÉLOPE.—Sí, tú.

ULISES.—Pues... nada. Pienso en el disgusto de Menelado.

PENÉLOPE.—*(Irritada.)* ¡Menelado, Ulises, no seas necio!

ULISES.—Menelao, sí. Pues eso, que pienso en lo mal que se lo ha tomado.

PENÉLOPE.—¿Y a ti que te importa Menelao? Jamás se ha portado bien con nosotros. Nunca me manda flores, ni una mísera tarjeta de felicitación por mi cumpleaños, y eso que somos primos terceros. Se tiene merecido lo que le pase. ¡Anda y que se amuele!

ULISES.—Amada: esas expresiones son impropias de una reina.

PENÉLOPE.—¡Qué se amuele, te digo!

ULISES.—Bien, como tú quieras: que se amuele.

PENÉLOPE.—Eso. Pero, dime una cosa: ¿él la aceptó así, sin dote ni nada?

ULISES.—¡Pero cómo iba a haber dote, si la raptó! Ella no tuvo tiempo ni de coger sus joyas. Paris estaba impaciente por llevársela a Troya para hacerle lo que se suele hacer habitualmente tras un rapto.

PENÉLOPE.—Chico, ¡qué fogosidad!

ULISES.—Sí. Parece ser que tuvo un *coup de foudre.*

PENÉLOPE.—¿Qué es eso? ¿Alguna enfermedad súbita?

ULISES.—No, mujer: *coup de foudre* es un flechazo, en idioma francés.

PENÉLOPE.—¡Tonterías! ¡Esa lengua aún no existe! ¿Así es que un flechazo, eh?

ULISES.—Sí. Pero, continuando con lo que te contaba: el asunto no es vengar a Menelado… a Menelao.

PENÉLOPE.—¿Ah, no?

ULISES.—Bueno, sí; pero eso no sería el principal objetivo sino más bien… ¿cómo decirlo?… un efecto secundario.

PENÉLOPE.—Explícate y no me vengas con estupideces.

ULISES.—Agamenón me cuenta que quiere tomar Troya, no tanto por recuperar a Helena, sino por controlar las rutas comerciales.

PENÉLOPE.—¡Ese Agamenón siempre ha sido un sinvergüenza!

ULISES.—Mujer, que es el caudillo de la federación de reyes griegos…

PENÉLOPE.—Lo dicho: ¡un sinvergüenza! ¿O es que te atreves a llevarme la contraria?

ULISES.—*(Achantado.)* No, mi amor. Si tú lo dices, seguro que lo es.

PENÉLOPE.—No lo dudes ni por un momento. Y en Troya ¿qué dicen a todo esto?

ULISES.—En Troya, el rey Príamo se prepara para la guerra.

PENÉLOPE.—*(Despectiva.)* Príamo: otro subnormal. ¿No se le ha ocurrido darle un capón a su hijo Paris, mandar a Helena de vuelta con su marido, pedir perdón y evitar así la contienda? Todo el follón se ha armado por culpa de esa furcia, ¿no? Pues la devuelven y ya está.

ULISES.—No la devuelven porque saben que ella es sólo un pretexto para hacerles la guerra, algo que Agamenón pretendía desde hacía mucho.

PENÉLOPE.—¿Sabías que Liporcio, uno de los sobrinos de

Agamenón, tiene una forja de espadas y escudos que vende a los ejércitos de las *polis* que controla su tío?

ULISES.—No lo sabía.

PENÉLOPE.—Pues ya lo sabes.

ULISES.—Entonces, como la guerra va a tener lugar sí o sí, Príamo, convencido de que todos han de morir ante el ataque de los griegos, ha decidido que al menos Paris disfrute un poco con la chica antes de palmarla.

PENÉLOPE.—¿Y puede saberse qué pito helénico tocas tú en todo este asunto?

ULISES.—Pues que Agamenón me pide... no: me exige que vaya a combatir a su lado, junto con mis tropas, como rey vasallo suyo que soy.

PENÉLOPE.—*(Tras una pausa y mirando a su esposo muy fijamente.)* ¡No me digas que juraste hacerlo en algún momento!

ULISES.—*(Avergonzado y en voz muy bajita.)* Lo juré.

PENÉLOPE.—*(Indignadísima.)* ¡Serás cretino! ¡Serás borrico! ¿Pero cómo se te ocurre jurarle nada a Agamenón ni a nadie?

ULISES.—Ya lo sé, ya lo sé: metí la pata. Pero ahora tengo que mantener mi palabra.

PENÉLOPE.—¿Y...?

ULISES.—He de zarpar mañana mismo, con mis hombres.

PENÉLOPE.—¿Mañana?

ULISES.—Sí: mañana.

PENÉLOPE.—¿A la guerra?

ULISES.—Pues claro que a la guerra. Agamenón no me invita a que le acompañe en una jira campestre.

PENÉLOPE.—¡No te hagas el gracioso!

ULISES.—Perdóname, mi tesoro heleno.

PENÉLOPE.—¡Qué marido más tonto tengo!

ULISES.—Y es por eso por lo que he de pedirte permiso para marcharme a cumplir con mi deber.

PENÉLOPE.—Pues tendré que dártelo, muy a mi pesar. No estoy dispuesta a que mis amigas me critiquen y digan que me he casado no sólo con un idiota, sino también con un cobarde.

ULISES.—¡Qué buena eres!

PENÉLOPE.—Pero tendrás que volver pronto.

ULISES.—Por supuesto, mi amor. Mira: Agamenón tiene ya todo dispuesto y a sus ejércitos embarcados. Ha tenido problemas de navegación, pero los ha resuelto.

PENÉLOPE.—¿Problemas?

ULISES.—Sí; al parecer no había viento para impulsar las naves. Consultó a un adivino, que le dijo que era la voluntad de los dioses que le cortara el cuello a su hija Ifigenia en la piedra sacrificial. Si lo hacía, todo se le arreglaría.

PENÉLOPE.—¿Eso pidieron los dioses? Los dioses son malos.

ULISES.—¿Malos? Yo lo dejaría en puñeteros.

PENÉLOPE.—Son malos, malos.

ULISES.—No digas esas cosas. Si te escucharan, su ira podría sería terrible.

PENÉLOPE.—Sí, pero es poco probable que estén oyéndome, porque por lo general tienen sus propios asuntos de los que ocuparse. Mientras no les invoques, no se preocupan de ti para nada ni te hacen ningún caso. ¿Y Agamenón le rebanó el cuello a su hijita?

ULISES.—¡A ver! No tenía otra.

PENÉLOPE.—Agamenón tiene varias hijas.

ULISES.—Ya lo sé. Lo que quiero decir es que no tenía otra opción.

PENÉLOPE.—¡Ah, vamos!

ULISES.—Que no tenía otra opción que obedecer los designios divinos. Además, ¡le hacía tanta ilusión invadir Troya! A fin de cuentas, hijas se pueden tener tantas como se quiera: sólo es cuestión de ponerse a ello. Pero no todos los días puedes conquistar una ciudad como Troya. Y a un rey eso le queda muy bien en su currículo.

PENÉLOPE.—¿Y cuándo la mató?

ULISES.—Ayer por la tarde, un poco antes de cenar; y esta mañana ya se han levantado los vientos favorables que llevarán a sus naves hasta las costas de Troya. Agamenón se ha puesto contentísimo.

PENÉLOPE.—Bueno. Al menos hay alguien al que sí le salen las cosas a su gusto. ¡Qué envidia me da! Ha tenido que matar a su hija, eso es cierto; pero dicen los sabios que sarna con gusto no pica.

ULISES.—Así es. Y yo estoy convencido de que volveremos enseguida. Los troyanos no tienen ni media bofetada y sus muros caerán como si estuvieran hechos de barquillo. Llegamos, asediamos un poco, digamos dos o tres días a lo sumo, entramos en la ciudad… Son unos treinta mil, poco más o menos. En una semana, como máximo, los habremos pasado a cuchillo a todos. Saqueamos un poco, quemamos otro poco… Quince días, yo le calculo. Antes de fin de mes me tendrás de nuevo a tus plantas, mi amada esposa.

PENÉLOPE.—He estar tanto tiempo privada de mi marido. ¡Los dioses son malos!

ULISES.—Volveré pronto, te digo. Antes de que te des cuenta, ya estaré otra vez aquí.

PENÉLOPE.—*(Amenazadora.)* ¡Más te vale que sea verdad! Ya sabes que no me gusta estar sola. Me aburro mucho.

ULISES.—¡Pero te he comprado una partida nueva de esclavos, para que te diviertas torturándolos, mi amor…! Te durarán hasta que yo vuelva.

PENÉLOPE.—*(Resignada a la partida de su esposo.)* Tienes que traerme de Troya un collar de malaquita. Los de allí son famosos.

ULISES.—Descuida.

PENÉLOPE.—¡No se te ocurra venir sin él!

ULISES.—¡Claro que no!

PENÉLOPE.—Y también quiero una túnica de hilo de seda color magenta. Y un broche de plata con topacios. Dicen que en Troya los hacen muy bonitos. Saquéalos para mí. Ya que has sido tan majadero como para dejarte liar en una guerra innecesaria por una vieja casquivana, por lo menos que sirva para algo. Así es que no te olvides de los encargos que te he hecho. Y también quiero... Bueno, quiero bastantes cosas. Mejor te escribo una lista, porque eres tan inútil que, si no te la hago, te olvidarás de todo. Espera aquí. *(Penélope se marcha.)*

ULISES.—*(Tras asegurarse de que Penélope se ha alejado, da un tremendo suspiro de alivio.)* ¡Uf! Lo conseguí. Tengo permiso para ir a la guerra. ¡Ojalá que los muros de Troya aguanten nuestros ataques y tardemos mucho tiempo en vencer! *(Se dirige a la estatua de Zeus y le invoca.)* ¡Oh, padre supremo! ¡Si te he honrado bien, si merezco tu compasión, accede a mi súplica!

(El dios Zeus, con su rayo en la mano, se aparece ante Ulises, que se postra ante él, con gran naturalidad, como si aquello pasase todos los días.)

ZEUS.—¡Saludos, mortal! Con tu devoción por mí divina persona, te has hecho digno de mis dádivas. Dime qué puedo hacer por ti. Pero sé breve como un rayo de los míos, porque tengo asuntos importantes en otra parte.

ULISES.—¡Oh, gran dios! Sólo una cosa te pido: haz que esta guerra que va a iniciarse dure mucho, para que pueda yo vivir tranquilo lejos de mi hogar y mi esposa.

ZEUS.—¿Diez años te parecen suficientes?

ULISES.—¿Sólo diez? Seguro que puedes hacerlo mejor, ¡oh, padre de todas las criaturas!

ZEUS.—No seas demasiado ambicioso, Ulises. Diez años es mi mejor oferta.

ULISES.—Sea.

ZEUS.—Diez años tardaréis en conquistar Troya, pues. *(Desaparece.)*

ULISES.—*(Haciendo cálculos.)* No está mal. Diez años… y luego, si me entretengo algo por el camino al regresar… Porque hay gente que se pierde por esos mares, no encuentra la ruta de retorno a casa y se pasa varios años dando vueltas como una peonza. Le ha pasado a más de uno. Aunque al final acabaré volviendo, claro está. Bueno, pero para entonces ya veremos. A lo mejor cuando yo retorne, ya Penélope se ha muerto o se ha aburrido de esperar y se ha casado con cualquier pretendiente que pueda salir. Aunque dudo que nadie en su sano juicio quiera pretender la mano de una mujer tan insufrible. Pero no anticipemos acontecimientos. Lo importante es que me libro de ella durante un buen tiempo. *(Se dispone, contentísimo, a hacer la maleta.)* ¡Los dioses son buenos!

TELÓN

EL ELOCUENTE CUERPO DE FRINÉ

Comedia en dos actos cortitos que, a semejanza de los telefilms *que emiten al mediodía, está basada en una historia real*

Acto primero

Una sala de juicios en la antigua Grecia. Como ignoramos por completo cómo solían ser esas salas, nos abstenemos prudentemente de describirla y le pasamos la responsabilidad al escenógrafo. Los jueces del Tribunal están sentados, aunque en una silla cada uno, porque varios en la misma silla resultaría incómodo y hasta un poco sospechoso. Son, en orden alfabético, Tirrias, Poligatos, Karamelos, Aristóbulo y Filoteras. Si estos nombres de personajes son demasiado difíciles para que se los aprendan los actores que los interpretan, pueden llamarse entonces Juez 1º, 2º, 3º, 4º y 5º, aunque, si se diera ese caso, yo les rebajaría el sueldo. Llevan todos una túnica blanca —una túnica cada uno, claro está— y tienen cara de tener pocos amigos y de padecer úlceras estomacales.

TIRRIAS.—*(Que es el presidente del Tribunal y va derecho al grano, porque le esperan en otro sitio y no quiere perder el tiempo.)* ¡Que entre la acusada!

(Dos soldados, con lanzas y faldita por encima de las rodillas, traen a Friné, la protagonista de esta tontería de historia, una mujer de bandera, de ésas que quisieras que te echaran por encima incluso después de haberte muerto, como a los soldados. Los miembros del Tribunal se ponen bastante, bastante inquietos y se remueven en sus asientos. A Friné le sigue Hipérides, su abogado, a quien no podemos describir porque sólo tenemos ojos para Friné.)

POLIGATOS.—Acusada: di tu nombre y linaje.

FRINÉ.—*(Con dignidad.)* Soy Mnesareté de Tespias, pero se me conoce como Friné. Mnesareté era un nombre con unas rimas muy ridículas, por lo que las poesías que los vates me dedicaban parecían todas una chufla. Así es que decidí conservar Friné.

POLIGATOS.—¿Y ese nombre qué significa?

FRINÉ.—Significa «sapo». Tiene algo que ver con mi piel, pero os aseguro que quien me puso ese apodo no estaba capacitado para juzgar a las féminas.

KARAMELOS.—¿Por qué dices eso?

FRINÉ.—Porque fue el único hombre que se ha resistido jamás a mis encantos. *(Murmullos de sensación en el Tribunal.)*

TIRRIAS.—Eres osada y directa. ¿Reconoces, pues, tu condición de mujer liviana?

FRINÉ.—Soy una hetaira, si es a eso a lo que te refieres, y me precio de la calidad de los servicios que ofrezco. Salvo la excepción que os he mencionado, nunca he recibido la menor queja por mi trabajo.

ARISTÓBULO.—*(Aparte, contemplándola fijamente.)* Me lo creo. *(Alto.)* Por cierto: ¿mantuviste relaciones... digamos, profesionales con el divino Praxíteles, no es así?

FRINÉ.—Desgraciadamente.

ARISTÓBULO.—Explícate.

FRINÉ.—Es bien fácil de suponer: el muy sinvergüenza me tomó de modelo repetidas veces para esculpir estatuas de Afrodita, la diosa del amor y la hermosura.

ARISTÓBULO.—¿Y bien?

FRINÉ.—Pero aún me debe mi sueldo. El muy tacaño se forró a base de bien con su *Venus de Cnido*, pero a mí me adeuda aún un montón de sesiones. Y no me gusta trabajar y no recibir el dinero que me corresponde.

TIRRIAS.—Entendemos, pues, que ejercéis vuestra profesión por amor al dinero.

FRINÉ.—¡Desde luego que sí! No lo hago por gusto. Si pudierais imaginar el grado de deterioro físico de los vejestorios que requieren mis habilidades, no me haríais esa pregunta. Y ya que estoy aquí, ¿qué tal si tomáis nota de lo que me debe el escultorucho ese de Praxíteles y hacéis algo al respecto?

TIRRIAS.—Eso no es de la incumbencia del Tribunal. Pero, antes de seguir, hay algo que ha picado mi curiosidad.

FRINÉ.—Hablad.

TIRRIAS.—Desde que se ha iniciado este juicio, vuestro abogado no ha pronunciado palabra alguna. ¿Es un abogado mudo que, por serlo, os hace una rebaja en sus tarifas?

FRINÉ.—No, señor. Es un orador famoso, venido desde Olimpia especialmente para este proceso. Lo que pasa es que ha cogido un catarro por el camino y está completamente afónico, por lo que no puede intervenir eficazmente en mi defensa.

HIPÉRIDES.—*(Con un hilo de voz.)* En efecto... Y nadie lo siente más que yo, porque tenía escrito un alegato de inocencia que era una preciosidad.

KARAMELOS.—*(Dirigiéndose a Friné.)* También Apeles, el pintor, os retrató como una deidad, saliendo de las aguas.

FRINÉ.—Lo hizo. Y tengo reuma por su culpa, pues me hacía posar dentro de una bañera y tardaba una eternidad en realizar sus bocetos, ¡Nunca he visto a un tipo más lento moviendo un pincel ni ninguna otra cosa! Sospecho que a los incautos que le encargaban los cuadros les cobraba por hora trabajada.

TIRRIAS.—Bien. Todo eso es historia antigua. Os halláis aquí acusada de impiedad, de falta de respeto por las creencias y los ritos de Atenas y por profanar los misterios eleusinos: un grave delito que solemos castigar con la muerte.

FRINÉ.— Και σκατά. *[Lo ponemos en griego para no escandalizar al lector.]*

Filoteras.—¡Cómo! ¡Esa insolencia!

FRINÉ.—No se me acusa de profanar los misterios eleusinos, que nadie tiene ni idea de lo que son..., porque por eso son misterios.

TIRRIAS.—*(Aparte.)* En ese punto lleva razón.

FRINÉ.—Estoy ante este Tribunal porque un personaje influyente de la ciudad pretendía mis favores y le rechacé. El que me ha delatado injustamente se llama...

TIRRIAS.—¡No lo digas en voz alta! Acércate y menciónalo en mi oído.

(Friné se acerca y musita algo en la oreja de Tirrias.)

FRINÉ.—*(Susurrando.)* Bisbisbisbisbis.

TIRRIAS.—Estás en lo cierto: ése es tu acusador. Vuelve a tu sitio. (*Aparte.)* Y qué bien huele, la condenada! *(Alto.)* De todas formas, con tu caso ya se ha hecho mucho papeleo y, si te dejáramos en libertad, todo ese trabajo se perdería. Así es que, para ser consecuentes con nuestra burocracia, este Tribunal te condena a muerte. ¿Tienes algo más que alegar en tu defensa?

FRINÉ.—Pues, así, a bote pronto, no se me ocurre nada.

Filoteras.—¿Y tu defensor?

(Hipérides hace gestos de querer decir algo, pero no consigue articular ni una sola palabra que se escuche. Entonces, en un rapto de genialidad, se precipita sobre Friné y le agarra el peplo. El peplo era una especie de túnica que usaban los griegos. Hacemos esta especificación porque hay mucha gente que no sabe lo que es eso y puede pensar que Hipérides la agarró por otro sitio menos decente.)

FRINÉ.—¿Qué haces?

(De un fuerte tirón, Hipérides despoja a Friné de su peplo, dejándola completamente desnuda ante el Tribunal.)

Todos.—*(Asombrados de tanta belleza.)* ¡¡Oooooooooooooooh!!!

*(No hay palabras en griego —y, si a eso vamos, en ninguna otra lengua indo-europea— para describir el grado de estupendez y sex-*appeal *de la prójima. La pausa admirativa de los miembros del Tribunal es tan larga que, para hacerle justicia, no queda otro recurso literario que echar el telón.)*

TELÓN

Acto segundo

(La misma sala del Tribunal. Ha transcurrido un buen rato desde que finalizara el acto anterior, pero no sabríamos precisar cuánto. Los personajes están en la misma posición y disposición en que quedaron al acabar el acto. Friné continúa allí, desnuda, y el Tribunal sigue concentrado en las curvas, como si fueran pilotos de Fórmula 1. Poco a

poco empiezan a recuperar el balbuceante uso de la palabra.)

KARAMELOS.—¡Por Hermes y su santa madre!

ARISTÓBULO.—¡Es increíble!

POLIGATOS.— *(Turbado.)* He tenido un percance que no he podido evitar. Permitidme, jueces, que me retire a asearme un poco. *(Poligatos se levanta y se va, sin dejar de mirar a Friné.)*

FILOTERAS.—¡Qué belleza más heládica!

KARAMELOS.—*(Reaccionando y saliendo de su concentración.)* ¡Me parece imposible que sea impía una mujer que tiene tales formas de diosa!

FILOTERAS.—Estoy de acuerdo con Karamelos. Un ser tan angelical tiene, por fuerza, que ser inocente.

ARISTÓBULO.—¡Dejémosla en libertad, Tirrias!

TIRRIAS.—Pero los papeles la acusan...

ARISTÓBULO.—Nos dan igual los papeles y las pruebas. Aunque fuera realmente culpable, no se puede acabar con la vida de una mujer tan bella. Sería un insulto a los dioses que la crearon.

TIRRIAS.—Yo también me inclino por la clemencia, no creáis; pero el procedimiento jurídico...

ARISTÓBULO.—Por mí, el procedimiento jurídico se puede ir al Hades y volver, que me da igual. Yo me inclino a perdonarla.

FILOTERAS.—Y yo.

KARAMELOS.—Me adhiero.

TIRRIAS.—¿Y Poligatos? Ha de saberse qué piensa él.

ARISTÓBULO.—Creo que Poligatos ha votado ya a su favor de una manera más espontánea que los demás.

KARAMELOS.—Tenemos mayoría.

TIRRIAS.—Sea. Cederé, porque la unanimidad siempre queda bonita. *(A Friné.)* Friné: este Tribunal te absuelve de toda acusación. Quedas en libertad. Puedes irte.

FRINÉ.—*(Aparte, recogiendo su túnica e iniciando el mutis.)* De camino a casa me detendré a encargar algunas almohadas nuevas. Las que tengo están ya muy gastaditas y creo que en los próximos meses no me va a faltar trabajo.

TELÓN

EL SOPONCIO DEL REY ARTURO

Un salón rectangular de inmensas dimensiones en el castillo de Camelot. (Ya saben: ese lugar estúpido en el que Richard Harris le cantaba una canción más estúpida aún a Vanessa Redgrave, tocándole el laúd y subido en un ciruelo.) No hay ningún mueble a la vista. Aparece el rey Arturo Pendragón, seguido de sus doce principales caballeros, que, como no se han conseguido poner de acuerdo acerca de la importancia de cada uno y de quién debe entrar primero en las habitaciones, han decidido hacerlo siempre en riguroso orden alfabético. Así es que salen Sir Belvedere, Sir Bors de Ganis, Sir Elian, Sir Gaheris, Sir Galahad, Sir Gawain, Sir Kay el Senescal, Sir Lamorac de Gales, Sir Lanzarote del Lago, Sir Leon, Sir Perceval de Gale y Sir Tristán de Leonis. En realidad no hacía ninguna falta que los presentáramos a todos, porque la mayoría de ellos no van a decir ni una sola palabra en toda la comedieta, pero, en fin: ya está hecho y no es cosa de borrarlo. Al ver el cuarto vacío, Arturo pone una tremenda cara de asombro, como si acabara de ver a los cuatro evangelistas y a dos amigos suyos vestidos de pierrot *y sentados en el suelo, jugando al tute arrastrado.*

ARTURO.—*(Con indignación)* ¿Y la mesa? *(Los caballeros se miran unos a otros, sin saber qué responder.)*

SIR PERCEVAL.—¿Qué decís, mi señor?

ARTURO.—¡La mesa! ¡La tabla redonda! ¡Mi tabla!

SIR PERCEVAL.—*(Mirando en derredor.)* ¡Ay, es verdad! No está.

ARTURO.—¿Cómo es posible?

SIR LANZAROTE.—Ayer estaba aquí, ¿no es así?

TODOS.—Sí, en efecto, claro, por supuesto, ya lo creo, sin duda, ciertamente. *(No es que todos los caballeros digan todas estas frases a la vez, como si fueran un orfeón bien sincronizado, sino que cada uno dice una, la que más le gusta. Arturo, con un cabreo bretón, se dirige a la puerta por donde ha entrado y grita hacia dentro.)*

ARTURO.—¡Guardias! ¡Llamad a la reina Ginebra! ¡Que venga de inmediato a mi presencia!

SIR PERCEVAL.—*(Aparte, a Lanzarote.)* ¿Vos sabéis algo de esto, por ventura?

SIR LANZAROTE.—En absoluto.

ARTURO.—*(Llevándose las manos a la cabeza.)* ¿Cómo ha podido desaparecer de un día para otro? ¡Si pesaba un quintal! ¡Y medía...! ¿Cuánto medía, Sir Galahad? Vos lo sabréis, que tenéis buena memoria para estas cosas.

SIR GALAHAD.—Medía treinta y cinco metros de diámetro, majestad.

ARTURO.—Eso.

(Entra en escena, majestuosa, la reina Ginebra. Pasa por delante de los presentes, lanzándole una sonrisa seductora a Sir Lanzarote sin que el rey se aperciba. Los caballeros se dan codazos de connivencia.)

SIR LANZAROTE.—*(Aparte.)* Esta Ginebra me embriaga. *(No se nos oculta que este chiste es malísimo, pero no nos hemos podido resistir a la tentación de hacerlo, porque la situación lo estaba pidiendo.)*

GINEBRA.—¡Dios os guarde a todos, flores de la Cristiandad!

SIR GALAHAD.—*(Aparte, a Sir Perceval.)* ¿Qué ha dicho? ¿Nos ha llamado lo que creo que nos ha llamado?

SIR PERCEVAL.—*(Aparte, a Sir Galahad.)* No penséis mal. Creo que lo ha hecho sin segundas. Pretendería llamarnos «flor y nata de la Cristiandad», sólo que se le ha olvidado la nata. ¿Os habéis fijado cómo favorece al caballero del Lago?

SIR GALAHAD.—*(Aparte, a Sir Perceval.)* ¡Hombre, por supuesto! ¡Sea usted rey para esto...! Está claro que no se debe envidiar a nadie en esta vida.

GINEBRA.—A ver: ¿cuál es el problema que os tiene tan soliviantados? ¿Por qué esos gritos, Turete?

ARTURO.—*(Aparte, a Ginebra.)* ¿Cuántas veces os he rogado que no me llaméis así delante de mis caballeros? Luego me cuesta mucho hacerme respetar por ellos.

GINEBRA.—Eso te va a pasar te llames como te llames.

ARTURO.—Ya sabéis que son muy levantiscos y rebeldes, y que

no obedecen a nadie.

GINEBRA.—¿Ah, sí? Yo creí que sólo les pasaba contigo.

ARTURO.—*(En voz alta. En tono de enfado.)* Amada esposa: he convocado a los Caballeros de la Tabla Redonda a un solemne Consejo de urgencia para ver si nos ponemos de acuerdo de una puñetera…

GINEBRA.—*(Reconviniéndole.)* ¡Arturo!

ARTURO.—*(Moderando su tono.)* … para ver si nos ponemos de acuerdo y dejamos solventado de una vez por todas quién va a ir a buscar el Santo Grial, que parece que a nadie le apetece especialmente y es algo que hay que hacer, un tema que tenemos pendiente desde hace tiempo. Ya ya comprenderéis, señora, que un asunto de tanta trascendencia requiere un entorno digno, que no podemos tratarlo poniéndonos en corro y que los caballeros de la Tabla, sin Tabla, no hacen muy buen papel, que digamos. Así es que os conmino a que me digáis dónde está mi querida Tabla, honor y prez de Camelot y de la caballería sajona.

GINEBRA.—Es bien sencillo. La he tirado.

TODOS.—*(Con gran sorpresa.)* ¿Eeeeeeh?

ARTURO.—¿¡Que la has tirado!?

GINEBRA.—A la basura. Bueno, no exactamente: la he mandado hacer astillas para las chimeneas.

ARTURO.—*(Que no da crédito a lo que está oyendo.)* ¡Astillas para la chimenea!

GINEBRA.—Claro, hombre. Tenía la carcoma, Turete. Ya no valía para nada. No sé por qué te empeñabas en conservarla. Ya el año pasado te dije que te deshicieras de ella. Me aseguraste que lo harías, me lo prometiste. Pero como eres como eres y tienes esa manía de ir acumulando cosas viejas por si algún día pueden servir para algo…

ARTURO.—Os digo que la mesa, con un poco de cuidado, hubiera podido servir muy bien unos años más.

GINEBRA.—¡Qué va! Se caía a pedazos.

ARTURO.—¿Y dónde celebraré ahora mi Consejo?

GINEBRA.—¿Qué tal bajo un árbol?

ARTURO.—¡Bajo un árbol...!

GINEBRA.—O puedes hacer las sesiones más cortas y celebrarlas de pie. de esta manera decidiréis menos cosas y eso saldremos todos ganando. Además, recuerda que también te dije entonces que si tanta falta te hacía la dichosa mesa, que te mandaras fabricar una nueva.

ARTURO.—¡Una nueva! Pero, señora, ¿vos sabéis, por ventura, cuánto cuesta una mesa?

GINEBRA.—*(Con ingenuidad.)* Pues no.

ARTURO.—¡Un Potosí!

GINEBRA.—¿Un qué?

ARTURO.—Un Poto... Bueno, no lo entenderíais porque aún no se han descubierto las Américas, pero creedme que es algo muy costoso.

GINEBRA.—¿Muy costosa una mesa?

ARTURO.—Es que somos muchos a sentarnos, y como las sillas son duras y las sesiones se nos hacen muy largas, ya que las sillas son incómodas, por lo menos la mesa tiene que ser grande para que estemos anchos y podamos hacer los desayunos de trabajo como es debido.

GINEBRA.—Mira, Turete: no me vengas con historias, que te conozco. La mesa era un trasto asqueroso y muy mal construido. Era inmensa, por lo que teníais que chillar como energúmenos para que os oyeran los que estaban lejos. Pero ése no es el asunto. Lo esencial es que la mesa estaba más podrida que las muelas de una bruja y no he tenido más remedio que deshacerme de ella, en pro de la buena imagen y la higiene del reino.

ARTURO.—*(Pasando del enfado al desconsuelo.)* ¡Mi Tabla Redonda de ciento cincuenta plazas, mi orgullo! ¡El lugar donde se trataban los asuntos cruciales para la seguridad del reino...! *(Deja escapar un suspiro.)* Siempre esperé que se hiciera célebre en la posteridad. Que, pasados los siglos, las gentes recordaran las gestas

de los caballeros que se sentaron en ella.

GINEBRA.—Eso es una solemne tontería. Las gestas, caso de que algunos de estos caballeros las lleven a cabo, cosa que dudo muy mucho y que aún está por ver, las harán en otra parte sin que ninguna mesa intervenga en ellas para nada.

ARTURO.—*(Se deja caer en el suelo y sigue lamentándose, próximo a las lágrimas.)* ¡Un regalo tan bonito que con tanto cariño nos hizo tu padre, el rey de Leodegrance, con motivo de nuestros esponsales...!

GINEBRA.—Te equivocas de medio a medio. La mesa no nos la regaló mi padre.

ARTURO.—¿Ah, no?

GINEBRA.—No. Mi padre nos obsequió con un juego de café con ribetes de oro.

ARTURO.—¿Ese que se rompió en seguida?

GINEBRA.—Ese mismo.

ARTURO.—¿Estáis segura?

GINEBRA.—Completamente.

ARTURO.—Pues yo habría jurado... Si no fue vuestro buen padre, ¿quién diantres nos regaló la mesa, entonces?

GINEBRA.—No tengo ni la más mínima idea.

SIR LANZAROTE.—*(Interviniendo.)* Si me permitís, mi señor, quizá yo pueda avivar vuestra memoria. La Tabla la creó Merlín, con sus artes mágicas, como imitación de la mesa de José de Arimatea, que a su vez era una imitación de la mesa de la última cena de Nuestro Señor.

ARTURO.—Estáis muy puesto en el tema, caballero Lanzarote. Os felicito por vuestra erudición cristiana. *(Arturo rompe a llorar de nuevo y queda en el suelo, arrugado y hecho un guiñapo.)*

SIR LANZAROTE.—*(Intentando calmarle, para que no llore y que luego no se burlen de él las flores de la Cristiandad.)* No os aflijáis tanto, mi señor.

ARTURO.—*(Sollozando desconsoladamente y a moco tendido.)* ¡La Tabla! ¡¡Mi Tabla!! *(Lanzarote aprovecha que el rey no mira para guiñarle el ojo a la reina Ginebra, que le devuelve el guiño con una sonrisa que promete mucho. Todos los presentes, menos el rey, se dan cuenta de esto y hay más risitas y más codazos.)*

SIR PERCEVAL.—*(Aparte, a Sir Galahad y refiriéndose al guiño.)* Mas le valiera al rey llorar por esto y no por lo otro.

TELÓN

CORRERÍAS NOCTURNAS DE HARUN AL-RASHID

Según se cuenta en Las mil y una noches*, el Califa de Bagdad Harun al-Rashid (766-809), de la dinastía abasí, gustaba de disfrazarse de cosas raras y mezclarse entre su pueblo, para enterarse de cotilleos y correr aventuras, hasta que dejó de hacerlo de un día para otro. Los historiadores especulan con que esto se debió a que oyó que sus súbditos decían de él cosas que no le agradaron especialmente y que le designaban con palabras que no es de buen gusto escribir. Pero ésta no fue la verdadera razón. Si ustedes quieren conocerla, lean esta comedieta.*

Primer y último acto (porque sólo hay uno)

Una callejuela de Bagdad, con barro y excrementos de cabras hasta el tobillo de los viandantes. Es de noche. Salen Harun al-Rashid, su ministro Jafar, su poeta de corte Abu Nuwas y Masrur, eunuco del harén y guardaespaldas del Califa. Van los cuatro disfrazados de pordioseros.

HARUN AL-RASHID.—¡Cómo me gusta pasear entre mi pueblo y ver de cerca a mis súbditos!

MASRUR.—*(Aparte.)* Pues esta noche no hemos visto a nadie, porque es tardísimo y están ya todos en la cama.

HARUN AL-RASHID.—*(A Abu Nuwas.)* ¿Estás tomando nota de mis andanzas, Nuwas?

ABU NUWAS.—¡Oh, sí, Emir de los Creyentes! Estad seguro de que la posteridad sabrá de sobra vuestra generosidad y valor.

HARUN AL-RASHID.—No emplees mis títulos para interpelarme. Alguien podría oírnos.

ABU NUWAS.—Y entonces sabría que erais vos y ello aumentaría vuestra fama de campechano entre el pueblo.

HARUN AL-RASHID.—Bueno; a un monarca nunca le viene mal

dárselas falsamente de campechano. A algunos reyes inútiles les ha servido muy bien esa treta.

ABU NUWAS.—Mi única queja, gran señor, es que no puedo contar en mi crónica nada interesante. Vuestro pueblo es feliz bajo vuestra férula, reina la paz en Bagdad y estos paseos nocturnos son muy agradables debido a vuestra excelsa compañía, pero resultan poco emocionantes para un relato.

HARUN AL-RASHID.—No te quejes de tu suerte. Y, sobre todo, no te inventes nada. Cuenta tan sólo la verdad de nuestras salidas nocturnas. Pero no olvides recoger mis frases lapidarias y llenas de sabiduría.

ABU NUWAS.—Desde luego, gran señor. (*Quedan ambos hablando aparte.)*

MASRUR.—*(Aparte. A Jafar.)* ¿Se puede saber qué hacemos aquí a estas horas, Gran Visir?

JAFAR.—*(Aparte. A Masrur.)* Obedecer a nuestro amo, Masrur. No creas que a mí me hace mucha gracia tener que vestirme con estos pingajos. Pero a él le complace esto de andar de incógnito. Dice que es para saber en realidad cómo vive su pueblo, pero eso es una gran mentira. Lo hace para que luego, en las historias, le describan como un monarca moderno y justiciero.

MASRUR.—*(Aparte. A Jafar.)* El caso es que yo tengo que hacer horas extras para acompañarle y cuidar de su persona. Y luego no me las paga. Además, no me fío mucho de lo que esté pasando en palacio durante mi ausencia. Mis ayudantes...

JAFAR.—*(Aparte. A Masrur.)* ¿No confiáis en ellos para la seguridad de las esposas de nuestro Califa? Son todos eunucos, estoy seguro.

MASRUR.—*(Aparte. A Jafar.)* Yo no lo estoy tanto. Al menos, yo no he tenido ocasión de comprobarlo personalmente y de manera directa. Veréis: algunos consiguen el puesto por recomendación.

JAFAR.—*(Aparte. A Masrur.)* ¡Ya!

MASRUR.—*(Aparte. Jafar.)* De todas maneras, no sé para qué quiere un harén: nunca va por allí.

JAFAR.—*(Aparte. A Masrur.)* Es una cuestión de estatus, más

que nada. ¿Qué birria de Califa sería si no tuviera un harén como es debido?

MASRUR.—*(Aparte. A Jafar.)* Y luego está su esposa preferida, su prima Sett Zobeida.

JAFAR.—*(Aparte. A Masrur.)* A quien se dice que al-Rashid ama con amor extremado.

MASRUR.—*(Aparte. A Jafar.)* Yo no sé exactamente con qué la amará, pero caso es que prefiere pasarse las noches pisando estiércol por estas callejuelas infectas en vez de en su compañía, así es que no la querrá tanto.

JAFAR.—*(Aparte. A Masrur.)* La voluntad de Califa debe ser sagrada para nosotros, Masrur. Después de todo, él no sólo es el descendiente del Profeta, sino también quien nos paga el sueldo.

(Por un lateral sale el Cadí, con su patrulla de guardias correspondiente.)

CADÍ.—*(Indignado al verlos.)* ¿Eh! ¿Qué es esto? ¿Mendigos en Bagdad? ¡Qué dirán los turistas chinos que vienen por la ruta de la seda! Nuestra ciudad es famosa por ser un lugar limpio y próspero, donde los pordioseros no importunan a los transeúntes. *(A sus guardias.)* ¡Detenedlos!

HARUN AL-RASHID.—¡Eh? *(Los guardias del Cadí agarran fuerte a los cuatro.)*

MASRUR.—¡Nos hemos caído!

HARUN AL-RASHID.—*(Aparte. A Abu Nuwas.)* Esto no pongas en tu relato. *(Al Cadí.)* ¡Oh, Cadí de Bagdad! ¿Por qué se nos detiene?

CADÍ.—¡Son las ordenanzas municipales, perro! La gentuza como tú no merece pisar las calles de nuestra preciosa ciudad, que es el orgullo de Oriente. Tenemos un edicto que sólo permite pedir limosna en las escalinatas de las mezquitas. En otros lugares está terminantemente prohibido y los que infringen esa ley deben ser encarcelados y azotados sin compasión.

HARUN AL-RASHID.—¿Y quién fue el grandísimo idiota y cretino que decretó tal cosa?

ABU NUWAS.—*(A Harun al-Rashid.)* Fuisteis vos mismo, señor.

MASRUR.—*(Aparte.)* Si no tuviera esa manía de decretar y decretar sin parar todo el rato, no nos veríamos ahora en tan grande apuro.

HARUN AL-RASHID.—*(Al Cadí.)* Pues pese a esa norma, Cadí, deberéis soltarnos. ¡Hacedlo!

CADÍ.—¡Esta sí que es buena! ¿Os atrevéis a darme órdenes? Tomad. (*Le cruza la cara al Califa con la fusta.)*

HARUN AL-RASHID.—¡Por Shaitán y todos los diablos de Gehenna! ¡Cómo duele!

JAFAR.—*(Aparte.)* ¡Lo estoy viendo y no me lo acabo de creer! Este Cadí ha hecho las diez de últimas, eso está claro. Pero antes de que eso suceda, yo no daría un dinar por todos nosotros juntos.

HARUN AL-RASHID.—*(Rabioso.)* ¿Qué habéis hecho? ¿Es que no sabéis quién soy?

CADÍ.—Ni lo sé ni me importa unos orines de camello.

HARUN AL-RASHID.—¡Soy Harun al-Rashid Muhammad al-Mahdi Abu Jafar Abdallah ibn Muhammad al-Mansur, Califa de Bagdad y Comendador de los Creyentes!

CADÍ.—¡Qué humorista!

HARUN AL-RASHID.—Y me acompañan el Gran Visir Jafar al-Barmaki y...

CADÍ.—*(Con sorna.)* Y mi tía, la del pueblo.

HARUN AL-RASHID.—¿Cómo?

CADÍ.—¡No agotéis mi paciencia. *(A los guardias.)* Lleváoslos y encerradles.

JAFAR.—No somos mendigos: ved.

(Saca de la faltriquera una bolsa, que vacía en su mano. mostrando un montón de monedas de oro.)

CADÍ.—¡Oro! ¡Tanto oro en manos de mendigos! ¿Cómo es posible? De seguro que se lo habréis robado a algún honrado ciudadano. Os acusaré, además, de ser ladrones y perderéis vuestra mano derecha. ¡Se os ha caído el pelo!

Jafar.- *(Mostrándole una moneda al Cadí.)* Ved aquí; ¿no reconocéis este perfil? ¿Sabéis de quién es la efigie que aparece en la moneda?

CADÍ.—¡Claro que sí! De nuestro amadísimo Califa, Harun al-Rashid, las bendiciones del Profeta sean con él!

JAFAR.—Pues bien: contemplad el rostro de mi compañero. *(Señala a Harun al-Rashid y éste pone la cara de lado, para que se le vea mejor.)*

CADÍ.—¿Me tomáis por tonto? No se le parece en nada.

HARUN AL-RASHID.—¡Os aseguro que soy el Califa!

CADÍ.—Os haré azotar el doble, por el delito de querer suplantar la personalidad de nuestro muy amado príncipe.

HARUN AL-RASHID.—¡¡¡Os lo juro por Alá, el Clemente, el Misericordioso!!!

CADÍ.—¿Sois perjuro, además? ¡Esto ya es intolerable! ¡Guardias! ¡Dadle su merecido a esta escoria humana!

(Los guardias comienzan a golpear a Harun al-Rashid, dándole puñetazos y puntapiés.)

HARUN AL-RASHID.—¡Ay, mi madre!

MASRUR.—*(A Jafar.)* ¿Por qué no le ha reconocido?

JAFAR.—*(A Masrur.)* El tallista le embelleció para adularle y en las monedas aparece mucho más guapo de lo que es y con la nariz menos ganchuda.

ABU NUWAS.—*(Contemplando cómo le dan la paliza al Califa.)* ¡Lo más original que nos ha pasado y no lo voy a poder contar!

TELÓN

ABELARDO, ELOÍSA Y TRES SEÑORES CON MALAS PINTAS

Una buhardilla en París, allá por el año 1119, cuando hubo aquella cosecha tan buena de melocotones. En escena, escribiendo, Abelardo. Salen tres Esbirros, con cara de pocos amigos.

ESBIRRO 1º.—¡Buenas!

PEDRO ABELARDO.—*(Levantándose.)* ¿Eh? ¿Quiénes sois? ¿Cómo entráis en mi casa sin llamar

ESBIRRO 2º.—Abriendo la puerta.

ESBIRRO 3º.—Sólo había que empujar.

ESBIRRO 1º.—¿Vive aquí Pedro Abelardo?

PEDRO ABELARDO.—¿Quién le busca?

ESBIRRO 1º.—Eso no importa. Contestad: ¿sois vos?

PEDRO ABELARDO.—No.

ESBIRRO 1º.—¿No lo sois? A nosotros nos parece que sí. Lo pone en la puerta.

PEDRO ABELARDO.—¿Os referís al filósofo nominalista, teólogo, poeta y músico, conocido en francés como Pierre Abélard o Pierre Abailard, cuyo nombre en latín es Petrus Abelardus, especialista en lógica y gran dominador de los silogismos y de las disciplinas del «trivium» y el «quatrivium»?

ESBIRRO 1º.—Sí, a ése precisamente.

PEDRO ABELARDO.—Pues no soy yo. Es mi compañero de cuarto, en efecto. Pero ha salido.

ESBIRRO 1º.—Mentís. Estamos convencidos de que sois vos. Vuestra forma de responder os ha delatado, porque nos dijeron que el tal Pedro Abelardo era un pedante de mucho cuidado. *(A los otros.)* ¡Sujetadle!

(Los Esbirros 2º y 3º le cogen por los brazos.)

PEDRO ABELARDO.—Mas, ¿por qué? ¿Qué he hecho yo?

ESBIRRO 1º.—Algo muy agradable, pero con consecuencias muy desagradables, me temo.

ESBIRRO 2º.—¿Os acordais de Eloísa?

PEDRO ABELARDO.—¡Mi Eloísa!

ESBIRRO 2º.—Sí; a quien mandasteis al monasterio de Argenteuil?

PEDRO ABELARDO.—¿Qué hay de ella? ¡Está bien?

ESBIRRO 1º.—¡Oh, ella sí! Ha aprendido a hacer dulces de coco. Se le da muy bien.

ESBIRRO 2º.—Quien no está tan bien es su tío Fulberto, el canónigo de la Catedral de París.

PEDRO ABELARDO.—Pues, ¿de qué padece?

ESBIRRO 2º.—De bilis.

ESBIRRO 3º.—Está ligeramente enfadado por lo que le hicisteis a su sobrina.

PEDRO ABELARDO.—¿Y qué le hice?

ESBIRRO 3º.—Pues un hijo, ¿os parece poco?

ESBIRRO 2º.—Y después la raptasteis y la escondisteis en casa de vuestra hermana hasta que parió.

ESBIRRO 3º.—Y ella tuvo a vuestro hijo.

ESBIRRO 2º.—Al que pusisteis de nombre Astrolabio.

ESBIRRO 3º.—¡Que ya hace falta tener mal gusto!

ESBIRRO 2º.—Y luego la encerrasteis en un convento.

ESBIRRO 3º.—¡Que ya hace falta ser cruel!

ESBIRRO 1º.—Pero, ¿por qué os estamos contando esto que ya sabéis?

PEDRO ABELARDO.—Pues imagino que para que se entere de ello el público.

ESBIRRO 1º.—Probablemente. Pero hacer que los personajes de una obra se cuenten unos a otros algo que ya saben es un recurso literario asqueroso.

PEDRO ABELARDO.—Ello se debe, sin duda, a que el autor de esta comedia, ese tal Gallud Jardiel, es un escritor muy malo.

ESBIRRO 1º.—De eso estamos convencidos. Pero, volvamos a nuestra acción. Hemos venido a castigaros por orden expresa de Fulberto.

PEDRO ABELARDO.—¿Os ha pagado para que me ataquéis?

ESBIRRO 1º.—No. Nosotros ya cobramos a fin de mes y estas actividades esporádicas están incluidas en nuestro contrato.

PEDRO ABELARDO.—¿Y su condición de cristiano y de religioso no induce a Fulberto a la compasión y al perdón?

ESBIRRO 1º.—Creo que habéis leído los libros equivocados.

ESBIRRO 2º.—He aquí la situación: Fulberto se llevará a su sobrina a su casa y nunca más la volveréis a ver. Fingirá que no ha pasado nada. No quiere que este escándalo transcienda.

PEDRO ABELARDO.—¿Vais a cortarme la lengua para que no hable?

ESBIRRO 1º.—Esto... No exactamente.

PEDRO ABELARDO.—¿Cómo?

ESBIRRO 1º.—Quiero decir que no exactamente la lengua.

ESBIRRO 2º.—Hay otras cosas que, una vez cortadas, le dejan a uno sin ninguna gana de hablar de ciertos temas.

PEDRO ABELARDO.—¡No! ¡Tened piedad!

ESBIRRO 3º.—Si fuera por nosotros… Parecéis simpático y nos habéis caído bien. Pero, ¿qué queréis? Nosotros nos dedicamos a esto y dicen que el trabajo dignifica al hombre.

PEDRO ABELARDO.—¿Qué podré hacer con mi vida si lleváis a cabo vuestro diabólico propósito?

ESBIRRO 3º.—Os podéis meter fraile y así, con los votos, no precisaréis de toda vuestra persona.

PEDRO ABELARDO.—¡Fraile!

ESBIRRO 1º.—Yo os daré una idea mejor.

PEDRO ABELARDO.—*(Angustiado.)* ¿Cuál?

ESBIRRO 1º.—Podréis escribir el relato de vuestro padecimiento. Yo lo titularía «Historia de mis calamidades».

PEDRO ABELARDO.—Tendría que ser «Historia calamitatum», en latín.

ESBIRRO 1º.—A vuestro gusto. *(A los Esbirros.)* Bueno, id preparándoos.

(El Esbirro 2º saca un enorme cuchillo.)

PEDRO ABELARDO.—*(Resignado.)* ¡Qué se le va a hacer! Escribiré esa obra magna y me consolaré de mis carencias con la gloria literaria.

ESBIRRO 3º.—Desengañaos. Me atrevo a augurar que ese libro no lo leerá nadie.

TELÓN

LEONARDO, EL PINTAMONNAS

Actito único (porque no es demasiado largo)

El estudio de Leonardo da Vinci en Florencia . Sobre un caballete bien visible, el famoso retrato de Monna Lisa, conocida como «La Gioconda». Está acabado, con la excepción de la cara, que está aún sin pintar. En escena, tres de los ayudantes del pintor. El problema es que los tres se llaman Francesco y esto puede ser un lío de los de campeonato. Así es que, en pro de la claridad, les cambiaremos los nombres a dos de ellos y les llamaremos Pietro y Gian Battista respectivamente. Pero que conste que todos eran Francescos.

FRANCESCO.—¡Otro día más sin encargos!

GIAN BATTISTA.—¡Otro mes más sin cobrar!

FRANCESCO.—Esto no puede ser, queridos amigos. Leonardo está de un vago que apabulla. Hace tiempo que anda distraído y no trabaja en lo que debería trabajar. Antes se ocupaba de los más variados proyectos y ahora se pasa el día tumbado a la bartola.

PIETRO.—¿A la bartola?

FRANCESCO.—Sí. Vos, Pietro, como nuevo ayudante que sois, no sabéis sus costumbres.

PIETRO.—¿Dónde está ahora?

GIAN BATTISTA.—Salió a ver la jirafa.

PIETRO.—¿La jirafa?

GIAN BATTISTA.—Sí; nuestro gran duque, Lorenzo «El Magnífico» la hizo traer de no sé dónde y la pasean por las plazas, para entretenimiento de la plebe.

FRANCESCO.—Yo ya la he visto.

GIAN BATTISTA.—¿Cuándo?

FRANCESCO.—Cuando venía de camino. Por cierto, no es tan

impresionante como dicen: me gustó más el hipopótamo del año pasado.

GIAN BATTISTA.—Aquí llega el maestro.

(Sale Leonardo, ya mayor, con barba blanca.)

PIETRO.—Saludos, maestro.

LEONARDO.—¿Qué tal por aquí? Bienvenido a mi casa, Pietro. ¿Qué tal el viaje desde Pisa? Tengo las mejores referencias tuyas y creo que me serás de mucha ayuda en mis trabajos. Francesco y Gian Battista te enseñarán lo que se espera de ti.

PIETRO.—Ha sido un honor para mí en que me acojáis en vuestro taller, maestro.

LEONARDO.—Bien, bien. *(A Francesco.)* ¿Vino la tiparraca ésa?

FRANCESCO.—No vino, maestro.

LEONARDO.—¡Ya lo sabía yo! Así no se puede trabajar. Hasta que no acabe su dichoso retrato me será imposible concentrarme en otra cosa.

FRANCESCO.—Su esposo os mandó una misiva.

LEONARDO.—¿Ah, sí? Dejádmela leer.

FRANCESCO.—Tened. *(Francesco le entrega una carta.)*

LEONARDO.—*(Leyendo.)* «Estimado Leonardo: Espero que al recibo de ésta os encontréis en buena salud de cuerpo y espíritu cómo yo os deseo... bla, bla, bla... hace meses que espero el retrato que os encargué... recordaréis que os pagué una importante suma por adelantado... accedí sin protestar, aunque era un precio muy abusivo... daos prisa si queréis cobrar el resto.... os demandaré si no me lo entregáis en uno o dos días... os deseo lo mejor. Firmado Micer Francesco di Bartolomeo del Giocondo, comerciante en telas.»

FRANCESCO.—Es un ultimátum.

GIAN BATTISTA.—¡Estamos perdidos! ¿Qué vamos a hacer?

LEONARDO.—Puedo finalizar su retrato en unas pocas horas, eso no sería problema.

PIETRO.—¿Entonces?

GIAN BATTISTA.—La dificultad es que la susodicha dama no ha aparecido por aquí todavía.

PIETRO.—¿Cómo?

GIAN BATTISTA.—Tenía que venir a posar para el retrato. Bueno, en teoría lleva ya seis meses haciéndolo.

PIETRO.—¡Seis meses!

GIAN BATTISTA.—Tenemos la sospecha de que le dice a su esposo que viene al estudio a posar, pero que en realidad aprovecha esas horas para verse con alguien.

FRANCESCO.—No tenemos ninguna sospecha de tal cosa: lo que tenemos es una profunda certeza, acompañada de una sincera convicción.

PIETRO.—¿Para verse con alguien?

GIAN BATTISTA.—Con su amante.

PIETRO.—¿Con su amante?

GIAN BATTISTA.—Con sus múltiples amantes, más bien. No es un secreto para nadie en la ciudad que mantiene relaciones licenciosas con absolutamente todos los amigos de su esposo.

FRANCESCO.—Que no son pocos, precisamente.

PIETRO.—¿Y el marido no sabe nada?

FRANCESCO.—El marido es miope.

PIETRO.—¿Queréis decir que hace la vista gorda y finge no enterarse?

FRANCESCO.—No, al contrario. ¡Es celosísimo! ¡Y muy peligroso!

GIAN BATTISTA.—Lo que queremos decir es que es miope, literalmente. Podríais asistir a una fiesta en su casa y meterle mano a su esposa en su presencia, a menos de un metro de distancia, que el hombre no se daría cuenta.

FRANCESCO.—De hecho, muchos de sus amigos lo hacen.

GIAN BATTISTA.—Pero en cuestiones de dinero es temible.

FRANCESCO.—Se cuenta que a un mercader que le engañó en una transacción lo mandó matar sin pizca de contemplaciones. Lo hizo apuñalar y descuartizar, y luego arrojó sus pedazos a sus perros.

GIAN BATTISTA.—Y así, ese día se ahorró tener que comprarles carne.

PIETRO.—¡Sopla!

FRANCESCO.—Así es que hay que acabar el retrato a toda costa.

LEONARDO.—Y yo soy bueno, pintando. Vamos, que soy un hacha; pero sin modelo, bien poco puedo hacer. Sólo he visto a la Monna Lisa una vez, por la calle y de bastante lejos.

FRANCESCO.—Y no podemos descubrirle el asunto al marido, revelándole que la interfecta no ha aportado nunca por aquí, porque ya le hemos cobrado una cantidad sustancial.

GIAN BATTISTA.—Finalmente le suplicamos a la dama que viniera hoy, aunque sólo fuera una hora, para que el maestro pudiera finalizar su retrato. La emplazamos esta tarde.

FRANCESCO.—Y prometió hacerlo.

GIAN BATTISTA.—Pero no lo ha cumplido.

PIETRO.—¡Canastos!

FRANCESCO.—¿Os hacéis cargo de la situación en la que nos encontramos?

LEONARDO.—Micer Francesco querrá que le devolvamos el dinero del adelanto.

FRANCESCO.—Lo que es imposible, pues se trata de un dinero ya digerido, del que hemos comido los últimos meses.

GIAN BATTISTA.—Y no nos pagará el resto, que nos hace mucha falta.

FRANCESCO.—Y si sospecha que no ha acudido a posar, se

enterará de todo, matará a su esposa tranquilamente y a nosotros también, por encubridores.

PIETRO.—Pues que el maestro acabe el retrato.

LEONARDO.—¿Cómo, sin modelo?

PIETRO.—Es bien sencillo. ¿No decís que el marido es miope? Pintad a cualquiera. Poned cualquier rostro en el hueco. Pintadme a mí.

FRANCESCO.—¿A vos?

PIETRO.—A mí no me conoce. Acabo de llegar a Florencia. Así podréis cumplir con el encargo.

GIAN BATTISTA.—¿Y cuando enseñe el retrato a sus amigos?

PIETRO.—Ninguno se atreverá a decir que no se parece a su esposa, pues a todos les interesa que el marido crea que su mujer estuvo viniendo a posar todas las tardes y no sospeche nunca que estuvo gozando con ellos.

FRANCESCO.—¡Es una idea diabólicamente magnífica!

GIAN BATTISTA.—Pero hay un inconveniente: la posteridad hallará una expresión extraña en el retrato.

LEONARDO.—¡Al diablo la posteridad! Yo lo que quiero es cobrar.

GIAN BATTISTA.—Y puede que noten algo raro en su sonrisa, porque vos, Pietro, y perdonadme que os lo diga, tenéis una boca muy rara.

PIETRO.—No importa. Eso hará el rostro más enigmático y dará a los críticos de arte materia en la que entretenerse y con la que especular.

FRANCESCO.—Bueno, no creo que ningún crítico preste atención especial a este cuadro.

LEONARDO.—¡Voy a ponerme manos a la obra! Pietro: os auguro grandes cosas para el futuro. Siempre me han gustado los listos. Preparaos para posar. Vamos a acabar el cuadro de una dichosa vez. Lo entregaremos y confiemos en que el marido lo acepte sin fijarse mucho. Con un poco de suerte, será una obra que

pasará completamente desapercibida y, después de unos pocos días, ya nadie se acordará nunca de ella.

FRANCESCO.—Es lo más probable.

TELÓN

EL CAMELLO DEL VISIR

El año 359 de la Hégira [970 a.C.]. Un lujoso salón en el palacio del Gran Visir de Persia, Abdul Qasim Ismail. No sabemos cómo era el lugar, pero seguro que había muchos almohadones de brocado por todas partes. El Visir, acomodado, lee un libro o eso finge hacer. Salen Ahmad y Rahman, consejeros.

AHMAN.—¡Gran señor!

RAHMAN.—¡Permítenos, ¡oh, comendador de los creyentes!, que lleguemos ante tu augusta presencia.

GRAN VISIR.—Pasad, mis fieles servidores y amigos. Estaba entreteniendo mis ocios con mi pasatiempo favorito: la lectura.

AHMAN.—Pero, señor, sostenías el libro del revés...

GRAN VISIR.—*(Mosqueado.)* ¡Eh! ¿Qué dices?

RAHMAN.—*(Aparte, a Ahmad.)* ¡Cuidado, necio! ¿Siempre has de ser tan poco diplomático? ¿No te he dicho mil veces que tienes que seguirle la corriente, porque le gusta mucho presumir de culto? Mira cómo lo hago yo. *(Alto.)* ¡Gran señor! Eres, en verdad, el mayor amante y protector del saber de todo el islam. Hasta tierras lejanas ha llegado la fama de tu desmesurado y elogiable amor por los libros. Eres un verdadero bibliognosta.

GRAN VISIR.—*(Pensando que el otro le ha metido un camelo.)* ¿Qué?

RAHMAN.—*(Aclarándolo.)* Bibliognosta: persona que es muy conocedora de los libros. Es una palabra griega.

GRAN VISIR.—Claro, claro. Ya lo sabía; era que no te había entendido bien. Me complace oírlo. Bibliostoga.

RAHMAN.—Bibliognosta.

GRAN VISIR.—Eso.

AHMAN.—*(Aparte, a Rahman.)* Yo diría más bien 'bibliólata', que alude al que posee libros y no se ha molestado en leerlos.

RAHMAN.—*(Aparte, a Ahmad.)* ¡Cállate! *(Alto, al Visir.)* Todos tus súbditos te veneran por tu afición al saber. *(Aparte, a Ahmad.)* ¿Lo ves? Es así como se hace.

GRAN VISIR.—*(Complacido y de nuevo de buen humor.)* Me agrada escuchar esas palabras, Rahman. *(Endereza disimuladamente el libro que tiene entre las manos.)* Me vanaglorio de ser, en efecto, un gran amante de la lectura. No puedo pasar sin dedicarle cada día muchas de mis horas. Los libros me enseñan a pensar profundamente sobre el universo y todos sus misterios. Quisiera que la historia me recordara no como un gobernante más o menos acertado, sino como un amante del saber.

AHMAN.—*(Aparte, a Rahman.)* ¡Qué afán tienen muchos borricos por parecer intelectuales! ¡Y más este visir nuestro, que no sabe atarse ni los cordones de los zapatos! Suerte para él que usa babuchas...

RAHMAN.—*(Aparte, a Ahmad.)* ¿Pero no callarás? ¿Quieres que te corte la cabeza?

GRAN VISIR.—Mi amor por los libros es tal que no puedo ni pensar en separarme de ellos, como sabéis. No se os oculta que, cuando viajo, los llevo siempre todos conmigo.

AHMAN.—*(Aparte, a Rahman.)* No es muy difícil. ¡Sólo tiene seis!

RAHMAN.—*(Aparte, a Ahmad.)* ¡No seas malo! Posee algunos más: unos treinta y tantos.

GRAN VISIR.—Un camello los transporta en la caravana y no se separa de mí, para que en cualquier alto en el camino pueda disfrutar de la sabiduría de la palabra escrita.

RAHMAN.—Y haces muy bien, señor. Todos los gobernantes deberían seguir tu ejemplo.

GRAN VISIR.—¿Verdad que sí? Bien es verdad que mis buenos dinares me cuesta.

AHMAN.—*(Aparte.)* Bueno: le cuestan al Erario.

GRAN VISIR.—¡Ir a todas partes acompañado de un camello! Bien sabéis que mis obligaciones políticas me obligan a viajar mucho, para gobernar los inmensos territorios que el Califa, ¡Alá sea con él!, ha dejado a mi cargo. Pero los gobernantes no debemos escatimar en cultura, ¿no os parece?

RAHMAN.—En efecto, señor.

(En la puerta aparece un Guardia.)

GUARDIA.—Gran señor: un mercader llegado de lejanas tierras solicita la merced de presentarse ante tu augusta presencia.

GRAN VISIR.—Pues que haga cola. Ya le recibiré en un mes o dos.

GUARDIA.—Es un mercader de libros, señor; y conociendo tu afición y por si te apeteciera verle, me he permitido… Espera en la antecámara.

AHMAN.—*(Con mala idea.)* Seguramente, Gran Visir, no te negarás a recibir a quien viene a ofrecerte la inmensa sabiduría que encierran los libros.

GRAN VISIR.—Esto…. sí, ¡ejem!; bueno, lo que yo decía era que… Quiero decir… En fin: que pase. *(El Guardia se va.)*

AHMAN.—(*Aparte, a Rahman.)* Observa ahora. Ya verás cómo nos reímos.

(Aparece Leví ben Salomón, un judío típico, con su barbita y todo. Lleva una saca de tamaño mediano.)

LEVÍ.—¡Gran señor! ¡Gracias por recibirme!

GRAN VISIR.—De nada, pero date prisa en lo que me quieras decir, que es la hora de mi baño y se me va a enfriar el agua.

LEVÍ.—Vengo de muy lejos y traigo para ti algo que te encantará, algo que sólo tú puedes apreciar en lo que vale.

GRAN VISIR.—Vale. ¿De qué se trata?

LEVÍ.—De libros. Te haré una oferta que no podrás rechazar…

GRAN VISIR.—Eso me suena haberlo oído en alguna película.

LEVÍ.—... supuesto que seas tan amante de los libros como la fama te hace, claro está.

GRAN VISIR.—Está claro. Te los compro todos. *(Aparte.)* No voy a quedar mal a estas alturas.

LEVÍ.—*(Codicioso.)* ¿Todos?

GRAN VISIR.—Todos. *(Mirando la saca de Leví.)* Cuantos lleves encima. Me los quedo.

LEVÍ.—*(Contentísimo.)* ¡No puedo creer mi buena suerte! ¿De verdad que los compras todos, gran señor?

GRAN VISIR.—Tienes mi palabra. La palabra de un Gran Visir.

LEVÍ.—¿No quieres saber el precio?

GRAN VISIR.—*(Riendo.)* ¿El precio? ¿Por quién me tomas, mercader? Has de saber que la cultura no tiene precio. Si no es en libros, ¿en qué mejor puedo invertir mi riqueza?

LEVÍ.—Tienes razón. Permite que este humilde mercader proclame, para que todos lo sepan, que eres, gran señor, el hombre más generoso y desprendido de la tierra.

GRAN VISIR.—Lo sé. Me lo dicen todos los días.

LEVÍ.—Has adquirido un tesoro sin par. Veamos.

(Abre la saca y extrae de ella un gran fajo de hojas sueltas.)

GRAN VISIR.—¿Qué es eso?

LEVÍ.—Los libros.

GRAN VISIR.—Yo no veo ningún libro.

LEVÍ.—¡Ah, ya! Éste es el inventario.

GRAN VISIR.—¿El inventario?

LEVÍ.—Claro, gran señor. Para saber en qué caja están.

GRAN VISIR.—¿En qué caja? Vamos por partes, mercader. Empecemos por el principio. ¿Cómo habías dicho que te llamabas?

LEVÍ.—No te lo he dicho.

GRAN VISIR.—Pues dímelo ahora, ¡por todos los derviches!

LEVÍ.—Me llamo Leví ben Salomón.

GRAN VISIR.—¡Ah! ¿Eres judío?

LEVÍ.—Sí, en efecto lo soy.

GRAN VISIR.—¿De nacimiento?

LEVÍ.—Claro, no lo iba a ser tras aprobar unas oposiciones.

GRAN VISIR.—Es verdad. Y, dime, judío: ¿cuántos libros quieres venderme?

LEVÍ.—Ciento diecisiete...

GRAN VISIR.—*(Interrumpiéndole, con un gran grito.)* ¡¡Ciento diecisiete!!

LEVÍ.—Ciento diecisiete...

GRAN VISIR.—*(Interrumpiéndole de nuevo.)* ¡Tú estás loco, mercader! ¡¡Comprar ciento diecisiete libros de una tacada!!

LEVÍ.—Ciento diecisiete...

GRAN VISIR.—*(Interrumpiéndole por tercera vez.)* Ni los sabios Sukrat [Sócrates], Aflatún [Platón] ni Arastu [Aristóteles] vieron jamás tantos libros juntos en todas sus infieles vidas. ¡¡Ciento diecisiete, nada menos!!

LEVÍ.—... mil. *(Hay una pausa larga, pero que muy larga.)*

GRAN VISIR.—*(En voz bajita.)* ¿Cómo has dicho, perdona, que no te he oído bien?

LEVÍ.—*(Tímidamente.)* Ciento diecisiete mil, señor, en cifras redondas. Puede que unos pocos más. Vienen empaquetados en cajas numeradas y éste *(por las hojas que tiene en la mano)* es el listado.

(Al Visir le da un soponcio allí mismo y cae desmayado en brazos de Ahmad y Rahman.)

AHMAN.—*(Muy divertido con la situación.)* ¡Mira lo que has hecho, Leví ben Salomón! ¡Te has cargado al comendador de los creyentes!

LEVÍ.—*(Asustado.)* No era mi intención. ¡No ha sido culpa mía!

AHMAN.—Tranquilo, hombre, que no pasa nada. Sólo te estaba gastando una broma.

LEVÍ.—¡Oh, es una gran desgracia!

AHMAN.—De eso no estoy tan seguro.

LEVÍ.—¿Se pondrá bien?

AHMAN.—Para desgracia del reino, sí; se le pasará enseguida.

LEVÍ.—¿Y cuando se despierte, comprará los libros?

AHMAN.—*(Riéndose por lo bajini.)* Te ha dado su palabra: ya le has oído. Y delante de testigos. Ahora tendrá que apechugar con su decisión. ¡Le está bien empleado, por bocazas!

RAHMAN.—*(Que ha estado haciendo números, contando con los dedos.)* El camello que emplea ahora para llevarle los libros que tiene puede acarrear más o menos unos cuarenta volúmenes. Así es que para transportar los ciento diecisiete mil que te va a comprar... *(Dato rigurosamente histórico.)*

AHMAN.—*(Con malicia.)* ... y de los que no deberá separarse nunca en sus viajes, como gran amante de la lectura que es...

RAHMAN.—... precisará de unos trescientos noventa y siete camellos bien robustos, si mis cálculos son exactos.

AHMAN.—Nos agenciaremos cuatrocientos, para redondear.

LEVÍ.—Pues le va a salir por un pico el transporte de la biblioteca.

AHMAN.—¡Qué se le va a hacer!

LEVÍ.—*(Preocupado.)* ¿Y podrá pagar por los libros el precio que yo le pida, por alto que sea?

AHMAN.—¡Sí, hombre! ¡Claro que podrá pagar cualquier precio! ¿Para qué, si no, están el pueblo y los impuestos?

RAHMAN.—*(Pensativo.)* Cuatrocientos camellos... E irá con ellos a todas partes.

AHMAN.—Así logrará su mayor deseo: que su nombre pase a la historia.

RAHMAN.—Pues ten por seguro que pasará. ¡Se le conocerá como «el Visir de los camellos» y será el hazmerreír de toda Asia y de los continentes salvajes, Europa y África!

AHMAN.—¡Ya lo creo que lo será! ¡Cuatrocientos y un rumiantes jorobados yendo juntos de acá para allá!

RAHMAN.—¿Cuatrocientos uno? ¿Qué animal es el que has añadido?

AHMAN.—Pues he añadido al Visir mismo. ¿O es que te parece que nuestro comendador de los creyentes no ha hecho suficientemente el camello en todo este asunto?

TELÓN

BALZAC RECIBE A SU SASTRE

(Nos hubiera gustado presentarla en su lengua original, para conservar el sabor local; pero no lo hemos hecho por dos razones: primero, por si los lectores no dominan el francés, lo cual es una posibilidad; y segundo, porque nosotros tampoco lo dominamos, lo cual es una certeza.)

Acto único (porque nos ha dado pereza escribir más)

La habitación de trabajo de Balzac. Una mesa, una silla y ya está, porque el hombre no tiene dinero para más muebles. Decoran la habitación unos cuadros que son de mentira: están pintados sobre la pared, con sus marcos y todo, como para transmitir una sensación de suntuosidad. En escena, Balzac, el obeso genio, vestido con una túnica que fue blanca, escribe denodadamente, mientras ingiere más o menos un tercio del café que se produce en toda La Martinica. Son las ocho de la mañana. Por la puerta del lateral derecha sale, despavorido, Pierre, un criado que el escritor puede permitirse tener, mediante el hábil procedimiento de no pagarle nunca.

PIERRE.—¡Monsieur Honoré! ¡Monsieur Honoré!¡Escondeos! ¡Huid! ¡Haced algo, pronto!

BALZAC.—¿Qué sucede, Pierre? ¿Por qué esos gritos?

PIERRE.—¡Buisson, el sastre, está aquí! ¡Espera en la antesala!

BALZAC.—*(Asustadísimo.)* ¿¡¡Buisson!!?

PIERRE.—¡El mismo!

BALZAC.—¡Si le dije que me ausentaba de París por unos meses, que me iba a la Bretagne a cuidar a mi tía Dominique, que se halla enferma, y que no regresaría en varios años...!

PIERRE.—Pues no se lo ha creído y está aquí.

BALZAC.—¿Viene solo?

PIERRE.—Le acompañan un montón de sus aprendices, que se han quedado esperando en la calle.

BALZAC.—¿No le has dicho que no estoy?

PIERRE.—Sí, pero no me ha creído ni una palabra.

BALZAC.—Sal y cuéntale que tengo la viruela, como tenemos acordado, y que por eso no recibo a nadie.

PIERRE.—Ya lo he hecho y no ha servido de nada. Por si lo de la viruela no le convencía, le dije que padecíais de lepra, pero eso tampoco le disuadió. Insiste en veros.

BALZAC.—¡Mecachis! (*Balzac no dijo «¡Mecachis!», como ustedes comprenderán. Haciendo uso de su amplio vocabulario de escritor, dijo otra cosa bastante más fea y muchísimo más gráfica, que no transcribimos en aras del buen gusto.)*

PIERRE.—¡Poneos a salvo!

BALZAC.—¿Y cómo?

PIERRE.—Saltad por la ventana.

BALZAC.—¡Es un tercero!

PIERRE.— Tendríais que haberlo pensado antes, cuando alquilasteis el piso.

BALZAC.—El bajo era mucho más caro.

PIERRE.—¡Estáis perdiendo un tiempo muy valioso! No discutáis. Saltad, como en las otras ocasiones.

BALZAC.—La última vez que lo hice me rompí la clavícula.

PIERRE.—Me temo que él os romperá más cosas. No lo penséis dos veces. ¡Saltad! Yo intentaré entretenerle.

(Pierre hace mutis. Balzac se dirige apresuradamente a una ventana, por la que se ve un precioso cielo de amanecer sobre los tejados de París. De pronto, se acuerda de que aquella ventana es de mentira, que está pintada en la pared al igual que los cuadros, y se dirige a otra más pequeña, ésta de verdad, tras la cual se ve una pared de ladrillos asquerosos. La abre, se santigua y saca un pie por ella, con la sana intención de arrojarse. Entonces la puerta se abre y en ella aparece la robusta figura de Buisson, un hombre de mediana edad, con un bastón imponente.)

BALZAC.—¡Buisson! ¡¡Qué sorpresa!!

(Hay una pausa que se hace más larga que una novela de Tolstói. Balzac saca el pie de la ventana y se queda arrinconado contra la pared, con cara de susto.)

BUISSON.—¡Por fin os encuentro cara a cara! Vuestro criado intentó impedirme el paso, pero yo no me pienso ir de aquí sin daros lo que he venido a daros.

(Buisson se va aproximando muy lentamente a Balzac, que no tiene forma de retroceder.)

BALZAC.—*(Balbuceante, mientras el otro se le acerca.)* Veréis, mi querido Buisson: mi tía Dominique murió repentinamente y por eso he regresado a París. La buena noticia es que me ha nombrado su heredero, así es que podré pagaros íntegramente todo lo que os debo. Claro, que el papeleo legal tardará en solventarse un año o dos, quizá tres; ya sabéis cómo son estas cosas: los abogados las van complicando y... Si tuvierais la paciencia de aguardar hasta entonces...

BUISSON.—¡¡¡A mis brazos, mi querido amigo!!!

(Buisson abraza efusivamente a Balzac, que no entiende nada, obviamente. El abrazo se prolonga un buen rato.)

BALZAC.—¿Eh?

BUISSON.—¡Sois mi salvador y mi benefactor! *(Le suelta y le mira con ojos cariñosos.)*

BALZAC.—¡Buisson...!

BUISSON.—¡Ya no me debéis nada! Vuestra deuda conmigo está saldada.

BALZAC.—¡Cómo! ¿Quién ha podido pagaros?

BUISSON.—Vos mismo lo habéis hecho.

BALZAC.—¿Yo?

BUISSON.— Y no sólo eso. Os vestiré gratuitamente durante un año; no: durante cinco años. ¡Qué digo cinco años! ¡Seré vuestro sastre, sin cobraros ni un franco, durante el resto de vuestra vida!

BALZAC.— Pero, querido Buisson…

BUISSON.— Seré rico y famoso y todo lo que tengo y tendré, a vos os lo deberé.

BALZAC.—¿Vos me deberéis algo a mí? No acabo de asimilar ese concepto. Explicaos, os lo ruego.

BUISSON.— Es muy sencillo. ¿Recordáis vuestra última novela, *Illusions perdues*?

BALZAC.—¡Cómo olvidarla! Aún me duele la espalda de escribirla.

BUISSON.—En ella me hicisteis aparecer. Me presentabais como el mejor sastre de París: decíais que cualquier hortera que vistiera un traje hecho por Buisson podría pasar por aristócrata en todos los salones de la alta sociedad parisina. ¿Cómo se os ocurrió la idea de mencionarme?

BALZAC.—*(Aparte.)* ¿Cómo le digo que usé su nombre porque me era más fácil describirle que inventarme un sastre de ficción? *(Alto.)* Pues, porque en verdad sois un artista de la tela, mi querido Buisson, un poeta de la aguja, un filósofo del corte y la confección.

BUISSON.—Pues esas palabras vuestras, puestas en vuestra novela, han hecho mi fortuna. Soy el sastre de moda. Todos los ricos y poderosos de París hacen cola ante mi establecimiento para que yo, Buisson, los vista y les convierta en elegantes petimetres. Me han dado suculentos anticipos. En pocos días me he hecho de oro, gracias a vos. Todos mis oficiales y aprendices, que han venido conmigo, os envían sus bendiciones. No he permitido que entraran, por no importunaros.

BALZAC.—Es un detalle.

BUISSON.—Os estaré eternamente agradecido. Y contad con que os vestiré siempre de balde. Los genios como vos no necesitan dinero para comprar lo que precisan para la vida. ¡Pueden pagar con la inmortalidad!

BALZAC.—¡Qué bella frase!

BUISSON.—Y ahora os dejo, para que podáis seguir con vuestra meritoria labor. ¡Nada debe importunar al más grande escritor de todos los tiempos!

BALZAC.—Sois muy amable. *(Buisson se marcha, andando hacia atrás y sin dejar de hacer reverencias. Balzac se pasea un rato por la habitación. Se le nota que está muy satisfecho consigo mismo.)* Mis escritos dominan la vida de los hombres. Tengo más poder con mi pluma que Napoleón con todos sus ejércitos. Desde este mísero sotabanco cambiaré Francia.

(Se sienta a escribir de nuevo. Vuelve a salir Pierre.)

PIERRE.—Buisson y sus ayudantes se han marchado, vitoreando vuestro nombre por las calles, señor.

BALZAC.—Bien, Pierre.

PIERRE.—Pero ha venido Finot, el sombrerero.

BALZAC.—*(Aparte.)* A éste también le mencioné. *(Alto.)* ¡Ah, muy bien! Hazle pasar.

PIERRE.—¿Estáis seguro?

BALZAC.—Haz lo que te digo.

PIERRE.—Como mandéis.

(Pierre hace mutis. Al poco entra Finot, también con bastón. Balzac se levanta y se dirige afectuosamente hacia él.)

BALZAC.—¡Mi querido Finot!

(Finot no se anda con contemplaciones. Le arrea un trancazo a Balzac en la cabeza que lo deja temblando.)

FINOT.—¡Canalla! ¿Cuándo pensabais pagarme lo que me debéis desde hace tanto tiempo?

BALZAC.—*(Tambaleándose.)* ¡Si os mencioné en mis obras como el mejor sombrerero de París...!

FINOT.—¿Me estáis tomando el pelo? Yo quiero mis francos, contantes y sonantes. Si poner cosas en un papel sirviera para algo, escribiríamos todos. *(Continúa sacudiéndole.)*

TELÓN

LOS ILUMINADOS DE KATHMANDÚ

Un jardín oriental. Tirados por el suelo están Shark y Lolo, dos hippies *con aire deprimido. Sentado en postura de yoga sobre una plataforma está el Guru, inmóvil, con los ojos cerrados.*

SHARK.—Se me ha acabado todo el «chocolate».

LOLO.—¿Tiene ése aún? (*Por el Guru.*)
SHARK.—Aquél ni lo recuerda,
que ya ha salido. Mira en su petate
y saca lo que encuentres, no lo pierda.

(*Lolo busca en un saquito que tiene el Guru, sin que éste se entere. No encuentra nada y hace gestos negativos con la cabeza.*)

¿Qué hay de comer?

LOLO.—(*Sacándolo del saco.*) Un chile y un tomate.

SHARK.—Comemos y fumamos igual: mierda.

LOLO.—¿Aquél no comerá? (*Por el Guru.*)
SHARK.—Cuando haya pollo.
Ahora déjale en paz, que está en su rollo. (*Comen los dos.*)

LOLO.—¿No has vuelto a ver a Pedro?

SHARK.—¿A quién?

LOLO.—Al chico
de Kulu, aquel tan majo, que era socio
de otro que le llevaba aquí el negocio
y que se paseaba en un borrico.
Me han dicho que se estaba haciendo rico.
SHARK.—Sí que le he visto. Ya no está en el valle.
Me lo encontré ayer tarde por la calle
y estuvimos tomando un par de zumos.
Le vi que andaba ya con muchos humos
y le advertí que a mí no me avasalle.
Es gentuza. Si empiezan a ganar

se vuelven más burgueses que los otros
y, mientras tanto, aquí estamos nosotros
sin oler blanca y sin poder fumar.

LOLO.—Yo creo que ese Pedro es de fiar.
SHARK.—Tú con cualquiera quedas turulato.
Ese tipejo maúlla como un gato
pero no tiene medio bofetón.
Pedro no es nada más que un mamarracho
completo, uno de esos niños «progre»
que teme que su vida se malogre
si no logra probar que él es muy macho.
Y sólo de mirarle ya da empacho.
Es un niño pitongo, un «alma inquieta»
de los que ahora recorren el planeta
queriendo hacer lo que hacen los demás
y que llaman llorando a sus papás
en cuanto llevan más de un día a dieta.
LOLO.—(*Molesto.*) Oye, Shark, tío, ¿qué pasa contigo?
No sé por qué te pones tan furioso,
que cualquiera dirá que estás celoso
cada vez que yo encuentro algún amigo;
y no comprendo ni por qué te sigo.
SHARK.—¿Yo celoso de ti? ¡Vete al infierno!
¿Crees que tú me importas a mí un cuerno?
Te empeñas en estar al lado mío
porque sabes que yo sí soy un tío
y eso es lo que te pone a ti tan tierno.

LOLO.—Bueno, Shark, no te enfades.
SHARK.—Vamos, ven.
(*Lolo se sienta al lado de Shark, que le echa un brazo por encima.*)
¿Dónde te crees que has de encontrar un hombre
y amigo como yo?

LOLO.—Shark, ese nombre,
¿por qué lo usas?

SHARK.—Porque soy también
un tiburón y «Shark» me sienta bien.

(*Sale una Chica extranjera, de aspecto nórdico.*)

CHICA.—¡Hello!

SHARK.—¿De dónde sales? Ven aquí
y siéntate en el suelo junto a mí.

(*La Chica se sienta y Lolo se separa, pero Shark no la suelta.*)
¿Hablas inglés? Do you speak English?

CHICA.—Yes,
of course!

SHARK.—Very good!

LOLO.—¿Sabes tú inglés?

SHARK.—¿No ves que llevo más de un año aquí?
En Asia, cuando ven a un extranjero
te sueltan el inglés y, aunque te empeñes
y les saques un mapa y les enseñes
el pasaporte con tu nombre entero
—si no te lo ha robado un compañero,
porque se venden bien aquí en Nepal—,
no te creen y quedas tú fatal,
pues ellos se figuran que en la tierra
fuera de Asia, todo es Inglaterra
y, si no hablas inglés, te miran mal.
«Abroad» no es Cuba, México o Perú;
piensan que fuera sólo hay Gran Bretaña
y que Estados Unidos es España.

LOLO.—No andan tan despistados.

(*La chica se le echa encima a Lolo.*)

CHICA.—Where are you
coming from?

LOLO.—Oye, Shark, traduce tú.
¿Qué me dice? (*Shark se ha tumbado y no hace caso.*)

CHICA.—Where are you coming from?

LOLO.—Nosotros no comemos ni un cohom-
bro, porque no nos queda ni una rup-
ia con la que comprar un chupa-chup.

CHICA.—No! Your country. Italy? Iran?

LOLO.—A Rom-
a nos iremos pronto, o a Tahití,
pues ni en broma resisto a esta sujeta,
que me sujeta y además me aprieta
y no se quiere despegar de mí.
¡Eh! ¡Suelta, tú! ¡Que yo me voy de aquí! (*La zarandea sin éxito.*)
Oye, Shark, yo me marcho.

SHARK.—¿Adónde vas?

LOLO.—Voy a darme un garbeo nada más
por el centro, a ver si a algún novato
le saco un par de rupias para un plato
de frituras y para un té detrás.

SHARK.—Yo pasaré por la embajada luego.

LOLO.—Ahí sí que no sacas ni una chapa.

SHARK.—Ya veremos por dónde se destapa
el tipo. Si se niega, yo te juego
que le doy cuatro tiros o le pego.
Ellos tienen los pesos; que los suden.
Si llega un nacional, ¿se lo sacuden
aunque esté sin comer? Es mucha guasa;
te aseguro que a mí eso no me pasa
o la armo.

LOLO.—Yo no creo que te ayuden.

SHARK.— Si no me dan la pasta ya van dados.

(*El Guru abre los ojos.*)

GURU.—¿No podríais armar menos follón
mientras estoy en la meditación?
Si el hambre os tiene tan desesperados,
no sé por qué os quedáis aquí tumbados
fastidiándome todo el ejercicio.
Sabéis que con el ruido me desquicio.

SHARK.—¡Buen guru estás tú hecho!

GURU.—¡Eh, tú! ¡Un respeto!
Tú no eres ni capaz de tener quieto
el dedo gordo ¿y vas a hacer el juicio

de la manera en que medito yo?
Yo necesito para concentrarme,
lo primero de todo desnudarme,
pero con el shillong se me olvidó.

(*Se quita la ropa y queda en taparrabos. Le pregunta a la chica.*)

¿No te molesta? Don't you mind?

CHICA.—¡Oh, no!

(*La Chica se pone junto al Guru y le abraza.*)

LOLO.—Es un maestro, no me cabe duda.
En cuanto ve a una chica, se desnuda.

SHARK.—Éste es dos veces guru, porque ha estado
un año en una cueva retirado
sentado en posición, igual que Buda.
¡Eh, guru! ¿Qué meditas?

GURU.—¿Quién medita?

(*La Chica le sigue teniendo cogido.*)

¿Tú te crees que hay hindú, cristiano o sikh
que así medite nada? ¡Largo! ¡Quick!
¡Te digo que te largues! La maldita
me tiene atenazado. ¡Get out! ¡Quita! (*Cierra los ojos.*)

LOLO.—El plan que lleva es de lo más siniestro.
Me voy, por si se olvida del maestro
y me pilla otra vez y me hace suya.

SHARK.—¿Cómo suya...?

LOLO.—Al revés... Mejor que huya. (*Inicia el mutis.*)

SHARK.— Tú, macho, que te acuerdes de lo nuestro. (*Hace ademán de fumar.*)

LOLO.—¿Quieres que busque al tipo?

SHARK.—Te lo juro.

LOLO.—¿Y el pago?

SHARK.—Eso es cuestión de protocolo.
Deja, que yo lo arreglo.

LOLO.—¿Estás seguro?

SHARK.— Tú trata de encontrar al hombre, Lolo.

(*Lolo hace mutis. Shark mira con tristeza al Guru, que sigue con los ojos cerrados y la Chica al lado.*)

Por más que me las dé de tipo duro
al final yo me quedo siempre solo:
la tía con el *guru* y con aquel
todos los mariquitas del hotel.

(*Shark hace mutis. Cuando se ha ido, el Guru abre los ojos y abraza a la Chica.*)

TELÓN

HAMLET Y EL SEPULTURERO QUE CAVABA UNA FOSA

Un cementerio en Dinamarca. Es de noche, porque en literatura nunca se presentan los cementerios de día. Un sepulturero cochambroso que, obviamente, hace horas extraordinarias, cava una fosa. Salen el príncipe Hamlet y su fiel amigo Horacio. Horacio no habla durante la escena porque se está comiendo una caja de polvorones.

SEPULTURERO.—(*Cantando*.)

«Se ha hecho de noche y yo estoy
aquí, dale que te dale
al pico. ¡Maldita sea
el que se murió y su padre!»

HAMLET.—Mira, Horacio: ya las gallinas de Elsinor se han recogido, llegada la noche es y ese rufián hideputa canta alegremente mientras en la huesa se pudren las calaveras de nuestros ancestros. ¡Breve es el tiempo en que los vivos nos recuerdan cuando morimos! (*Dirigiéndose al sepulturero.*) ¡Oh, amigo!, ¿para quién cavas esa fosa?

SEPULTURERO.—¿Y yo qué sé? Yo no soy más que un mísero ignorante, noble señor.

HAMLET.—¿No eres el sepulturero, por ventura?

SEPULTURERO.—Lo soy, aunque os juro que no es ventura alguna tener este trabajo. Y por eso mismo soy sepulturero: porque soy ignorante. Si hubiese sabido leer y escribir habría sido funcionario de la Corona y no habría dado golpe. (*Vuelve a cavar y a cantar*.)

HAMLET.—(*A Horacio.*) ¡Fíjate, Horacio, cómo divaga el bellaco! ¡Qué taimado es! Le hablaré sencillamente, porque si no, es capaz de confundirnos con equívocos. (*Dirigiéndose de nuevo al sepulturero*.) Pero sabrás quién es el muerto…

SEPULTURERO.—Uno que ya no vive.

HAMLET.—¿Era hombre o mujer?

SEPULTURERO.—¿Quién podría decirlo, con los tiempos que corren? Tenía lo que hay que tener si eres hombre y también lo que hay que tener si eres mujer.

HAMLET.—¡Qué maravillas acaecen en Dinamarca! Y eso ¿cómo puede ser?

SEPULTURERO.—Es muy fácil, señor; sin duda se puso en manos de algún curandero de ésos que tanto abundan en el reino. Alguno de esos remiendavirgos que hoy en día te coserán lo que pidas en tu camisa de carne. Mientras el rey Claudio, nuestro señor, siga dejando las plazas llenas de cadáveres de ahorcados, nunca faltarán las materias primas para esos zurcidos.

HAMLET.—(*A Horacio, que no le hace caso porque sigue comiendo polvorones a dos carrillos*.) En verdad, Horacio, que corren tiempos raros. (*Al Sepulturero otra vez*.) ¿Y quién querría cambiar el ser del que la naturaleza le dotó?

SEPULTURERO.—Hay muchos, señor, no os extrañe. Hay quien no está contento con su nombre, por llamarse cosa ridícula, y lo cambia; hay quien aborrece a su mujer, son los más, y a fe mía que hacen bien, ¡mala peste se lleve a todas!; y hay quien no gusta de su cuerpo y paga al remendón para que le quite de acá o le ponga acullá.

HAMLET.—¡A fe mía que es práctica malsana!

SEPULTURERO.—No sé, en verdad, por qué. Cada cual busca la felicidad como buenamente puede.

HAMLET.—¿Luego a ti te parece bien? Eres, sin duda, un bellaco.

SEPULTURERO.—Yo soy perito en tumbas y licenciado en cuerpos, señor. Y hasta tengo un máster en gusanos. Si todos hemos de acabar aquí fertilizando el suelo, ¿qué más da cómo vivamos y qué partes de nuestra anatomía usemos para saludables toqueteos, siempre que no hagamos mal a nadie?

HAMLET.—Esas opiniones pueden costarte caras, rufián. ¿Es que no tienes sentido moral?

SEPULTURERO.—¿Sentido moral? ¿En los tiempos en que

vivimos, señor? ¿Con un rey que mató a su hermano y que coquetea con todos y dice que sí a todos y elude toda responsabilidad para mantenerse en el trono? ¿Con una reina consentidora que no hace otro trabajo que estrenar vestidos? ¿Con un príncipe majadero y rarito? ¿Con gobernantes tales me reprochan a mí, hombre de pocas luces, que apruebe esto o que desapruebe lo otro? Sólo soy un siervo, señor. Faltan aún tres o cuatro siglos para la Ilustración. ¿Qué puede importarle a nadie lo que yo piense?

HAMLET.—¡Qué profundo se pone el bellaco!

SEPULTURERO.—La filosofía es el golf de los pobres, señor. En algo tenemos que entretenernos. Yo he visto de todo y nada me asombra. La vida es lo más importante de la vida. Así es que no extrañe, poderoso señor, que no me importe que cada cual viva la suya como quiera, aunque para lograrlo tenga que entrar en el juego de cortar o pegar.

(*En ese momento, Horacio se atraganta con los polvorones y ambos tienen que darle palmaditas en la espalda durante un buen rato, por lo que la conversación queda truncada y la escena se acaba*.)

TELÓN

CALÍGULA DA UN DISGUSTO A LOS PATRICIOS

Acto uniquísimo (más de uno sería intolerable)

Roma. La escena está llena de patricios preocupados. Ya iremos viendo cómo se llaman a medida que vayan hablando algo.

FLORO PETUNIO.—¡No nos podemos reír!

ALGIO FRÍGIDO.—La cosa no es que tenga ninguna gracia, Floro Petunio.

POMPOSIO FAUSTO.—¡El muy mangurrino castiga con la muerte toda demostración de alegría en el Imperio!

ALGIO FRÍGIDO.—¡Es un tirano!

FLORO PETUNIO.—Dices bien. Y tiene muy mal gusto para conjuntarse las túnicas con los mantos y las cintitas del pelo.

RECIO BRUTO.—¡Hay que acabar con el!

ALGIO FRÍGIDO.—Este Calígula es un pájaro de mucho cuidado.

POMPOSIO FAUSTO.—Ha prohibido la risa y la juerga para indicar que estaba muy triste por la muerte de su hermana, Drusila.

RECIO BRUTO.—A la que probablemente él mismo se cargó.

ALGIO FRÍGIDO.—¡Chisssss! Habla con precaución, Recio Bruto. No se sabe quién puede estar escuchando.

RECIO BRUTO.—¡Me da igual! Ya estoy hasta el moño. El Emperador nos tiene a todos acogotados y la cosa empieza ya a pasar de castaño oscuro.

FLORO PETUNIO.—¿Es cierto que asesinó a su hermana?

POMPOSIO FAUSTO.—¡Toma, claro! Con el pretexto de que Drusila tenía tos, le dio un jarabe que le hizo mermelada las tripas.

RECIO BRUTO.—Y eso sin contar las quince puñaladas que tenía el cadáver.

ALGIO FRÍGIDO.—Y ahora finge estar todo mohíno, ¡el muy hipócrita! Os digo que es un malvado de los de padre y muy señor mío.

FLORO PETUNIO.—Pero ¿qué podemos hacer?

RECIO BRUTO.—¡Rebelarnos!

FLORO PETUNIO.—¿Rebelarnos?

RECIO BRUTO.—Y matarle bien muerto.

FLORO PETUNIO.—¡Sus guardias pretorianos le protegen!

RECIO BRUTO.—¡Bah! Enseguida se pondrán de nuestra parte. Les paga muy mal.

ALGIO FRÍGIDO.—¿Estás proponiendo un golpe de estado?

RECIO BRUTO.—No: el golpe de estado no está de moda. Yo sólo sugiero un asesinato político.

POMPOSIO FAUSTO.—¿Y cuándo sería la cosa?

RECIO BRUTO.—¿Para qué más demora? Hoy mismo le apuñalamos en cuanto aparezca por esa puerta. *(Todos miran hacia la puerta.)*

FLORO PETUNIO.—Yo no me he traído el puñal: me lo he dejado en la otra ropa, cuando me cambiaba…

RECIO BRUTO.—No importa: yo llevo uno de repuesto y te lo prestaré con mucho gusto.

ALGIO FRÍGIDO.—¿Y luego?

RECIO BRUTO.—Luego, qué?

ALGIO FRÍGIDO.—¿Quién gobernará el Imperio cuando Calígula muera?

RECIO BRUTO.—¡Qué más da! Cualquiera lo hará mejor que él. ¿Estáis conmigo?

ALGIO FRÍGIDO.—Sí. Así no podemos seguir.

POMPOSIO FAUSTO.—Si no hay más remedio…

RECIO BRUTO.—Bien. Entonces haceos a la idea. En cuanto asome la gaita, tú, Floro, te tiras a sus pies, como sueles hacer siempre que le ves, y con el pretexto de besarle la sandalia como acostumbras a hacer, le agarras por las canillas. Cuando le tengas inmovilizado, los demás le apuñalaremos con comodidad.

ALGIO FRÍGIDO.—Es un buen plan.

RECIO BRUTO.—Cuando hundáis el cuchillo, recordad retorcerlo un poco para que las heridas sean mayores.

FLORO PETUNIO.—*(Aparte.)* ¡Qué bruto!

RECIO BRUTO.—¿Decías algo, Floro Petunio?

FLORO PETUNIO.—Decía que, Bruto, ¡eres un hacha! Te secundaremos.

RECIO BRUTO.—Tendréis que hacer acopio de valor. Mucho acopio.

ALGIO FRÍGIDO.—Descuida.

FLORO PETUNIO.—Somos muy arrojados.

POMPOSIO FAUSTO.—Acopiaremos todo el valor acopiable.

RECIO BRUTO.—¿Estáis seguros?

POMPOSIO FAUSTO.—¡Que sí, hombre, que sí! ¡Que tenemos mucha valentía acumulada!

RECIO BRUTO.—¡No vayáis a salir corriendo!

ALGIO FRÍGIDO.—¡Qué dices! ¿Huir nosotros?

FLORO PETUNIO.—¡Somos unos fieras!

RECIO BRUTO.—Bueno. Si habéis hecho bastante acopio de valor, como decís, no habrá problemas.

POMPOSIO FAUSTO.—Dalo por hecho.

ALGIO FRÍGIDO.—¡Acabaremos con esta tiranía!

POMPOSIO FAUSTO.—¡Venceremos al monstruo!

FLORO PETUNIO.—¡Viviremos libres de temor!

RECIO BRUTO.—¡Se acabarán sus sanguinarios caprichos!

(Por un lateral aparece Calígula, que viene de dar de comer a su colección de canarios-flauta.)

CALÍGULA.—¡A la paz de Zeus, señores!

FLORO PETUNIO.—*(Inclinándose servilmente.)* ¡Oh, insigne!

POMPOSIO FAUSTO.—¡Oh, magnífico!

RECIO BRUTO.—¡Oh, celestial!

ALGIO FRÍGIDO.—¡Eres nuestro Dios!

CALÍGULA.—Gracias por la coba. Vengo a anunciaros que voy a darme un capricho. He pensado nombrar cónsul a mi caballo Incitatus.

ALGIO FRÍGIDO.—¡Qué buena idea!

POMPOSIO FAUSTO.—¡Muy oportuno!

FLORO PETUNIO.—Se lo merece, indudablemente, por los servicios que ha prestado a la patria.

CALÍGULA.—¿Qué opinas tú, Recio?

RECIO BRUTO.—Que ya estabas tardando.

CALÍGULA.—*(Mirando hacia el lateral.)* Pasa, Incitatus.

(Sale Incitatus, el caballo.)

EL CABALLO INCITATUS.—He oído tu decisión y te lo agradezco en el alma, Emperador.

CALÍGULA.—No tienes por qué agradecérmelo. Si no pudiera repartir los cargos del Imperio como me diese la gana, no merecería la pena gobernar.

FLORO PETUNIO.—¡Qué gran verdad!

RECIO BRUTO.—*(Aparte.)* A ver si el mes que viene hacemos más acopio.

TELÓN

GUTENBERG Y SU NOVIA

Acto único (porque no creemos que quieran leer más de uno)

Un bosque lleno de árboles a orillas del Ill, un río que corre que se las pela atravesando Estrasburgo. Al principio la escena está sola, debido principalmente al hecho de que no hay nadie, pero al cabo de unos veinte o veinticinco minutos más o menos salen dos personajes, que son recibidos con entusiasmo por el público que aún permanece en sus butacas. Ellos son Johannes Gutenberg y su malhumorada novia Ilse, ambos alemanes y rollizos, como es obligación de todo alemán de provincias.

Johannes ha llevado a Ilse allí con la sacrosanta intención de meterle mano sin demasiados testigos, porque llevan ya un noviazgo que se va haciendo largo y pesado, de puro puritano. Ilse, por su parte, no está por la labor, como ahora vamos a ver, porque se reserva para la Hochzeitsnacht.

JOHANNES.—¡Ven, amada mía! Sentémonos a los pies de este árbol frondoso que será como un dosel puesto a nuestra disposición por la Mutter Natur *[la Madre Naturaleza, por si no lo habían adivinado]*. Él cobijará con sus hojas verde botella nuestros arrullos de almas enamoradas como tórtolas en celo. *(Se nos ha olvidado mencionar que el tal Johannes [Juanito] es un cursi de tres pares de narices.)*

ILSE.—No sé por qué hemos tenido que venir tan lejos, abandonando la feria. Yo quería comer algodón de azúcar.

JOHANNES.—Yo te ofrezco algo mucho más dulce que el algodón, Ilse de mis entrañas. Te ofrendaré mis ardientes palabras de enamorado y mis castas caricias. *(Intenta acariciarle ciertas partes, pero ella le da un guantazo teutónico.)*

ILSE.—¡No te propases, Johannes Gernsfleisch! ¡Aparta tus lascivas manos de mí! No voy a permitirte estas libertades: todavía no estamos casados.

JOHANNES.—Pero lo estaremos muy pronto.

ILSE.—¿De veras? Siempre dices lo mismo y no acabas de fijar la fecha de nuestro enlace.

Johannes—Lo haré en cuanto tenga un poco de liquidez, amor mío. *(Intenta de de nuevo el toqueteo.)*

ILSE.—*(Arreándole un soplamocos igual o mayor que el anterior.)* ¡Quita de ahí! No me toques. Ya sabes que yo soy un alma delicada y muy romántica. Si quieres que pasee a tu lado deberás tratarme con más gentileza. No eres nada romántico.

JOHANNES.—Es que el romanticismo aún no ha tenido lugar, mi palomita; aún faltan por llegar el barroco y el neoclásico.

ILSE.—¿Qué me has llamado?

JOHANNES.—¿Cómo?

ILSE.—¿Me has llamado «mi palomita»?

JOHANNES.—Sí, efectivamente. ¿No te gusta el cariñoso apelativo?

ILSE.—Eso es lo que se llaman los rusos unos a otros. ¿No habrás tenido una novia rusa, verdad?

JOHANNES.—*(Disimulando.)* ¡Qué ocurrencia! ¡Je, je!

ILSE.—*(Con dureza.)* Yo te quiero sólo para mí. No debes mirar a ninguna otra mujer. De lo contrario, romperé nuestro compromiso.

JOHANNES.—¡No, no! Yo solamente... Yo te juro que eres la única mujer de mi vida.

ILSE.—Bueno; demuéstramelo.

JOHANNES.—¿Qué?

ILSE.—Haz algo por lo que yo pueda ver lo mucho que me amas, Johannes Gernsfleisch.

JOHANNES.—Perdona que te interrumpa, pero te he dicho muchas veces que no me llames por mi apellido. Como bien sabes, 'gernsfleisch' significa «carne de ganso» en dialecto renano. Se rieron tanto de mí en el colegio que lo he aborrecido. Pienso cambiarlo y hacerme llamar Gutenberg. ¿Qué te parece? ¿No suena mucho más bonito?

ILSE.—Por un estilo. Pero no cambies el tema.

JOHANNES.—Claro que no, mi palomi... mi tortolita. *(Dudoso.)* ¿Tortolita está bien?

ILSE.—¿Eh?

JOHANNES.—Que si te agrada que te llame tortolita.

ILSE.—Está bien. Paso por lo de tortolita.

JOHANNES.—Perfecto. Retomemos nuestra conversación. ¿Por dónde íbamos?

ILSE.—Yo te pedía una muestra de tu amor. Como dice el refrán: «Taten sprechen lauter» *(«Obras son amores». Nota del editor, bastante molesto por tener que ir detrás del autor, traduciéndole las cosas.)*

JOHANNES.—¿Y qué debo hacer?

ILSE.—No sé. Algo romántico, supongo.

JOHANNES.—¿Quieres que te cante una balada al oído?

ILSE.—No: te he oído cantar otras veces y no deseo repetir la experiencia.

JOHANNES.—Puedo recitarte «Los Nibelungos». Me lo sé de memoria.

ILSE.—¿Todo? ¿El poema entero? ¿Los veintiocho cantos?

JOHANNES.—*(Orgulloso.)* En efecto.

ILSE.—Lo siento, pero no me vale. Eso no seduce a ninguna mujer

JOHANNES.—Pues no se me ocurre qué más pensar.

ILSE.—¡Ya lo tengo!

JOHANNES.—¿Qué?

ILSE.—Graba las iniciales de nuestros nombres en este alcornoque.

JOHANNES.—Las iniciales...

ILSE.—Así, cuando en siglos venideros vengan otros enamorados a este bosque, las verán y sabrán cómo el amor nos unió. ¡Venga, Gernsfleisch! ¿A qué esperas?

JOHANNES.—Es que no tengo navajita.

ILSE.—Yo sí. *(Se saca una navaja de entre la ropa interior, ante la sorpresa de su novio.)*

JOHANNES.—¿Y eso?

ILSE.—Algo que llevo siempre, por si intentas propasarte.

JOHANNES.—*(Asustado.)* Fick! *(«¡Córcholis!» O quizá no sea esta la traducción más precisa del término.)*

ILSE.—Venga: empieza.

JOHANNES.—Ya voy.

(Talla laboriosamente una J y una I entrelazadas en la corteza del árbol. Cuando acaba, se guarda la navaja, para evitar futuros peligros.)

ILSE.—¿Qué has puesto ahí?

JOHANNES.—Ji.

ILSE.—Ji. Tiene gracia.

JOHANNES.—Sí. Ji.

ILSE.—*(Contemplando la talla.)* Queda muy bonito en verdad. Nos recordará siempre lo mucho que nos queremos. *(Tras una pausa, en la que se repite el hecho ya rutinario de que Johannes intenta acariciarla de nuevo y ella le abofetea otra vez.)* Pero, ahora que lo pienso, es una pena que la talla se quede aquí y tengamos que venir tan lejos siempre que la queramos ver.

JOHANNES.—Es cierto.

ILSE.—*(Decidida.)* Me la llevaré.

JOHANNES.—¡Eh?

ILSE.—Me la llevaré a mi casa.

JOHANNES.—¿Con árbol y todo?

ILSE.—No, estúpido. Arrancaremos el trozo de la corteza. *(Lo hace como dice.)* ¿Tienes algo para envolverlo?

JOHANNES.—Mi pañuelo. ¿Sirve?

ILSE.—Claro.

(Envuelve el trozo de corteza tallado en el pañuelo y se lo guarda en el bolsillo internacional.)

JOHANNES.—¿Te ha parecido romántico lo de las iniciales?

ILSE.—No ha estado mal.

JOHANNES.—¿Te parece que prosigamos, volviendo a coger nuestra conversación desde un principio? Te sugería que nos sentásemos bajo el árbol y descansásemos del paseo. Tú podrías tumbarte sobre la olorosa hierba; yo me echaría a tu lado y...

ILSE.—¡Mi navaja!

JOHANNES.—¿Eh?

ILSE.—¡Dame mi navaja!

JOHANNES.—Claro. Toma. *(Se la da.)*

ILSE.—Eso está mejor.

JOHANNES.—(Nada: que hasta que no me case no hay nada que hacer.)

ILSE.—¿Decías algo?

JOHANNES.—¿Yo? Te preguntaba que si te apetecía tumbarte un poco, pero ya veo que no. Por cierto: ¿no tienes calor?

ILSE.—¿Calor?

JOHANNES.—*(Intentándolo de nuevo.)* Yo tengo calor, mucho calor. Es sofocante. Creo que voy a quitarme este jubón de terciopelo, que me está asando. *(Lo hace.)* ¿No te apetece a ti quitarte nada? Si llevas muchos botones, yo te podría ayudar... *(Ilse le arrea otro tortazo de aúpa.)* ¡Ay!

ILSE.—¡Vámonos de aquí!

JOHANNES.—¡Cómo?

ILSE.—Gernsfleisch, eres un sinvergüenza. Sólo piensas en aprovecharte de una pobre chica inocente y desvalida como yo. No sé si quiero seguir en relaciones contigo.

JOHANNES.—Pero mi palo... mi tortolita. ¿Qué estás diciendo?

ILSE.—Acompáñame a casa. Y luego, desaparece mi vida. No te quiero volver a ver más.

JOHANNES.—(Nada, que no consigo nada.)

ILSE.—*(Sacándose el trozo de corteza tallada de algún sitio íntimo donde lo tenía guardado.)* Y quédate con esto. No quiero este estúpido «ji». *(Se lo tira a la cara.)*

JOHANNES.—Pero, mi amor... *(Se le acerca, tierno.)*

ILSE.—¡Apártate de mí!

(Le sacude otro trompazo de «Vater und Sehr Lord Mine [De padre y muy señor mío] y sale corriendo.)

JOHANNES.—*(Que ha quedado con un palmo de narices.)* ¡Maldita sea mi suerte! Cinco años de noviazgo y aún no he logrado comerme ni una rosca. Y para reconciliarme con Ilse me voy a tener que gastar todos mis ahorros en algún regalo. ¡Qué día más tonto, por Dios! *(Decide abandonar el lugar y, de pronto, ve en el suelo el pañuelo. Lo recoge y comprueba que está manchado.)* ¡Anda, qué curioso! Parece ser que la resina del árbol ha dejado en el pañuelo la marca de las letras que grabé! ¡Ah, pues...! *(Pensando detenidamente.)* Esto se puede cobrar. Aquí hay negocio... (*Marchándose muy contento.)* Pues no va a ser un día tan malo, después de todo.

TELÓN

PARIPÉS PARA EL PUEBLO

Actito (lo llamo así por lo breve)

La acción, en un país nórdico. El Primer Ministro, Mr. Orange, recibe al líder de la oposición, Mr. Grøon, en las escalinatas de su residencia oficial. Se dan la mano y pasan a una salita, donde se sientan en una butaca. En una butaca cada uno, porque lo otro está mal visto.

FOTÓGRAFO 1º.—¡Flash!

FOTÓGRAFO 2º.—¡Flash!

FOTÓGRAFO 3º.—¡Flash!

MR. ORANGE.—¡Ya basta de fotos! Pueden retirarse.

(*Los fotógrafos se largan. Hay una pausa.*)

MR. GRØON.—¡Hola!

MR. ORANGE.—¡Hola!

MR. GRØON.—¡Hola! (*Hay otra pausa.*)

MR. ORANGE.—(*Tomando la voz cantante.*) Bueno, ahora se supone que tenemos que hablar sobre la situación del país…

MR. GRØON.—¡El país, el país…! ¡Apañado está el país!

MR. ORANGE.—El país no tiene arreglo.

MR. GRØON.—Eso mismo pienso yo. (*Otra pausa.*)

MR. ORANGE.—¿Sabes una cosa? Siempre he pensado que no sería difícil que llegáramos a un acuerdo. Coincidimos en muchas cosas.

MR. GRØON.—Es verdad. Tú eres naranja; luego, aparte del rojo, tienes un componente de amarillo.

MR. ORANGE.—Y tú tienes amarillo, junto con azul.

MR. GRØON.—Es cierto.

MR. ORANGE.—Lo que pasa es que a mí no me quiere nadie. Sólo me votan los que te odian a ti.

MR. GRØON.—Igual que en mi caso.

MR. ORANGE.—No existen naranjistas verdaderos; sólo antiverdistas.

MR. GRØON.—En mi bando no hay verdistas tampoco, sólo antinaranjistas.

MR. ORANGE.—O sea que, o seguimos odiándonos y dando espectáculo, o nos quedamos los dos sin trabajo y sin prebendas.

MR. GRØON.—Es triste, pero es verdad. Sigamos, pues, como hasta ahora, que no nos ha ido tan mal. Será lo más práctico.

MR. ORANGE.—Estoy de acuerdo. ¿Quieres un café?

MR. GRØON.—Prefiero té con limón.

MR. ORANGE.—Ahora mismo lo pido. Hay que pasar el rato de alguna manera. Por favor… (*Se acerca un camarero que toma nota y les sirve. Hay otra larga pausa.*) ¿Astrid está bien? ¿Y la pequeña Annbjørg?

MR. GRØON.—¡Oh, sí, sí! ¡Muchas gracias! ¿Y la operación de tu madre?

MR. ORANGE.—Sin problemas. Nos dio un susto, pero ya se va recuperando.

MR. GRØON.—Eso es lo único importante: que haya salud.

MR. ORANGE.—Tú lo has dicho.

(*Otra pausa así de larga. De una hora, más o menos.*)

MR. GRØON.—Bien: ya me puedo ir.

MR. ORANGE.—Adiós, Grøon. ¡Hasta la próxima! ¡Cuídate! (*Los dos líderes se despiden. En cuanto Mr. Grøon se marcha, entran periodistas y fotógrafos que interrogan con la mirada a Mr. Orange. Éste habla, dirigiéndose a los medios de comunicación, que esperan, micrófono en ristre.*) He intentado el diálogo, pero ha sido inútil. El

líder de la oposición, Mr. Grøon, no nos apoyará en las medidas que todos esperan. Ha pasado al terreno de la descalificación. Incluso puedo decirles que se negó a tomar el café que le ofrecí. Y, confidencialmente, es tan avaricioso que se llevó la pastilla de jabón del cuarto de baño cuando entró a lavarse las manos.

LOS PERIODISTAS.—¡Oooooooh!

(*A la salida, otra horda de periodistas se abalanza sobre Mr. Grøon, que ya se disponía a subirse al coche para salir de allí pitando.*)

MR. GRØON.—(*A los periodistas.*) Mr. Orange no nos ha escuchado. Sigue tan arrogante como siempre y aprovecha su mayoría para ignorarnos a nosotros, que representamos la verdadera opinión de los ciudadanos. Se negó a toda conversación o diálogo. No sólo eso, sino que no me ofreció ningún refresco. Puedo decirles en confianza que es tan tacaño que tiene tapados todos los relojes de su despacho, para que los de la oposición no nos aprovechemos y miremos la hora.

TELÓN

LA GRAN AVENTURA DEL DR. LIVINGSTONE

Una cuasi impenetrable selva tropical en lo más recóndito del África Austral. Salen el Dr. Livingstone, famoso explorador inglés, rentista, miembro de la Royal Geographic Society y del Reform Club, de salacot, y el Porteador negro resignado, con taparrabos, como mandan los cánones.

DR. LIVINGSTONE.—¡Qué sofocante calor hace en esta selva!

PORTEADOR NEGRO RESIGNADO.—¡Sí, bwana!

DR. LIVINGSTONE.—Un mosquito se ha atrevido a picarme.

PORTEADOR NEGRO RESIGNADO.—Sí, bwana: suele pasar con frecuencia.

DR. LIVINGSTONE.—Pero ¿por qué me ha picado?

PORTEADOR NEGRO RESIGNADO.—Los mosquitos pican, bwana.

DR. LIVINGSTONE.—Sí, pero es que yo soy inglés.

PORTEADOR NEGRO RESIGNADO.—Los mosquitos de la selva no saben eso.

DR. LIVINGSTONE.—Deberían saberlo.

PORTEADOR NEGRO RESIGNADO.—A mí me pican todo el rato.

DR. LIVINGSTONE.—Eso me parece normal. Hagamos un alto.

PORTEADOR NEGRO RESIGNADO.—Aún queda mucho camino, bwana.

DR. LIVINGSTONE.—Son las cinco. (*Pausa larga.*) No me mires con cara de no entender nada. Son las cinco, te he dicho.

PORTEADOR NEGRO RESIGNADO.—Sí, bwana.

DR. LIVINGSTONE.—La hora del té.

PORTEADOR NEGRO RESIGNADO.—¿…?

DR. LIVINGSTONE.—Me servirás el té.

PORTEADOR NEGRO RESIGNADO.—¿En la selva, bwana?

DR. LIVINGSTONE.—¡Pues claro!

PORTEADOR NEGRO RESIGNADO.—¿Y de dónde voy a sacarlo?

DR. LIVINGSTONE.—¡Qué pregunta tan absurda! ¿Pretendes que yo la responda?

PORTEADOR NEGRO RESIGNADO.—Con todo respeto, sí, bwana.

DR. LIVINGSTONE.—Tú eres el criado y yo tu amo. Servir el té es tu deber. Cada persona debe responsabilizarse de las obligaciones inherentes a su clase social. Ésa es la base de la civilización. ¿O es que tú no quieres ser civilizado?

PORTEADOR NEGRO RESIGNADO.—Esto…, sí, bwana; supongo que sí quiero serlo.

DR. LIVINGSTONE.—Pues entonces tráeme el té y las pastas. Y, por supuesto, que no se te olviden las tostadas y la manteca.

(*El Porteador se va y de su éxito en su misión de obtener té y pastas depende el futuro de Occidente. Si no hubiera podido conseguirle la manteca al inglés en medio de la selva, Inglaterra no hubiera podido mantener sus colonias y seguir siendo la dueña del mundo. Pero el Porteador ha cumplido.*)

PORTEADOR NEGRO RESIGNADO.—(*Saliendo con los bártulos.*) Aquí está el té y las demás cosas, bwana.

DR. LIVINGSTONE.—Veo que hay manteca abundante. ¿De dónde la has sacado?

PORTEADOR NEGRO RESIGNADO.—Será mejor que no lo pregunte, bwana.

DR. LIVINGSTONE.—¡Así me gusta!

(*Los valores occidentales se han salvado y el Dr. Livingstone se dispone a merendar, orgulloso de haber defendido la supremacía de Inglaterra sobre el mundo salvaje.*)

TELÓN

PROCESO A WALT DISNEY

En una sala de madera muy bien barnizada, el Comité Especial de Actividades Antiestadounidenses, presidido por John Parnell Thomas, celebrado el 27 de septiembre de 1947. Trascripción del interrogatorio por el taquígrafo oficial, Henry Gallard Yardiel.

MR. THOMAS.— Buenos días, señores. Vamos a comenzar. ¿Funcionan los micrófonos?

TÉCNICO DE SONIDO.—Sí, señor Thomas.

MR. THOMAS.— Señor Disney, ¿se encuentra cómodo? ¿Necesita algo?

MR. DISNEY.— Todo está bien, gracias.

MR. THOMAS.— Procederemos, entonces. El motivo de la reunión de este comité senatorial es efectuar una revisión…

MR. YARDIEL.—¿Puede usted hablar más alto? El servicio de taquigrafía tiene dificultades.

MR. THOMAS.— Desde luego. Continúo. Hemos de efectuar una revisión sobre algunos aspectos planteados en su película, señor Disney. El primero de ellos me ha sido indicado por el Comité Americano contra la Inmoralidad Pública. ¿Qué tiene usted que decir del hecho de que en su largometraje *Dumbo*, de 1941, el personaje protagonista es hijo de un elefante sin pareja?

MR. DISNEY.— ¿Perdón?

MR. THOMAS.— ¿Niega usted el hecho, palmario en su obra, de que la elefanta que recibe a Dumbo del pico de la cigüeña, es una elefanta soltera?

MR. DISNEY.— Así es, en efecto. No lo niego.

MR. THOMAS.— Estamos pues, Mr. Disney, ante un caso claro de inmoralidad civil. Tener hijos fuera del matrimonio, aunque no es un delito, mina los fundamentos morales de nuestra sociedad. La

película va dirigida particularmente a los niños, ¿no es así?

MR. DISNEY.— Lo es. Pero no veo cómo puede ser esto elemento de enjuiciamiento por el Comité de Actividades Antiestadounidenses…

MR. THOMAS.— No compartimos su opinión. Además, hay otros puntos conflictivos en su *film* sobre los que desearíamos su opinión.

MR. DISNEY.— Adelante, Mr. Thomas.

MR. THOMAS.— Queremos indicar que el personaje protagonista infringe repetidas veces la ley en el transcurso de la película. Eso es nocivo. Fomenta en el espectador la rebeldía y la conducta antisocial. En suma, está usted formando a malos ciudadanos.

MR. DISNEY.— ¿Qué transgrede leyes?

MR. THOMAS.— En repetidas ocasiones, Mr. Disney. Lo tengo aquí apuntado. Cuando su madre se encuentra encerrada en el carromato, por su conducta violenta, Dumbo se acerca a verla entre los barrotes…

MR. DISNEY.— Es una de las secuencias más tiernas de la película, Mr. Thomas. Muchos críticos coinciden en ello.

MR. THOMAS.— Señor Disney: hay un cartel que indica claramente «Elefanta loca. Prohibido acercarse». Dumbo no respeta esa prohibición.

MR. DISNEY.— ¡Es un bebé, que quiere ver a su madre que está encerrada!

MR. THOMAS.— Es igual. Eso no justifica que no respete la ley. Luego, en otra secuencia, Dumbo se emborracha.

MR. DISNEY.— Es por accidente: se baña en una tina en la que ha caído una botella de champán.

MR. THOMAS.— El caso es que disfruta, señor Disney. ¿Se da usted cuenta del ejemplo que esto supone para nuestra juventud? La Liga de Mujeres Abstemias de Illinois ha mandado su protesta a este comité.

MR. DISNEY.— Bueno, ¿qué más?

MR. THOMAS.— Una bandada de cuervos, evidentemente individuos de color, ayuda a Dumbo, dándole una pluma mágica que le permite volar. Estos personajes aparecen como mucho más simpáticos y amables que, por ejemplo, los payasos blancos del circo. Esto puede entenderse como un trato de favor a la comunidad de color del país. Este comité vería con tristeza que, debido a este tratamiento racial, alguna asociación de defensa de los blancos atentara contra su vida, señor Disney, pero seríamos incapaces de protegerle.

MR. DISNEY.— ¿Quiere decirme que el Ku Klux Klan está enfadado conmigo porque pinto a los cuervos de negro? ¿De qué color quieren que pinte a los cuervos?

MR. THOMAS.— Eso no nos compete a nosotros decirlo, señor Disney. Es obvio, además, que tales cuervos son individuos marginados en la sociedad que usted presenta. Luego su exaltación transmite mensajes que pueden hacerle a usted sospechoso de simpatías con el comunismo. ¿Qué me dice a eso, señor Disney?

MR. DISNEY.— Tal como enfocan ustedes el asunto, creo que es mejor que no diga absolutamente nada.

MR. THOMAS.— Es una actitud muy acertada. Aunque esto no es un tribunal, cualquier cosa que dijera hoy podría ser empleada más tarde contra usted.

TELÓN

LO QUE LE PASÓ AL CONDE OLINOS

Acto primero

La acción se desarrolla en una playa que está vacía. ¡Cómo se nota que esto es una obra de ficción!, ¿eh? De un bosque cercano salen el Conde Olinos y su caballo.

EL CABALLO.—*(Un tanto enfadado.)* Pero, vamos a ver: ¿se puede saber para qué me has hecho madrugar tanto, conde? Yo estaba durmiendo tan a gusto en la floresta.

OLINOS.—Es que hoy me va a pasar algo muy poético, lo intuyo; y las cosas poéticas nunca suceden a las diez y cuarto de mañana ni a ninguna otra igual de prosaica, sino al amanecer o al atardecer.

EL CABALLO.—¿Y para eso me has levantado?

OLINOS.—Para eso y para darte de beber, pues ayer cabalgamos mucho y debes de tener sed.

EL CABALLO.—Sed sí tengo: lo reconozco.

OLINOS.—Por esa razón te he traído aquí, a las orillas del mar.

EL CABALLO.—*(Tras una pausa.)* Tú estás mal de la chaveta, conde. ¿A qué colegio fuiste? ¿No te enseñó nadie que el agua de mar es salada y no se puede beber? ¿Que si lo haces te vuelves loco y luego te mueres entre terribles dolores de estómago? ¿Yo qué te he hecho para que te comportes así conmigo?

OLINOS.—Pues verás: yo pensaba en cómo describiría la posteridad nuestra historia e imaginé el principio de un romance que diría:

«Madrugaba el conde Olinos,
mañanita de San Juan,
a dar agua a su caballo
a las orillas del mar».

EL CABALLO.—Pero, vamos a ver, alma de cántaro: ¿no sabes que estamos a siete y que faltan aún quince días para San Juan?

Además, el que me hagas beber en el mar sólo para que el verso rime me parece una chapuza tremenda.

OLINOS.—Es que no se me ocurría otra cosa...

EL CABALLO.—Bueno, olvidemos el asunto. ¿Qué tienes planeado a continuación?

OLINOS.—Nada. Yo cantaré y ya veremos a ver qué pasa. Dejaré que los acontecimientos fluyan.

EL CABALLO.—Bueno, tú canta lo que quieras. La playa está solitaria y no puedes molestar a nadie. En cuanto a mí, me vuelvo al bosque a dormir un rato, pues el trote de ayer me ha dejado baldado.

(Se va por donde vino. El Conde Olinos carraspea un rato y comienza a cantar la canción del verano del año 1135.)

Acto segundo

En un castillo cercano, una habitación en una torre, con una gran ventana, por donde debe de entrar un aire gélido. En escena, la Reina y la Princesa. La Reina es muy fea. La Princesa, en cambio, no es fea, sino declaradamente horrorosa. No tenemos palabras para describirla, por lo que dejamos los detalles al arbitrio de la actriz cuando se maquille para salir a escena. Se escucha a lo lejos lo que parecen los gemidos de un gato atropellado por un motocarro. Es Olinos, que canta.

REINA.—*(Tapándose los oídos.)* ¡Esa maldita sirena me está dando dolor de cabeza con esa canción tan pachanguera! ¡Bien podría esforzarse por afinar un poco!

PRINCESA.—No, madre, no es la sirenita de la mar la que canta. ¡Escucha bien! ¡Es la voz del conde Olinos, mi enamorado!

REINA.—¿Tu enamorado, dices?

PRINCESA.—Sí. ¿No es hermosa su voz?

REINA.—¿Tu enamorado, dices?

PRINCESA.—¿Qué te extraña?

REINA.—No, si... ¿Te ha visto alguna vez?

PRINCESA.—No, eso no. Pero llegó a sus oídos noticia de que una princesa, es decir, yo, moraba en este castillo y su romántico corazón se me ofreció generoso. Me escribió una misiva de amores y ahora canta sus sentimientos para que yo los escuche. Espera, ansioso, el momento de conocerme en persona.

REINA.—¡Pues le aguarda una sorpresa!

PRINCESA.—¡Invitadle a cenar, madre, os lo ruego!

REINA.—¿A cenar? Para un hombre de linaje tan bajo como el suyo no hay en este castillo ni un bocadillo de mortadela. Olvida a ese pretendiente. Nunca te casarás con él.

PRINCESA.—*(Llorosa.)* Pero, madre: yo le amo.

REINA.—Casarse y amar son dos cosas que no tienen nada que ver. Si no me crees, pregúntaselo a tu padre, que te dirá lo mismo que yo. Tú eres una princesa y no puedes unir tu vida a ese individuo. Por cierto, ¡a ver cuándo se calla, que me está destrozando los tímpanos!

PRINCESA.—¿Creéis que no es digno de mí? ¡Pero si es conde!

REINA.—*(Burlona.)* ¿Conde? ¡Hay muchos condes! Y a la mayoría les dan el título sin merecerlo, por cosas insignificantes, como sostenerles el orinal a los reyes o leerles libros en la cama para que se duerman. No hay ningún mérito en ser conde.

PRINCESA.—Pero es un hombre gentil y hermoso.

REINA.—Lo de hermoso se lo concedo. A tu lado no es difícil serlo.

PRINCESA.—Su voz es tan dulce que las aves se paran a escuchar sus canciones. *(La lleva a la ventana.)* Miradlas cómo vuelan en círculo encima de él.

REINA.—Esas aves son buitres. Y no se paran por el encanto de su voz, sino por otra cosa.

PRINCESA.—¡No es posible!

REINA.—Yo te lo demostraré. *(Silba reciamente por la ventana y llama.)* ¡Pajarito! ¡Eh, pajarito!

(En el quicio de la ventana se posa un Buitre.)

BUITRE.—¿Me llamabas, oh, reina?

REINA.—Sí; dime, haz el favor: ¿por qué tú y tus compañeros habéis detenido vuestro vuelo junto al conde Olinos?

BUITRE.—No hemos detenido nada. Al contrario, hemos venido de muy lejos a ver al conde.

PRINCESA.—¿No os lo dije, madre?

REINA.—¿Habéis venido a escucharle cantar?

BUITRE.—¿A escucharle...? *(El Buitre se echa a reír.)* ¡No, claro que no! Hemos venido a su lado porque olía tan mal que sospechábamos que pudiera estar muerto. Pero aún se mueve, así es que el olor ha de deberse únicamente a su falta de higiene.

REINA.—*(A la desilusionada Princesa.)* ¿Ves lo que te decía? *(Dirigiéndose de nuevo al Buitre.)* No tenéis por qué lamentaros, pues mis soldados se van a ocupar de él de un momento a otro y entonces estará todo lo muerto que os conviene que esté para que podáis desayunároslo.

BUITRE.—¡Menos mal! Así no habremos hecho el viaje en balde. Gracias por la noticia. Me voy, no vaya yo, al final, a quedarme sin mi parte por llegar tarde. *(El Buitre emprende el vuelo.)*

REINA.—Ya has visto lo que hay

PRINCESA.—¡Sois cruel!

REINA.—Digo la verdad.

PRINCESA.—¡Pues yo con el conde Olinos deseo desposarme y estoy decidida a hacerlo!

REINA.—Te guardarás muy mucho. Quítatelo de la cabeza. Además, estoy segura de que sólo te quiere por tu dinero.

PRINCESA.—¡No entendéis de sentimientos, madre!

REINA.—¡Ya lo creo que sí! Ahora mismo me inunda hacia tu amado un sentimiento de asco profundo. Todos son sentimientos.

PRINCESA.—¡Me escaparé con él!

REINA.—No te dará tiempo. Has de saber que he mandado a mis

mejores arqueros a que le den muerte sin compasión. Así, de paso, practican, que están un poco enmohecidos y faltos de puntería y luego, cuando alguien pone sitio a nuestro castillo, no nos sirven de nada.

PRINCESA.—¡Vais a matarle!

REINA.—No, yo no: los arqueros.

PRINCESA.—Eso quería decir.

REINA.—Mira. *(Señala hacia la lejanía.)* Ahora viene lo más interesante. No te lo pierdas. *(Miran por la ventana.)*

Acto tercero

La misma playa *vacía del cuadro I, solo que ahora está llena de arqueros, armados con lanzas. Olinos quiere emprender una prudente retirada.*

ARQUERO 1º.—¡No escapes, conde!

ARQUERO 2º.—¡Te tenemos rodeado!

OLINOS.—*(Aparte.)* ¡Vaya por Dios! Creo que estoy en un serio aprieto. *(Alto, a los arqueros.)* Bien: me rindo. No hace falta que me amenacéis. Soy Aries y mi horóscopo me dice que hoy no me conviene pelear, pues llevaría las de perder. Me entregaré sin oponer resistencia.

ARQUERO 1º.—¡Ah! Desgraciadamente la cosa no es tan fácil.

OLINOS.—¿Ah, no?

ARQUERO 2º.—No. Tenemos orden de mataros sin contemplaciones. Por eso hemos venido con nuestras lanzas.

OLINOS.—Pero, ¿no sois arqueros?

ARQUERO 1º.—Pues ésa es la cuestión: que con las flechas tardaríamos mucho en matarte, porque la puntería con el arco no es uno de nuestros fuertes.

OLINOS.—¿Y aun así cobráis como arqueros? Pues estáis robando el sueldo, permitidme que os diga.

ARQUERO 1º.—Bueno, pero eso es cosa nuestra y a ti no te

incumbe. ¡Prepárate a morir a lanzadas y menos conversación!

ARQUERO 2º.—¡Eso!

OLINOS.—¿Y qué haréis con mi cuerpo?

ARQUERO 1º.—Te podríamos dejar aquí y los buitres darían buena cuenta de tus despojos.

OLINOS.—¡Ay, no! ¡Qué grima!

ARQUERO 2º.—O bien podríamos echar tu cuerpo a la mar, para que no se te comieran. La corriente se llevaría tu cadáver. Al mar no le importa, le caben muchos.

OLINOS.—¡Oh, sí, lo prefiero!

ARQUERO 1º.—Pero eso significaría mucho más trabajo por nuestra parte, ya sabes: levantarte, acarrearte, meterte el agua, para lo cual nos tendríamos que mojar las piernas...

ARQUERO 2º.—En fin: que nos da pereza.

OLINOS.—Si me arrojáis al mar, lejos de los buitres, os haré un regalo. Podéis quedaros con mi jubón y mis botas. ¿Eh? *(Tras una pausa.)* ¿Qué me decís?

ARQUERO 1º.—No sé: con tu jubón y tus botas ya nos íbamos a quedar de todas formas...

OLINOS.—Pues no tengo nada más que ofreceros.

ARQUERO 1º.—Da igual. Te arrojaremos al agua gratis. Nos has caído simpático y así, de paso, hacemos nuestra buena acción de hoy.

OLINOS.—¿Cómo?

ARQUERO 2º.—Sí: tenemos que hacer una buena acción cada día: somos *boy-scouts.*

ARQUERO 1º.—No te preocupes: los buitres no podrán acercarse a ti.

ARQUERO 2º.—Has tenido mucha suerte en que seamos nosotros los que te vayamos a matar.

ARQUERO 1º.—¡Y qué lo digas!

ARQUERO 2º.—Bueno; ¡manos a la obra!

Acto cuarto

Ante un telón negro, un Narrador.

NARRADOR.—*(Dirigiéndose al público.)* Con las lanzas tampoco eran muy hábiles, pues según cuenta la historia el conde Olinos murió a la medianoche, lo que implica que le estuvieron pinchando mal durante un montón de horas hasta que al fin atinaron y se lo cargaron de una vez.

»La princesa, al saber que había muerto, también quiso morir, pero lo aplazó hasta el día siguiente, porque de pasarse todo el día mirando por la ventana tenía un dolor de espalda importante. Así es que se echó un rato y cuando se levantó, al cantar el gallo, retomó el asunto donde lo había dejado y se murió en solidaridad con su amante.

»A la desdichada princesa la enterraron en el altar de una iglesia (¡que también son ganas!) y a él, unos pasos más atrás, porque era tan sólo conde y no podía permitirse una butaca de primera fila. De la tumba de ella salió un florido rosal y de la de él, que era un cardo, tan sólo un arbusto espinoso. El caso es que ambas plantas se unieron y la reina las mandó cortar, porque al estar allí junto al altar, al cura se le enganchaba la casulla siempre que iba a decir misa.

»Del rosal de la princesa surgió una garza, que emprendió el vuelo y salió por la puerta de la iglesia. Del espinar del conde nació un gavilán que echó a volar y salió por una vidriera, rompiéndola toda.

»Como las garzas carecen de *sex-appeal* para los gavilanes, aquellos amores siguieron siendo platónicos y no hubo consumación alguna, por lo que esta historia se catalogó en su momento como «apta para señoritas».

TELÓN

VISITA EN LA CASA DEL CASTELLANO

Acto primero y principal

En la casa de las letras castellanas, una habitación normalita, empapelada con papel de florecitas. Llaman a una puerta que hay por la derecha. La letra Q, que está en escena limpiando el polvo de los muebles, se dispone a abrir. Aparece en el umbral la letra W con una maleta.

W.—*(Hablando con marcado acento sajón.)* ¡Good morning! ¡Buenas días!

Q.—¿Quién es usted?

W.—Mi nombre es W y yo he venido mirando por mi prima.

Q—¿A su prima?

W.—¿No es letra U que vive aquí?

Q.—¿Que si vive aquí la U? Sí... pero.

W.—Yo he venido a darle una mano a ella, a ayudar a ella, porque ella no puede copar con toda su tarea. Yo tengo una carta de la Academia Real. *(Le entrega un papel a la Q, que lo lee con detenimiento.)*¿Puedo yo entrar?

Q.—*(Convencida por lo que ha leído, pero sin que le haga mucha gracia.)* ¡Adelante! *(La W entra en escena. La Q se dirige a la puerta de la izquierda y grita.)* ¡Chicas! Venid a conocer a una parienta lejana.

(Llegan corriendo todas las letras, menos la A, la Z, la I. la U y la V.)

P.—¿Quién es esta?

Q.—*(Interrumpiéndole.)* ¡Eh, tú! ¡Que aquí la que pregunta siempre soy yo! *(Dirigiéndose a la W.)* ¿Se va a quedar a vivir aquí, con nosotras?

W.—Sí. Yo quedaré aquí, con mi prima.

Ñ.—¡Nos ha amolao!

W.—*(Aparte, a la Q, refiriéndose al comentario de la Ñ.)* Yo no he entendido. ¿Ella tiene alguno problema?

Q.—No. Es que habla así porque es la más castiza de todas nosotras. Mire: le voy a presentar. *(Señalando a las letras, que están todas juntas, mirando a la W.)* Aquí están la C, la D, la F, la G... Bueno, ya las irá conociendo.

W.—Yo soy muy feliz de encontrar a ustedes.

C.—Tanto gusto.

L 1ª y L 2ª.—*(Hablando a la vez.)* El gusto es nuestro.

Q.—*(Aclarando.)* Estas son las dos gemelas.

X.—*(Dirigiéndose a la W.)* Sea usted muy bienvenida.

Q.—*(Aparte, a la W.)* No hable con esa. *(Por la X.)* Nosotras no lo hacemos. Y solo la dejamos participar en poquísimas palabras.

W.—¿Y por qué es así?

Q.—Es una letra muy inmoral. Ya le contaré. *(La H se acerca a la W y la saluda con un gesto.)* Esta es muda, la pobre. No habla nada.

W.—¡Oh, my God! Yo soy muy triste de oír esto.

Q.—*(A la J.)* Tú, que eres fuerte, anda: dale un grito a la U para que venga, que está aquí su prima.

J.—*(Se acerca a la puerta de la izquierda, la abre y grita.)* ¡¡¡U!!! ¡¡¡Ven pronto, joroba, que tienes visita!!!

W.—¿Vive alguna otra letra, otra de las que están aquí presentes?

Q.—La Z, pero esa siempre está durmiendo. La I, que ha salido a correr para mantenerse delgada. Y la A, que es quien manda en todas nosotras.

W.—¿Ah, sí? ¿Y por qué ella manda?

Q.—No sé. Creo que porque siempre ha sido la primera. Bueno. Tendremos que pensar dónde la vamos a instalar. ¿No le importará

dormir en la habitación de su prima, supongo?

W.—¿A qué tiempo ustedes cenan aquí?

Q.—A las nueve.

W.—La comida, ¿es bueno?

Q.—Sí, bastante. *(Señalando a la O.)* Mire cómo se ha puesto esa de gorda. *(Señalando a la B.)* Y esa otra, que parece una P embarazada.

B.— *(Enfadada.)* Oye, ¡retira eso que has dicho!

Q.—¡Pero si es verdad!

B.—Pues conmigo no te metas, ¿vale? No me insultes, porque te arreo. No te pienses que te tengo miedo porque siempre vayas con la U.

W.—*(A la Q.)* ¿Por qué ella diciendo eso?

Q.—Nada. Que su prima de usted se pone muchas veces a mi lado y de mi parte.

B.—*(A la Q.)* Porque eres una letra cobarde, que sin la U no es nadie ni puede hacer nada.

Q.—Lo que pasa es que ella y yo trabajamos en equipo.

W.—Por favor, ustedes no tener que pelear.

(*Por la izquierda sale la U.)*

U.—*(Dirigiéndose a la W, muy contenta.)* ¡Prima! ¿Cuándo has llegado? *(Se abrazan.)*

W.—Yo llego un momento antes. *(Por la izquierda aparece la A, muy chula, seguida de la V, que se queda medio escondida en la puerta, para que no la vean.)*

A.— A ver: ¿dónde está la nueva?

W.—Yo soy.

V.—(Estas inmigrantes son las que vienen a quitarnos el trabajo.)

A.—*(Mirándola despectivamente.)* Tú, ¿eh? No eres gran cosa. Ni siquiera tu forma es original. Te parecen a la M cuando se cae. *(Todas las letras ríen.)* ¡Silencio! *(A la W.)* Sabrás que nos aguantamos con tu presencia porque lo manda la Academia, pero que no nos hace ninguna gracia tenerte aquí.

W.—Yo siempre pienso España era un lugar… ¿cómo es que dicen ustedes en castellano?… ¡ah, sí!, hospital.

Q.—Hospitalario.

A.—Con los turistas es diferente. Pero si vienes a quedarte, ya es otra cosa. No nos gustan los extranjeros.

Ñ.—¡Así se habla, leñe! ¡No queremos guiris!

S.—*(A la Ñ.)* Bueno, Ñ, no hace falta ponerse grosera.

Ñ.—¡Ya salió la refinada! *(A la W.)* La S es una pija, que se empeña en aparecer dos veces para hacerse la elegante. *(Burlándose de ella, imitando el acento pijo.)* «¿Qué passa? No sseáis grosseras, o ssea.»

S.—*(A la Ñ.)* ¡Ordinaria! ¡Que eres una ordinaria!

W.—Yo no soy culpada si ustedes no gustan letras de un otro país. Yo venir aquí para trabajo y mejor que nos llevamos bien. ¿No creen así?

A.—Ya veremos.

Y.— *(Se acerca a la W y le habla aparte.)* No te preocupes. Yo soy la I griega y también soy extranjera. Solo que yo llevo ya aquí mucho tiempo. Al principio también estaban todas un poco así conmigo, pero han acabado por aceptarme. Es cuestión de tiempo.

W.—¡Yo soy muy agradecida a usted! Usted es mucho amable.

Q.—*(A la W.)* Anda, pasa e instálate con tu prima. *(Suena el timbre.)*

A.—*(Malhumorada.)* ¿Quién puede ser ahora?

(Abre. En el umbral aparece la Ø. Sorpresa en todas.)

Ø.—¡Hola! Soy la Ø *(Pronúnciese oe),* trabajo el danés y el finlandés y estoy aquí en comisión de servicio.

A.—¡¡¡Eso sí que no!!!

(Se abalanzan todas sobre ella y la machacan.)

Ñ.—¡Nos ha amolao!

TELÓN

TONTOS CON PODER

Una nube en la Gloria. Está allí Pedro Calderón de la Barca, paseando apaciblemente. Aparece de repente Leandro Fernández de Moratín.

CALDERÓN.—*(Sorprendido desagradablemente.)* ¿Eh? ¿Tú qué haces aquí?

MORATÍN.—¿Cómo que qué hago?

CALDERÓN.—¿Quién te ha dejado entrar?

MORATÍN.—¿Por qué no iba a poder entrar en la gloria?

CALDERÓN.—Porque éste es un sitio para personas decentes. ¿Cómo lo has logrado, dime?

MORATÍN.—Bueno. Uno tiene sus contactos...

CALDERÓN.—*(Indignado.)* ¡Por los cien mil poetas del Parnaso! ¡Han dejado colarse en la gloria a un censor!

MORATÍN.—Yo no me definiría así.

CALDERÓN.—¡Un asqueroso censor! ¡El mayor censor que vieron los siglos! ¡Ya tenía yo ganas de echarte la vista encima, sinvergüenza! ¡Prohibiste todo nuestro teatro! ¿Sabes, hombre vil, de cuántas comedias estamos hablando? Trescientas mías, otras trescientas de Tirso, mil y pico de Lope, más las de Vélez de Guevara, Rojas Zorrilla, Moreto, Ruiz de Alarcón, Rosete Niño, Valdivielso, etc., etc. ¡No menos de cuatro mil piezas! Nunca nadie vetó tantos libros en toda su vida. ¡Ni Hitler ni ningún otro! Pero tú prohibiste todo nuestro magnífico teatro barroco.

MORATÍN.—*(Con chulería.)* Sí. Me pareció improcedente, absurdo y lleno de despropósitos.

CALDERÓN.—Fuiste algo así como el ministro de teatro en tu tiempo y censuraste gratuitamente nuestras obras. ¿Puedo saber por qué lo hiciste?

MORATÍN.—Ahora que estoy en la Gloria, ya no puedo mentir: hay como una fuerza superior que me lo impide.

CALDERÓN.—¡Pues bien que mentiste en vida!

MORATÍN.—Sí, lo hice; pero aquí en estas regiones etéreas y celestiales, no cabe la falsedad y noto que me veo obligado contra mi voluntad a contar las cosas como realmente fueron.

CALDERÓN.—¡Menos mal! Así nos enteraremos de por qué hiciste lo que hiciste en contra del teatro. *(Gritando.)* ¡Tirso! ¡Tirso, ven!

(Aparece Tirso de Molina.)

TIRSO.—¿Qué quieres, Perico? ¿Qué pasa?

CALDERÓN.—Mira quién está aquí.

TIRSO.—¡El canalla!

CALDERÓN.—El mismo. Acaba de entrar por esa puerta y voy a someterle al tercer grado.

TIRSO.—Eso, eso: que se justifique, si puede.

CALDERÓN.—Dinos, maldito de Dios, ¿quién te dio autoridad para hacer todo el mal que hiciste?

MORATÍN.—Pues el hecho de que yo fui el mayor y más relevante dramaturgo del siglo XVIII español.

TIRSO.—¡Cómo serían los demás!

CALDERÓN.—Espérate, Gabriel, empecemos por el principio. Cuéntanos, malvado, como una nulidad como tú llegó a ser considerado alguien tan importante en el mundo de Talía. Ya sabes que no podrás mentir.

MORATÍN.—Pues de joven, conseguí ganar un premio literario, gracias a que mi familia conocía a Gaspar Melchor de Jovellanos, que entonces mandaba mucho. Tuve también la protección de otros nobles y el conde de Floridablanca me ofreció un beneficio de trescientos ducados. Pero tenía que ordenarme de primera tonsura.

CALDERÓN.—¿Y lo hiciste por tu fe religiosa?

MORATÍN.—¡Qué va! Lo hice para cobrar el beneficio, porque estar ordenado era un requisito indispensable.

TIRSO.—¡Qué tío hipócrita!

MORATÍN.—Eso me vino bien, porque obtuve otras sinecuras eclesiásticas.

CALDERÓN.—Sigue.

MORATÍN.—Fui favorito del favorito; y Godoy hizo que se estrenaran mis comedias.

TIRSO.—¡Ya sabía yo que tenía que haber habido algo de eso! Ningún empresario las habría aceptado por ellas mismas.

CALDERÓN.—Tuviste el respaldo de Godoy, pero no se lo agradeciste y te cambiaste de bando.

MORATÍN.—En efecto. Supe afrancesarme a tiempo y, adulando a la gente adecuada, llegué con el tiempo a ser bibliotecario mayor de la Real Biblioteca, siendo nombrado por el rey José Bonaparte.

CALDERÓN.—Chaqueteaste.

TIRSO.—Casaqueaste, más bien.

MORATÍN.—¿Cómo?

TIRSO.—Te cambiaste de casaca.

MORATÍN.—Siempre que hizo falta. Tuve así cargos muy lucrativos y de cada vez mayor importancia.

CALDERÓN.—Eso sólo indica que eres un trepador ambicioso. Pero podías haberte dedicado a chupar del bote como tantos otros, pero sin perjudicar a las artes. ¿Por qué tuviste que meterte donde no te llamaban y atentar contra la escena española?

MORATÍN.—Bueno. Yo quería hacer un teatro distinto.

TIRSO.—¡Porque no podías hacerlo tan bueno como nosotros!

MORATÍN.—Reconozco que es así. Para empezar, escribí mis obras en prosa, lo que muchos han considerado algo muy moderno.

CALDERÓN.—Sí. Pero ¿por qué lo hiciste?

MORATÍN.—Confieso que porque el verso no me salía. Me parecía muy difícil y opté por convencer a todos de que estaba pasado de moda y así poder dejarlo a un lado sin que nadie sospechara mi incapacidad para escribirlo.

TIRSO.—¡Mediocre!

CALDERÓN.—Esa es la palabra que mejor te define, Fernández.

MORATÍN.—¡Me llamo Moratín!

TIRSO.—Porque ese apellido suena mejor; pero no deberías avergonzarte del de tu padre. ¡Te llamas Fernández!

CALDERÓN.—No sólo desterraste de la escena a la poesía. Redujiste también las posibilidades dramáticas con esas infames tres unidades. ¿A qué majadero se le ocurre que todas las historias que se cuentan hayan de pasar en un día, en el mismo sitio y que no puedan tener argumentos secundarios que las complementen?

TIRSO.—¡Hasta la simple historia de Caperucita tiene varios escenarios!

CALDERÓN.—Y la del lobo y los tres cerditos, también.

MORATÍN.—Era la moda francesa: no me eches a mí la culpa de eso.

CALDERÓN.—La tienes de haber implantado esas estúpidas unidades por la fuerza en España. ¿Qué necesidad había?

MORATÍN.—Yo quería hacer del teatro algo distinto.

CALDERÓN.—Explícate. Te escuchamos.

MORATÍN.—Quería que hubiera decoro en las comedias.

TIRSO.—*(Despectivamente.)* ¡Decoro! ¿Sabes lo que hizo este hombre ruin, Perico?

CALDERÓN.—¿Qué hizo?

TIRSO.—¿Recuerdas esa magnífica escena de *Hamlet* con el sepulturero filósofo?

CALDERÓN.—¿Cuando salen Hamlet y Horacio y el primero llora al encontrar la calavera de Yorick, su bufón?

TIRSO.—La misma. Bueno, pues este puritano empedernido prohibió esa escena durante la representación por considerar que era poco decoroso que el sepulturero cantase mientras cavaba una fosa.

CALDERÓN.—¡No me lo puedo creer!

TIRSO.—Pues lo hizo.

CALDERÓN.—¿Censuraste una de las mejores escenas del genial William por un criterio puritano?

TIRSO.—Lo hizo.

CALDERÓN.—¡Qué asco! Pero, dime, ¿estoy equivocado o eres tú el que defendía el realismo en el teatro?

MORATÍN.—Lo defendí.

CALDERÓN.—¡Pues los sepultureros existen, estúpido! Y te aseguro que cuando se aburren mientras cavan fosas, cantan todo lo que les apetece.

MORATÍN.—Pero tenéis que reconocer que en vuestras comedias barrocas era todo invención y fantasía.

TIRSO.—¡Claro! ¡Como tiene que ser!

CALDERÓN.—Eran vida y pasión. El teatro no está para describir con mayor o menor verosimilitud los comadreos de las viejas sentadas junto a la fuente, sino para mostrar la intensidad, la grandiosidad y la calidad de la vida humana en su esplendor, en todo tiempo y lugar.

MORATÍN.—Yo quería que el teatro fuera una escuela de buenas costumbres y emplear las comedias para hacer virtuosos a los públicos.

TIRSO.—¡El puritano!

CALDERÓN.—¿De veras pretendías una cosa tan tonta y tan imposible? La gente no va hacerse ni buena ni mala por lo que vea. Pero sí puede aprender de la vida al ver una comedia; y en la vida sucede de todo, por eso nosotros lo contábamos todo: las grandes gestas y las grandes fechorías del hombre.

MORATÍN.—Pero a los espectadores no se les pueden contar

todas las cosas: son como niños, de cuya educación debemos ocuparnos los que sabemos más.

CALDERÓN.—No: los espectadores son más listo de lo que te puedan parecer y perfectamente capaces de entender y asimilar las verdades del mundo, que nosotros les contábamos en toda su crudeza, hablándoles de igual a igual. No éramos paternalistas ni déspotas ilustrados.

TIRSO.—Además: ¿qué les enseñaste tú? ¿Qué pudieron aprender de tus comedias? Por cierto, ¿cuántas escribiste en total?

MORATÍN.—Cinco.

TIRSO.—¿Y no se te cae la cara de vergüenza pretendiendo ser un dramaturgo habiendo escrito sólo cinco piezas? Nosotros compusimos centenares, amén de otros libros.

MORATÍN.—El caso es que no me apetecía mucho hacerlo y por eso mi producción fue escasa.

CALDERÓN.—¡Menos mal que una fuerza misteriosa te obliga a que seas completamente sincero! De otra manera nunca habrías reconocido eso.

TIRSO.—Vamos: que no te gustaba en verdad escribir para el teatro. Si te hubiera gustado, lo habrías hecho a todas horas y tendrías docenas de obras, ya que tu posición te permitía estrenar lo que quisieras sin mayores dificultades. Lo único que te complacía era el dinero y poder presumir de escritor, lo que quedaba muy bien en sociedad.

MORATÍN.—Sí. Reconozco que lo de ser un autor famoso me ayudó mucho en mis aventuras galantes.

TIRSO.—¡Acabáramos! Ya sé por qué lo hiciste: para impresionar a las mujeres, que es uno de los principales motivos por los que los hombres hacen las cosas.

CALDERÓN.—No divaguemos. Háblanos de esas obras y de qué pretendías decir con ellas, si es que pretendías algo. Aprovechemos que no puedes mentir para enterarnos de lo que la gente nunca ha sabido sobre tu teatro.

MORATÍN.—Mi primera comedia fue *El viejo y la niña*. La empecé en 1783 y se estrenó en 1790.

TIRSO.—¡Hola! ¡Siete años para escribir algo que se lee en una hora! No sudaste mucho.

CALDERÓN.—Refiérenos el tema de *El viejo y la niña.*

MORATÍN.—Trata de un viejo que se casa con una niña.

TIRSO.—*(Irónico.)* Viendo el título, nunca me lo hubiera figurado.

MORATÍN.—Quería enseñar a los públicos que los matrimonios con tanta diferencia de edad no están bien.

TIRSO.—¿Y para decir algo tan inane y que ya sabía todo el mundo tardaste tanto tiempo?

CALDERÓN.—Sigue.

MORATÍN.—Compuse *El barón*, pero era un libreto de zarzuela hecho por encargo. No era algo que me interesara especialmente.

CALDERÓN.—¿Por qué lo escribiste, entonces?

MORATÍN.—Porque me lo pagaron muy bien. Tengo otra obra titulada *La mojigata*. Trata de la educación femenina.

CALDERÓN.—¿Fue un éxito?

MORATÍN.—Un gran éxito. Los críticos dijeron que era magnífica.

CALDERÓN.—¿Cuántas representaciones se le dieron?

MORATÍN.—Una.

TIRSO.—¡Un gran éxito!

MORATÍN.—Otra obra mía, *La comedia nueva*, llegó a estar siete días en cartel. Es una de mis producciones más famosas.

CALDERÓN.—¿Qué pretendías con ella?

MORATÍN.—Pretendía ganar mucho dinero.

CALDERÓN.—Quiero decir que cuál era su trama, su mensaje.

MORATÍN.—¡Ah! Pues básicamente dividir el teatro dos grandes

categorías: las comedias nuevas, dignas de todos los elogios y respetos, y las comedias viejas, detestables y merecedoras de que se la prohibiese, como hice efectivamente.

CALDERÓN.—¿Cuáles eran a tu juicio las comedias nuevas y buenas?

MORATÍN.—Las mías.

TIRSO.—¿Y las malas y desechables?

MORATÍN.—Las de todos los demás.

TIRSO.—¡Bien por tu sinceridad!

MORATÍN.—No me queda otro remedio. Aunque me hubiera gustado hacerlo, no puedo engañaros.

CALDERÓN.—Dinos algo más sobre esa comedia tuya, anda. Nos has picado la curiosidad.

MORATÍN.—Pues os contaré que transcurre todo en un rato, en un café, donde un personaje habla y cuenta lo que opina del teatro sin que pase ninguna otra cosa ni tenga lugar ninguna otra acción.

TIRSO.—*(Con sarcasmo.)* ¿Y tan original argumento se te ocurrió a ti solo?

MORATÍN.—Pues... para ser exactos robé bastante de *La bottega del caffè*, del italiano Carlo Goldoni.

TIRSO.—¡Ya me parecía a mí!

CALDERÓN.—¿Cuál fue tu obra más famosa?

MORATÍN.—¡Ah! Esa es *El sí de las niñas*. Trata de un viejo que se quiere casar con una jovencita. La madre de ella quiere obligarla...

TIRSO.—¿Pero ésa no era *El barón*?

MORATÍN.—Es *El sí de las niñas*.

TIRSO.—¿No nos has contado ya antes lo del viejo verde al que le gustan las lolitas?

CALDERÓN.—Gabriel, no te enteras. Es otra comedia distinta,

sólo que con la misma historia. ¿No te das cuenta?

TIRSO.—¿La misma historia?

MORATÍN.—En efecto.

TIRSO.—¿De cinco comedias escribiste dos con el mismo argumento?

MORATÍN.—Sí. Nunca poseí el don de la invención. Por eso me repatea bastante la barriga que que vosotros lo tuvierais tan grande. Me moría de envidia.

CALDERÓN.—Por lo que decidiste acabar con nosotros, supriméndonos los de un plumazo, ¿no es eso?

MORATÍN.—Algo así.

TIRSO.—¡Qué tipo más inmundo!

CALDERÓN.—Déjale seguir. Cuéntanos. El viejo se quiere casar con la joven. ¿Cómo se resuelve el conflicto?

MORATÍN.—Al final de la obra, el viejo reconoce que aquello no está bien y decide no casarse.

TIRSO.—O sea, que no das ninguna solución.

MORATÍN.—¿Cómo?

TIRSO.—Que evitas cobardemente mantener una postura. Si el viejo se arrepiente de su pretensión, no hay conflicto alguno y has hecho perder miserablemente el tiempo al espectador haciéndole presenciar un problema que no existe.

MORATÍN.—No lo entiendo.

CALDERÓN.—Lo que Tirso quiere decir es lo siguiente: si el viejo se empeña en casarse, sólo hay dos finales posibles, distintos y muy importantes.

MORATÍN.—¿Cuáles?

CALDERÓN.—¿Ni siquiera has pensado en eso? Si la joven obedece y se casa, es una defensa de la tradición y de la sumisión femenina. Si decide no hacerlo y se enfrenta a su madre, es una rebeldía contra lo establecido. ¿Qué postura recomiendas tú?

MORATÍN.—Ninguna. Recomiende lo que recomiende, siempre habrá una parte del público que no esté de acuerdo y se enfade conmigo.

TIRSO.—¡Ahí quería yo llegar! A que eres un hombre sin ideales ni convicciones.

MORATÍN.—Me parece que eso es obvio.

TIRSO.—Un autor que tuvo su mano la posibilidad de reivindicar claramente el derecho de las mujeres a decidir su propio destino y que en la última escena se acobardó y resolvió el conflicto haciendo que el viejo desistiera.

MORATÍN.—Precisamente.

TIRSO.—¡Qué pena, señor! ¡Qué pena!

CALDERÓN.—Claro que no toda la culpa es tuya. También tienen su parte los críticos cretinos que te han alabado y te han dado un lugar preeminente en las historias de la literatura.

TIRSO.—En resumidas cuentas: fuiste un advenedizo del teatro, un escritor sin vocación, de arte limitado, que aprovechó su posición de poder para intentar acabar con otros autores mejores a los que envidiaba. ¿Es eso exacto?

MORATÍN.—No puedo mentir, ya lo sabéis. Debo contestar que tu resumen es exacto.

TIRSO.—Y no se metió sólo con nosotros, los autores teatrales. A los novelistas y a los poetas también les zahirió sin que éstos le hubieran hecho nada.

CALDERÓN.—¿Ah, sí? No lo sabía.

TIRSO.—Sí, Perico. Entre los prosistas a los que definió como «malos», en su libro *La derrota de los pedantes*, están Cervantes y Gracián.

CALDERÓN.—*(Sorprendido.)* ¿Gracián? ¡Pero si ha sido el mejor de todos nosotros, quien mejor ha escrito en lengua castellana?

TIRSO.—Y despreció a grandes poetas como Gabriel Bocángel o al mismísimo conde de Villamediana.

CALDERÓN.—¡Qué me dices!

TIRSO.—Todo eso hizo el pájaro éste.

MORATÍN.—Bueno, las opiniones son libres. Y os diré...

Voz.—*(Dentro.)* ¡¿Cómo?! ¡¿Que está aquí quién?!

MORATÍN.—¿Qué es eso?

(Aparece Félix Lope de Vega, que se dirige a Moratín.)

LOPE DE VEGA.—¿Así es que eres tú en persona, bribón! ¡Por fin nos vemos! ¡Te he estado esperando impacientemente durante mucho tiempo, censor! ¡Ven, que te voy a dar lo tuyo!

(Se abalanza sobre él y le comienza a propinar una soberana paliza sin que ni Tirso ni Calderón puedan impedírselo.)

TELÓN

CARLOS III CHAQUETEA

Una sala de espera del Palacio Real de Madrid. Es el 24 de marzo de 1766. El duque de Arcos pasea. Al poco, aparece el marqués de Esquilache.

ARCOS.—¡Señor marqués de Esquilache! Habéis venido.

ESQUILACHE.—¡Qué remedio! El rey me ha convocado. Los amotinados han asaltado mi mansión y me han hecho añicos la vajilla. Yo he escapado por los pelos y he venido aquí sin perder un minuto.

ARCOS.—Sí. Os conviene perder las menos cosas posibles.

ESQUILACHE.—¿Qué ha sucedido, duque? ¿Vuecelencia sabe algo?

ARCOS.—¡Psch! Cosas oídas aquí y allá. No sabría deciros...

ESQUILACHE.—No os hagáis el longis, duque. Ayudadme.

ARCOS.—¿Que yo os ayude?

ESQUILACHE.—En efecto. Ya sé que os caigo muy gordo, pero dejad a un lado vuestras antipatías personales y resolvamos esta situación. ¿Cómo está el patio?

ARCOS.—Mal. Vuestras últimas medidas han resultado muy impopulares.

ESQUILACHE.—Ya lo he visto, cuando las turbas han asaltado mi casa y han puesto todo patas arriba. Me han dado un susto que no me llega la camisola al cuerpo. Tengo suerte de haber escapado con vida. Pero lo que no sé es por qué ha sido todo ello.

ARCOS.—Os lo explicaré. Habéis iluminado las calles con vuestras farolas.

ESQUILACHE.—Porque no se veía ni torta.

ARCOS.—Y ahora los madrileños no tienen ningún rincón oscuro

donde poderles meter mano a sus novias sin que nadie los vea. ¿Entendéis?

ESQUILACHE.—¡Es el Siglo de las Luces! ¿Cómo nos vamos a pasar sin farolas!

ARCOS.—Lo que vos llamarais «luces», los españoles lo traducen por herejía.

ESQUILACHE.—Por eso se dijo aquello de *«Traductore, tradittore!»*, supongo. Pero… ¡romper las farolas! ¡Costaron 900.000 reales!

ARCOS.—¡Arrea! ¿Tanto?

ESQUILACHE.—Unos encima de otros.

ARCOS.—Habéis hecho instalar fosas sépticas.

ESQUILACHE.—¿Y…?

ARCOS.—Huelen mal.

ESQUILACHE.—¡Claro! Pero toda la porquería está en el mismo sitio. ¿O preferís continuar con la costumbre del «¡agua va!» y que se sigan vaciando los orinales por el balcón?

ARCOS.—A las amas de casa de Madrid parecía gustarles eso mucho más. Se reían al ver la cara de los transeúntes que pasaban por las calles en esos momentos.

ESQUILACHE.—¡No me lo puedo creer! España es diferente, como acertadamente dice el lema turístico.

ARCOS.—Y lo de cortar las capas y hacerles dobladillo a los sombreros ha colmado el vaso de la paciencia del pueblo.

ESQUILACHE.—¡Era para que no ocultaran armas y se les pudiera ver la cara!

ARCOS.—¿Y vos sois tan ingenuo como para creer que eso gusta?

ESQUILACHE.—No necesitan llevar armas. Hemos creado un cuerpo de policía que vela por la seguridad de los ciudadanos en las calles.

(Al duque de Arcos le entra un ataque de risa que le dura dieciocho minutos largos. Cuando consigue recuperar la compostura, prosigue la acción.)

ARCOS.—Todos quieren llevar su propia navaja de Albacete, por si las moscas. En cuanto a lo de taparse la cara con el ala del sombrero, los madrileños desean seguir haciéndolo porque tienen todos complejo de feos.

ESQUILACHE.—¿Complejo de feos?

ARCOS.—En efecto. Y debo reconocer tristemente que no les falta razón.

ESQUILACHE.—¿Y por eso han organizado esta revuelta y han asaltado mi casa?

ARCOS.—Bueno… Por eso y por otras cosas.

ESQUILACHE.—Decidme.

ARCOS.—¿Queréis que hable con franqueza?

ESQUILACHE.—Por favor, hacedlo.

ARCOS.—No tengo costumbre: a fin de cuentas soy un cortesano. Pero lo intentaré. Una causa primordial para esta revuelta es la carestía del pan, de la que se os hace responsable.

ESQUILACHE.—¡Ajá! Continuad.

ARCOS.—El pan se ha puesto por las nubes, los acaparadores se lucran y hacerse un bocadillo de mortadela se ha convertido en un lujo asiático.

ESQUILACHE.—¡Yo no tengo la culpa! ¡Yo no acaparo nada!

ARCOS.—Sois el ministro.

ESQUILACHE.—¿Qué quieres decir?

ARCOS.—Que se os paga para que tengáis la culpa de las cosas. A eso se le llama «responsabilidad política».

ESQUILACHE.—¡Qué concepto tan novedoso! ¿Y estáis seguro de que esa cosa existe en España?

ARCOS.—Debería. El caso es que sea quien sea el que se interponga entre los mendrugos y los dientes de los madrileños, están enfadados con vos.

ESQUILACHE.—Ya lo he visto.

ARCOS.—Y la segunda cosa y principal es que sois italiano.

ESQUILACHE.—¡Acabáramos! ¡Ahora lo entiendo todo!

ARCOS.—¿Lo entendéis?

ESQUILACHE.—Está más claro que un consomé. El pueblo no me odia porque haya promulgado una ley u otra: eso al pueblo le ha dado siempre igual. Me odia porque soy extranjero. Tenía que haberlo imaginado. Desde que llegué a este país con la contrata de asearlo un poco y poner orden en la leonera, los españolitos me han venido fastidiando sin cesar. Los albistas, los ensenadistas, los arandistas y no sé cuántos «ístas» más, todos ellos se han enfadado conmigo al ver que cambiaban las cosas. *(Poniéndose solemne.)* ¡Pero el Progreso no se puede parar! El autobús de la Historia no se detiene.

ARCOS.—¿Qué es eso del autobús?

ESQUILACHE.—Sólo es una forma de hablar. El autobús de la Historia no se detiene en ninguna parada y continúa inexorable su avance. España progresará y se ilustrará o yo dejaré de llamarme Leopoldo.

ARCOS.—A mi modo de ver, haríais bien en dejaros de llamaros Leopoldo: es un nombre horrible.

ESQUILACHE.—¿Ah, sí? Y vos, duque de Arcos, ¿cómo os llamáis, por ventura?

ARCOS.—*(Dubitativo.)* Er... Yo... Tengo varios nombres de pila.

ESQUILACHE.—Decidme cuáles.

ARCOS.—*(Decidido.)* Pues si tanto deseas saberlo, os lo diré. Me bautizaron con los nombres de Antonio, Eleuterio, Remigio, Pancracio, Ruperto de la Santísima Trinidad y Ponce de León.

ESQUILACHE.—¡Pues también vais bien servido! Pero no nos desviemos del tema. España ha sido un país muy glorioso...

ARCOS.—¿Sido?

ESQUILACHE.—Sido. Ya no lo es. Reconoced que en triunfos políticos hace ya dos siglos largos que no os coméis una rosca. Prosigo. Ha sido un país muy glorioso pero pésimamente administrado. No consigo entender a dónde ha ido a parar el oro del América y el producto de tantos y tantos saqueos como ha efectuado el ejército español en un montón de sitios.

ARCOS.—Las cuentas del Tesoro están claras.

ESQUILACHE.—Sí, sobre el papel. La realidad es que las cuentas están claras pero que el dinero no aparece. Muchos se quejan de los extranjeros que hemos venido a poner un poco de orden, pero, ¡señores!, aquí tenéis todo manga por hombro. El reino de España era una merienda de negros hasta que llegamos Grimaldi, Sabatini y yo a arreglar las cosas.

ARCOS.—Los italianos queréis afrancesarnos a todos.

ESQUILACHE.—Un poco, lo reconozco. Pero el problema es que los españoles son unos tarugos y creen que eso de afrancesarse consiste básicamente en... ¿cómo lo diría?, en renunciar a la propia virilidad. Y no es eso. Hay que modernizarse y los nativos no son capaces de hacerlo, es obvio. Son como niños pequeños, que lloran cuando se les lava y se les peina. ¿No opináis lo mismo?

ARCOS.—Bueno. Nadie podrá decir nunca que yo no soy una persona extremadamente tolerante y de mente muy abierta, pero todo eso que decís no son sino palabras, palabras y más palabras, como dijo Shakespeare, ese maldito hereje anglicano.

ESQUILACHE.—Veo vuestra tolerancia.

ARCOS.—Y las palabras no nos llevan a nada. Ved la que habéis montado con vuestras leyes «progresistas». A ver qué dice el rey de todo esto.

ESQUILACHE.—¿Está enfadado conmigo?

ARCOS.—Está que aúlla como un lobo con dolor de muelas. Mirad, precisamente aquí viene.

(Se abren las puertas y aparece el rey Carlos III, con cara malhumorada.)

CARLOS III.—¡Hombre, Esquilache! ¡Dichosos los ojos! Por fin se te ve el pelo.

ESQUILACHE.—He venido en cuanto me ha sido posible. Estoy a vuestras órdenes como siempre, majestad.

CARLOS III.—¡Has armado un pifostio de mucho cuidado! Los madrileños siempre han sido de aúpa, pero esto pasa ya de castaño oscuro.

ESQUILACHE.—No puedo estar más de acuerdo, señor.

CARLOS III.—Estoy hasta la coronilla de tanta tontuna y tanta puñetería.

ESQUILACHE.—*(Aparte, a Arcos.)* ¿Por qué su majestad habla siempre de esa forma tan coloquial y vulgar, duque?

ARCOS.—*(Aparte, a Esquilache.)* Lo hace para parecer campechano y que el pueblo le tolere en el trono, aunque no se lo merezca. A otros reyes les ha funcionado muy bien.

CARLOS III.—No sé realmente cómo vamos a salir de este follón que tenemos armado. Para empezar, los revoltosos me han largado un papel con sus exigencias. *(Saca un documento.)* Mirad como lo han titulado: *(Lee.)* «Estatutos del cuerpo elegido por el amor español en defensa de la patria para quitar y sacudir la opresión de los que intentaban violar sus dominios».

ESQUILACHE.—¡Qué título tan largo!

ARCOS.—Ése no es el mismo que tengo yo. *(Saca otro documento.)*

ESQUILACHE.—¿Vos tenéis otro panfleto?

ARCOS.—Sí. El mío se titula «Ordenanzas que se deben y han de observar indispensablemente y bajo las penas que se expresarán, por todos los sujetos de que se compone el cuerpo de españoles de esta corte, que ansiosamente solicitan ver a su amado Monarca y Señor don Carlos III (que Dios guarde)».

ESQUILACHE.—¡Ése es más largo todavía!

ARCOS.—*(A Esquilache.)* ¿A vos nos ha llegado ningún papel?

ESQUILACHE.—Sí. Me lo han tirado por la ventana envolviendo

una piedra.

ARCOS.—¿Y qué pone? ¿Es largo?

ESQUILACHE.—No. Es más corto que los vuestros.

ARCOS.—¿Cómo se titula?

ESQUILACHE.—No tiene título.

CARLOS III.—¿Y qué dice?

ESQUILACHE.—Pues dice solamente: «¡Vete ya de aquí, cacho cabrón!»

ARCOS.—Muy explícito.

CARLOS III.—A ver, Leopoldo: a mí los madrileños me han pedido cosas y yo no puedo hacerme el estrecho. No está el horno para bollos y los reyes nos debemos a nuestro pueblo.

ESQUILACHE.—¡Pero todo lo que he hecho ha sido con vuestro real beneplácito!

CARLOS III.—Lo sé, lo sé, pero, ¿qué quieres, chico? Los tiempos cambian.

ESQUILACHE.—¿No vais a defenderme de las injustas acusaciones que se me han hecho?

CARLOS III.—Vamos por partes: no hay que amontonarse. Estudiemos lo que nos pide el pueblo y decidamos lo que se le puede dar para que se calle y se aguante. *(Se dispone a leer en el papel.)* «Que Su Majestad se digne salir a la vista de todos para que puedan escuchar por boca suya la palabra de cumplir y satisfacer las peticiones».

ARCOS.—Eso es fácil. Salís al balcón y hacéis así con la mano. *(Hace un gesto de saludar.)* Eso siempre gusta y a vos, majestad, os sale gratis.

CARLOS III.—¿Y si me tiran cosas? No sería la primera vez.

ARCOS.—Bueno, si alguien os tira algo ya le castigaremos severamente después de que lo haga.

CARLOS III.—¿Después?

ARCOS.—Claro. Antes sería muy difícil. No sabríamos a quién apresar.

CARLOS III.—A ver: ¿no podríamos inventarnos un castigo preventivo?

ARCOS.—No tengo ni idea, majestad.

CARLOS III.—¿Cómo que no? ¡Sois mi consejero militar!

ARCOS.—Pertenezco al ejército español porque soy de rancio abolengo, pero de temas militares no entiendo ni papa, he de reconocerlo con pesar.

CARLOS III.—Estáis en el ejército porque sois noble, concedido; pero ¿cómo habéis logrado en él tan alta graduación?

ARCOS.—Porque soy muy noble, majestad.

ESQUILACHE.—Señor, con todo respeto: eso del castigo preventivo es un absurdo imposible.

CARLOS III.—Si tú lo dices… Pero seguro que en algún momento a algún rey se le ocurre la misma idea y la pone en práctica.

ARCOS.—Seguid leyendo señor.

CARLOS III.—*(Lee.)* «Que sea conservado el uso de la capa larga y el sombrero redondo». ¿Ves, Esquilache? Aquí metiste la pata hasta el sobaco. ¿Qué necesidad había de atacar a las tradiciones españolas en el vestir?

ESQUILACHE.—Pero, majestad: ¡si el sombrero de ala ancha no era moda española en primera instancia, si la tomamos de Flandes…!

CARLOS III.—Da igual. También el *schotis* es escocés y los mantones de Manila son filipinos, pero a los madrileños les hace ilusión considerarlos suyos. No se le puede llevar la contraria al pueblo, si no quieres que te rompa cosas. Dejaremos las ropas como estaban. Sigo. *(Lee.)* «Que se retiren inmediatamente todas las tropas a sus respectivos cuarteles». ¿Qué te parece esto, duque?

ARCOS.—Bien, señor. Así no habrá que pagarle a los soldados horas extraordinarias ni pluses de peligrosidad.

CARLOS III.—Hecho. *(Lee.)* «Que sean suprimidas las Juntas de

Abastos». *(Perplejo.)* ¿Qué es una junta de abastos, si se puede saber?

ARCOS.—*(Aparte.)* ¡Recórcholis!

ESQUILACHE.—Una junta de abastos, majestad, es un organismo que hemos creado para asegurarnos de que la capital esté bien abastecida de alimentos.

CARLOS III.—*(Sarcástico.)* ¡Pues os habéis cubierto de gloria, porque la queja general es que no hay harina ni para hacer un panecillo de a cuarto! Suprimiremos las juntas. *(Lee.)* «Que bajen los precios de los comestibles». Esto es más complicadillo.

ARCOS.—En absoluto, señor. Puede hacerse.

CARLOS III.—¿Y cómo?

ARCOS.—Es bien sencillo. Firmad un decreto y obligad a los tenderos a vender más barato.

CARLOS III.—¿Así de fácil?

ARCOS.—Así de fácil. Si no obedecen, mandadles los guardias. ¿Para qué los queréis, sino para obligar a la gente a hacer lo que no quiera hacer de buena gana? Los guardias se inventaron precisamente para ese fin.

CARLOS III.—¡Pero los tenderos se enfadarán!

ARCOS.—¡Hombre, claro! Pero los tenderos son muy pocos y los compradores son muchos. ¿Preferís tener enfadados a muchos o a pocos? La política no es sino el arte de tener los menos enemigos posibles.

CARLOS III.—Tienes razón. Firmaré lo que haga falta.

ARCOS.—Seguid, señor.

CARLOS III.—*(Lee.)* «Que se extinga la Guardia Valona».

ARCOS.—Eso es más sencillo aún. Suprimidla con efecto inmediato.

CARLOS III.—¿Y...?

ARCOS.—Y cread, con efecto inmediato también, una Guardia

Suiza o Helvética o como os apetezca llamarla, majestad. Les cambiamos el uniforme y ¡listo!

CARLOS III.—¡Qué gran idea! Con consejeros tan inteligentes da gusto reinar.

ARCOS.—Además, como van vestidos de un color ocre clarito, con teñir los trajes de un tono más oscuro será suficiente. Saldrá muy barato.

CARLOS III.—¡Hecho! ¿Qué más? A ver… *(Le para así.)* ¡Oh! Esto va a ser un gran problema. ¡Estamos perdidos!

ARCOS.—¿Qué pone?

ESQUILACHE.—¿Qué pone?

CARLOS III.—*(Leyendo.)* «Que no haya sino ministros españoles en el gobierno». ¡Nos hemos caído!

ESQUILACHE.—Sí: efectivamente eso tiene mala solución.

CARLOS III.—Me he tenido que rodear de ministros italianos, que son ineptos, corrompidos y que no valen un pimiento, porque los políticos españoles son infinitamente peores. ¿Qué puedo hacer con esta demanda? ¿Se os ocurre algo?

ESQUILACHE.—A mí, no.

ARCOS.—Podéis cambiarles el nombre y hacerlos pasar por españoles de pura cepa.

CARLOS III.—¿Quieres decir llamarles, por ejemplo, Grimaldo, Sabatino y Esquilacho?

ARCOS.—No. Les concedéis un título cualquiera, marqués de esto o de aquello, algo muy típico: marqués de Villanueva del Pardillo, conde de Motilla del Palancar, y a los pocos días la gente se olvidará de su origen.

ESQUILACHE.—No creo que funcione.

ARCOS.—Podéis claudicar y poner a españoles en sus puestos, como os piden.

CARLOS III.—¿Estás loco, duque? Para ser ministro hacen falta muchas cualidades. ¿Dónde voy a encontrar españoles inteligentes?

ARCOS.—Majestad, yo creo que buscando bien…

CARLOS III.—Nada, nada: hasta que la cosa se calme suprimiremos los ministerios temporalmente. Alegaremos que, de todas maneras, no hacían nada de provecho y que nos podemos pasar perfectamente sin ellos.

ARCOS.—¿Y la última petición?

ARCOS.—¿Y la última petición?

CARLOS III.—Veamos. *(Lee.)* «Que se destierre de los dominios españoles al marqués de Esquilache y a toda su familia o se les pase a cuchillo en la plaza de la Cebada mañana por la mañana, a más tardar». *(Le entrega el panfleto a Arcos.)*

ESQUILACHE.—¡Hala!

ARCOS.—Por lo menos nos dan donde elegir. *(Continúa leyendo.)* «Si no se accede, treinta mil hombres harán astillas en dos horas el nuevo palacio».

CARLOS III.—¡Mi palacio!

ARCOS.—*(Leyendo.)* «De no hacerlo así, arderá Madrid entero».

ESQUILACHE.—¡Que brutos! *(Hay una pausa larga, en la que los tres se miran.)*

ARCOS.—Esto no tiene salida. *(Otra pausa.)*

ESQUILACHE.—¿Y si me tiñera el pelo y me dejara bigote? Quizá así…

CARLOS III.—Sé realista, Leopoldo: aquí ya no hay nada más que rascar.

ESQUILACHE.—*(Asustado.)* Majestad, ¿no iréis a desterrarme, no es así?

CARLOS III.—¿Desterrarte? No, no pienso desterrarte.

ESQUILACHE.—*(Aliviado.)* Gracias, majestad.

CARLOS III.—'Desterrar' no es la palabra que yo emplearía. Yo lo llamaría simplemente «vacaciones».

ESQUILACHE.—¡Pero, señor…!

CARLOS III.—A todo el mundo le gustan las vacaciones, Leopoldo.

ESQUILACHE.—¡No, majestad!

CARLOS III.—Unas «bien merecidas vacaciones» como se dice ahora, aunque la gente no haya trabajado nada durante el año y no se las merezca.

ESQUILACHE.—¡No me alejéis de vuestro lado, señor!

CARLOS III.—Vamos, Leopoldo, no llores: seguro que ya estás harto de verme a diario para despachar conmigo los asuntos del reino. Todo el mundo me dice que soy una persona muy aburrida. No me echarás de menos durante tus vacaciones.

ESQUILACHE.—¡De las vacaciones se vuelve, majestad!

ARCOS.—Bueno hay vacaciones y vacaciones.

ESQUILACHE.—¡No debéis hacerme tal cosa, señor! Os he servido bien.

CARLOS III.—Eso es muy subjetivo.

ESQUILACHE.—¡No podéis olvidar lo que hecho por este reino!

CARLOS III.—Yo creo que sí, marqués de Esqui… Esco… ¿Cómo os llamabais exactamente? Ya sabéis que yo he tenido siempre muy mala memoria.

ESQUILACHE.—¡Expulsarme del reino sería un acto reprobable!

CARLOS III.—Pero muy popular. Los madrileños estarían encantados. Me amarán mucho por eso. Ya habéis oído al duque: la política es el arte de tener el menor número de enemigos.

ESQUILACHE.—Si me desterráis, la historia os censurará por ello, señor.

CARLOS III.—¿La historia? No lo creo. A los españoles de este tiempo y de cualquier tiempo futuro les parecerá de perlas que me libre de ti a patadas. Ya me puedo imaginar lo que dirán: «Nuestro bien amado rey Carlos III echó a patadas al *italianini*».

ESQUILACHE.—¿Vos también me llamáis *italianini*?

CARLOS III.—Sólo cuándo es estrictamente necesario.

ESQUILACHE.—Nunca lo hubiera pensado de vos, señor.

ARCOS.—*(Interrumpiéndoles.)* Majestad, esta comedia se está haciendo ya demasiado larga y los lectores se cansan. Decid lo que tengáis que decir para rematarla y acabemos de una vez con esto.

CARLOS III.—Tienes razón, Arcos, tienes razón. Leopoldo…

ESQUILACHE.—*(Triste.)* ¿Sí, majestad?

CARLOS III.—Ahí está la puerta.

TELÓN

ATAHUALPA PASA UNA NOCHE DE PERROS

Es la noche del 26 de julio de 1533 y hace un calor de espanto. El lugar de la acción es el conocidísimo «Cuarto del rescate». Para aquellos a los que este conocidísimo cuarto le resulte desconocidísimo, diremos que es el lugar en la ciudad de Cajamarca, en el Perú, donde Francisco Pizarro tuvo preso al inca Atahualpa durante ocho meses de esos que tienen seis o siete semanas cada uno. Al conquistador Francisco Pizarro sí le conocerán muchos de nuestros lectores. Es ese señor cuyo retrato salía en los billetes de 1000 pesetas. El recinto no tiene más que un mísero camastro y unas pocas sillas, y se encuentra verdaderamente sucio. Cuando comienza la acción está en escena Atahualpa, con tres de sus obesas esposas, que se están sentaditas en el fondo del cuarto y no dicen ni pío durante toda la comedia. Al poco, entra Pizarro, que viene calado hasta los huesos.

ATAHUALPA.—¡Viracocha! ¡Por fin llegas! Te estaba esperando.

PIZARRO.—¿Cuántas veces tengo que decirte que no soy Viracocha? ¿O es que no entiendes lo que te digo? Soy Pizarro, Francisco Pizarro y tú eres mi prisionero.

ATAHUALPA.—Ya, ya. Pero ¿qué quieres? No puedo evitarlo. Mi pueblo ha pasado siglos esperando al dios Viracocha, una deidad de barba blanca y ojos verdes, vestida de oro y plata, que se marchó por el mar del sur y había de regresar por la tierra del sol poniente para llevar a mi pueblo a días de gloria. Y cuando tú llegaste al Birú y supiste de nuestra leyenda, dijiste ser Viracocha en persona, para que te reverenciáramos. Y aún no estoy seguro de que no lo seas.

PIZARRO.—Pero, vamos a ver, viejo chalado: ¿no te has dado cuenta aún de que te tengo prisionero aquí desde hace siete meses? ¿No he pedido un rescate principesco por tu libertad?

ATAHUALPA.—Sí. Te has portado conmigo como un verdadero canalla, pero los dioses tenéis a veces comportamientos que nosotros, los humanos, no podemos entender.

PIZARRO.—Pues no soy ningún dios autóctono, ¿te enteras?

ATAHUALPA.—Si tú lo dices… pero yo sigo creyéndolo.

PIZARRO.—¿Tú me has mirado? ¿Has visto mis ropas? No son de oro y plata, precisamente, sino de tela basta, que me raspa. Y en el lugar de donde yo provengo hay mucha gente con barba.

ATAHUALPA.—¿Y de dónde me dijiste que venías?

PIZARRO.—De Extremadura.

ATAHUALPA.—Como muchos otros de los tuyos. Debe de ser un lugar muy feo, cuando tantos diablos blancos de allí se vienen para acá.

PIZARRO.—No es feo. Solo muy incómodo.

ATAHUALPA.—Bueno. Y cambiando de tema: me gustaría pedirte que hicieras que tus hombres barriesen un poco este aposento. Está hecho una cochambre.

PIZARRO.—¿Pero no te enteras de que esto es una cárcel para ti hasta que tus súbditos me pague tu rescate? ¿Cuándo has visto tú que se barran las cárceles?

ATAHUALPA.—Nosotros lo hacemos siempre. Tus gentes son bastante cochinas, Viracocha.

PIZARRO.—¡Que no me llames Viracocha, te repito!

ATAHUALPA.—¡Está bien, está bien! Si no quieres tener un origen mitológico, ¡allá tú! No hace falta que grites. Eres un hombre muy impaciente.

PIZARRO.—Sí. Soy de natural nervioso, lo reconozco. Es mi carácter. No me puedo estar quieto en ningún sitio y siempre tengo que estar haciendo algo.

ATAHUALPA.—¿Y qué estás haciendo ahora, concretamente?

PIZARRO.—Pues venir a informarte de que ha llegado el oro que faltaba.

ATAHUALPA.—¿Ya está aquí?

PIZARRO.—Sí.

ATAHUALPA.—¿Entonces me dejarás en libertad?

PIZARRO.—Bueno…

ATAHUALPA.—Me prometiste, creo recordar, que si llenaba esta habitación dos veces, una con oro y otra con plata, me dejarías ir. Mis abnegados súbditos llevan ya tres meses acarreando los metales preciosos por toneladas.

PIZARRO.—Ellos no acarrean nada: lo hacen las llamas.

ATAHUALPA.—Sí, eso es lo que quería decir. Entonces, ¿ha llegado ya el último cargamento?

PIZARRO.—Ha llegado.

ATAHUALPA.—Me alegro; así podré salir de aquí y perder de vista a estas tres esposas mías que mandaste encerrar conmigo.

PIZARRO.—Lo hice por tu comodidad.

ATAHUALPA.—¿Tú estás tonto? ¿Crees crees que es muy cómodo estar con tres mujeres las veinticuatro horas al día durante seis meses? ¿Tú eres casado?

PIZARRO.—No.

ATAHUALPA.—¡Claro! No me extraña que no lo entiendas. Pero traérmelas ha sido una maldad añadida por tu parte. Volviendo a lo nuestro: ¿me vas a liberar?

PIZARRO.—Precisamente de eso quería hablarte.

ATAHUALPA.—¡Huy! Esto me huele muy mal. Espero que no te comportes como un embustero; confío en que no te retractes ahora de la palabra que me diste. Todos dicen que los hidalgos españoles tienen un gran sentido de la justicia.

PIZARRO.—¿Eso dicen? Yo no lo he escuchado nunca.

ATAHUALPA.—¿Entonces…?

PIZARRO.—Verás, Atahualpa: la cosa no es tan sencilla. Cuando el emperador inca Huayna Cápac murió a causa de la viruela…

ATAHUALPA.—Una enfermedad maldita que vosotros trajisteis a estas tierras.

PIZARRO.—Yo no traje nada, a mí no me culpes. Yo estoy

perfectamente bien de salud, aparte de unas hemorroides, que no son contagiosas. Sigo. Tras la muerte del Inca, hiciste matar a tu rival, Huáscar.

ATAHUALPA.—¡Toma, claro! Porque quería hacerme tapioca.

PIZARRO.—Te erigiste en amo de Cuzco y eso no sentó bien en la capital del Imperio, donde Huáscar era muy conocido y tenía muchas simpatías entre la buena sociedad.

ATAHUALPA.—¿Y bien?

PIZARRO.—Pues que ahora las vas a pagar todas juntas. Te mandaré ajusticiar y los españoles gobernaremos el Birú.

ATAHUALPA.—¡¡¡Viracocha!!!

PIZARRO.—Dicho así, parece un insulto.

ATAHUALPA.—¿Serás capaz de matarme?

PIZARRO.—No, yo no. Me da mucha grima. Mandaré que te maten y lo hará otro. Para algo soy el jefe: para poder evitarme las tareas cansadas y desagradables.

ATAHUALPA.—¿Serás capaz de hacerme asesinar después de haberte pagado el rescate más alto de la historia? ¿Y tu honor?

PIZARRO.—¿Perdón?

ATAHUALPA.—¿No mantendrás tu palabra? ¿Y tú te llamas a ti mismo guerrero?

PIZARRO.—No. Me considero más bien un político.

ATAHUALPA.—Eso lo explica todo. ¿Y de que me acusarás?

PIZARRO.—No tengo necesidad de acusarte de nada. Te mato y ya está.

ATAHUALPA.—Sois unos salvajes. Nosotros juzgamos a nuestros prisioneros antes de condenarlos a nada.

PIZARRO.—Está bien. Si te empeñas, si te pones pesado, te acusaremos de varios cargos antes de ajusticiarte.

ATAHUALPA.—¿De qué cargos?

PIZARRO.—Pues así, a bote pronto, no sé. Déjame un momento, que lo piense. ¡Ah, sí! Mira: he pensado que te podemos acusar de haber mandado matar a Huáscar. ¿Qué te parece?

ATAHUALPA.—Me parece mal. Y, además, no tenéis ninguna prueba escrita de mi puño y letra en que ordene hacerlo.

PIZARRO.—Porque no sabes escribir. Pero demostraré que lo hiciste.

ATAHUALPA.—¿Cómo?

PIZARRO.—Es muy fácil: es mi palabra contra la tuya.

ATAHUALPA.—¡Pero tú eres un mentiroso!

PIZARRO.—Sí, pero en España no lo saben.

ATAHUALPA.—¡Mira que listo!

PIZARRO.—También puedo acusarte de adorar a falsos ídolos.

ATAHUALPA.—Tampoco me habrás visto hacerlo. Eso de los ídolos está bien para el pueblo ignorante. Yo, en estos temas de dioses y demás, soy más bien agnóstico y un tanto ilustrado.

PIZARRO.—¿No pensabas antes que yo era Viracocha? Pero vamos a ver, que yo me aclare: ¿tú crees en los dioses o no crees?

ATAHUALPA.—Pues, a ratos, como todo el mundo.

PIZARRO.—Y por si eso no fuera bastante, puedo acusarte de poligamia.

ATAHUALPA.—¡Eso sí que no! ¿Encima de haberme obligado a pasar mis últimos días con esas tres arpías, ahora he pagar por ello? ¡Es ya recochineo!

PIZARRO.—Y por último, tengo un as en la manga, porque puedo acusarte de traición. ¿Crees que no sé que mientras fingías cumplir tu cautiverio aquí, tan modosito como si no hubieras roto un plato en tu vida, fomentabas entre tu pueblo la rebelión?

ATAHUALPA.—¿Yooooo?

PIZARRO.—Sí, tú. Sabemos que has dado órdenes secretas a tus gentes para que reúnan un ejército para luchar contra nosotros.

ATAHUALPA.—Yo lo ignoraba, te lo aseguro.

PIZARRO.—¿Ha sido iniciativa de tus hombres?

ATAHUALPA.—Puede. Me aman mucho y harán lo posible por liberarme. Pero yo no sé nada.

PIZARRO.—Ese ejército ejército avanza desde el sur, al mando del general Calcuchimac.

ATAHUALPA.—Me haces reír. ¿Calcuchimac? Entonces, desgraciadamente para el pueblo inca, no tenéis nada que temer.

PIZARRO.—¿Y eso?

ATAHUALPA.—Calcuchimac es un inepto incapaz de dirigir no digamos un ejército, ni siquiera un cuarteto de cuerda. Es torpe como él solo y no conseguirá perjudicaros en lo más mínimo. Se embarullará, tomará malas decisiones, dará órdenes contradictorias y al final los guerreros se hartarán, desertarán y se volverán a sus casas.

PIZARRO.—¿Y por qué le nombraste general?

ATAHUALPA.—Tenía un tío no sé dónde, no recuerdo en qué consejo, que me habló muy bien de él. Como entonces no teníamos guerra con nadie, accedí y le di el cargo. Oye, una curiosidad: ¿cuándo me vas a matar?

PIZARRO.—Pues pensaba hacerlo mañana por la mañana; si deja de llover, claro.

ATAHUALPA.—¿Si deja de llover?

PIZARRO.—Sí. No voy a ajusticiarte aquí dentro, como comprenderás. Se pondría todo perdido con tu sangre. Hay que hacerlo al aire libre, que siempre es más sano.

ATAHUALPA.—¿Pero no decías que no te importaba que las cárceles estuvieran sucias?

PIZARRO.—Pero no es lo mismo un suelo de piedra lleno de sangre, que tarda mucho en quitarse, que un poco de polvo de nada, que no hace daño a nadie. Además, mira: casualmente ha dejado de llover.

ATAHUALPA.—¡Qué oportuno! ¿Y cómo piensas darme muerte,

si no es indiscreción preguntarlo?

PIZARRO.—¡De ninguna manera! Puedes preguntar lo que quieras. ¡Faltaría más! Pues mira: yo creo que quemarte vivo estaría bien. Es rápido y limpio.

ATAHUALPA.—Lamento no estar de acuerdo. Limpio, puede. Pero rápido... Seguro que hay otro medio menos doloroso.

PIZARRO.—Bueno, podríamos estrangularte. Dicen que no duele casi nada. Vamos, que prácticamente ni te enteras.

ATAHUALPA.—¡Eso!

PIZARRO.—Pero hay un problema. Creo que existe una ley que lo impide. No me acuerdo de cuál, porque tengo una memoria horrorosa. Hay una ley que dice algo así como que la muerte por estrangulamiento sólo se puede aplicar a cristianos bautizados.

ATAHUALPA.—¡Vaya, hombre!

PIZARRO.—¿Tú no estarás bautizado, por una casualidad?

ATAHUALPA.—No. ¿Cómo iba estarlo?

PIZARRO.—¿Quién sabe? Los conquistadores nos damos toda la prisa que podemos, pero de pronto los misioneros llegan antes que nosotros. Para cuando vamos a exterminar a algún pueblo indígena, ya todos nuestros enemigos se llaman Remigio, Lucas, Marcelino y cosas así.

ATAHUALPA.—Pues yo no estoy bautizado.

PIZARRO.—¿Pero te importaría estarlo?

ATAHUALPA.—Si me facilita la muerte, no, en absoluto.

PIZARRO.—Pues ¡problema resuelto! Tengo dos o tres sacerdotes entre mis gentes. Saco a uno de la cama, que te bautiza en un decir Jesús, y nunca mejor dicho, y continuamos con tu ejecución sin perder más tiempo del imprescindible. ¿Cómo querrías llamarte?

ATAHUALPA.—No sé. ¿Cuál es el nombre más bonito, refinado y elegante que existe en tu lengua?

PIZARRO.—El mío: Paco.

ATAHUALPA.—Pues está decidido. Olvídate de Atahualpa. Desde hoy la gente me conocerá por mi nuevo nombre: «Paco, el último emperador de los incas».

PIZARRO.—Suena bien.

ATAHUALPA.—Oye, no se te olvide decirle a quien me ajusticie que procure ser rápido y no hacerme mucho daño.

PIZARRO.—Descuida. Mi verdugo tiene ya mucha práctica.

(A las pocas horas, Atahualpa es estrangulado en el poste después de que un sacerdote lo bautice dándole el cristiano nombre de Francisco. Al saberse la noticia de la muerte del Inca, miles de sus fieles sus súbditos se suicidan para seguir a su señor hasta el otro mundo. Pizarro se encuentra con un montón de cadáveres apestosos. Para evitar que se pudran y causen una epidemia importante, él y sus hombres se pasan varias semanas cavando en fosas para meterlos a todos, por lo que acaban baldados.)

TELÓN

BALZAC Y LA TÚNICA SAGRADA

París, 1845. El cuarto de trabajo en la casa de Honorato de Balzac. La escena vacía. Al poco salen Balzac, con un papel en el mano, y René Jouvet.)

BALZAC.—Adelante, Monsieur Jouvet. Está usted en su casa.

JOUVET.—*(Con un enorme respeto.)* Muchas gracias.

BALZAC.—*(Acabando de leer la carta.)* Veo por esta carta de presentación que es usted amigo de mi querido Victor Hugo.

JOUVET.—En efecto, tengo ese honor.

BALZAC.—*(Sin ninguna gana.)* Pues estoy a su disposición para lo que quiera de mí.

JOUVET.—Tan sólo conocerle, maestro. Soy su más ferviente admirador. He devorado sus obras con fruición y mi mayor sueño ha sido observarle en la intimidad, ver con mis propios ojos el lugar donde crea sus mundos de fantasía.

BALZAC.—Pues ya está en él. Éste es mi lugar de trabajo.

JOUVET.—¡Tal como lo imaginaba!

BALZAC.—Las obras que tan generosamente admira las he escrito aquí, en esta mesa.

JOUVET.—Le doy de nuevo las gracias, maestro, por recibirme en su casa. *(Con entusiasmo.)* ¡He soñado tan a menudo con este momento! Muchas veces le he imaginado escribiendo esas novelas tan maravillosas que nos hacen conocer tan profundamente la sociedad de nuestro tiempo y ahora me complazco de ver el lugar donde fueron gestadas. Y el privilegio de hablar con usted en persona... ¡Oh! Nunca olvidaré este día.

BALZAC.—*(Aparte.)* ¡Este pelma...!

JOUVET.—Tengo mil preguntas que hacerle.

BALZAC.—*(Deseando quitárselo de encima.)* Tendré mucho gusto en responder a todas ellas, Jouvet, pero ya está anocheciendo y no quisiera que desatendiera sus asuntos por mí. ¿No le parecería mejor que nos viéramos otro día con más calma?

JOUVET.—¡Oh, no! Prefiero con mucho la compañía de usted a la de ningún otro. ¡Mi autor favorito...!

BALZAC.—¿No le echará de menos su familia?

JOUVET.—Soy soltero.

BALZAC.—¿Y no tiene otra ocupación urgente?

JOUVET.—Ninguna.

BALZAC.—*(Aparte.)* ¿Cómo me puedo quitar de encima a este pesado? *(Alto.)* Jouvet, dígame: ¿Le agrada el teatro?

JOUVET.—¡Oh, sí, mucho! Es uno de mis principales vicios. Mi existencia es algo anodina y yo necesito experimentar sentimientos, pasiones, emociones, y las obras teatrales me los proporcionan en gran medida.

BALZAC.—Pues, ¡qué casualidad!, precisamente tengo en mi poder dos entradas para la Ópera Cómica que no voy a usar. Se representa *Las armas del diablo*, un magnifico ballet escrito por Teófilo Gautier, con música de... con música de... alguien. De algún músico, con toda probabilidad. Está lleno de esas pasiones que le gustan tanto a usted y estoy seguro de que le encantará. Tenga. *(Le entrega las entradas.)*

JOUVET.—¡Se lo agradezco de veras!

BALZAC.—Sí, sí, ya lo supongo; pero tendrá que darse prisa o no llegará a tiempo a las emociones.

JOUVET.—Es muy amable, pero prefiero quedarme aquí gozar esta tarde de su compañía.

BALZAC.—*(Aparte.)* No ha dado resultado.

JOUVET.—Sin embargo, me guardaré las entradas como prueba de su generosidad. *(Tímidamente.)* ¿Puedo llevarme de recuerdo una cuartilla de las que tiene sobre esa mesa?

BALZAC.—*(Sorprendido.)* Ciertamente que sí.

JOUVET.—*(Coge una hoja de la mesa y se la tiende a Balzac.)* Dedíquemela, haga el favor.

BALZAC.—¿Quiere usted que le dedique una hoja en blanco?

JOUVET.—Sí, se lo ruego. Ponga en ella su ilustre nombre.

BALZAC.—Si tiene tanto empeño...

(Firma en la cuartilla, que el otro se guarda con gran reverencia.)

JOUVET.—Conservaré este papel como uno de mis tesoros más preciados. Será un recuerdo imperecedero de esta visita a la mansión de un genio. Esta hoja tendrá para mí un valor incalculable.

BALZAC.—*(Sonriendo.)* Bueno, querido amigo, no es para tanto. Se trata sólo de una simple cuartilla.

JOUVET.—¡No es una simple cuartilla!

BALZAC.—¿Cómo dice?

JOUVET.—Que no es un mero papel. Es un papel que ha estado sobre la mesa del gran Balzac, el lugar donde se han escrito obras inmortales. Es un papel ilustre, sólo por contacto. ¿Le importa que coja un trozo, un trozo pequeñito de ese papel secante que usa?

BALZAC.—Por supuesto que no. *(Jouvet rompe un trozo de papel secante y se lo guarda.)* ¡Otro recuerdo del genio!

BALZAC.—*(Sonriendo con actitud paternalista.)* ¡Qué admirador tan amable!

JOUVET.—¿Y esta astilla que se ha desprendido de la mesa?

BALZAC.—¿Quiere la astilla? Es toda suya.

(Jouvet saca un pañuelo, envuelve en él la astilla y se la guarda.)

JOUVET.—Mil gracias.

BALZAC.—*(Aparte.)* Nada, que no acaba de irse. *(Alto.)* Querido amigo: se está haciendo tarde y no quisiera entretenerle más de lo necesario.

JOUVET.—*(Sin hacerle el menor caso y fijándose en una papelera*

que hay junto a la mesa.) ¿Qué veo aquí?

BALZAC.—¿Qué ve?

JOUVET.—*(Entusiasmado.)* Son plumas desechadas.

BALZAC.—Claro. Gasto varias al cabo de la semana.

JOUVET.—¿Y van a la basura?

BALZAC.—Claro, querido amigo. ¿Dónde, si no, habrían de ir?

JOUVET.—¡Es un crimen!

BALZAC.—¿Un crimen?

JOUVET.—Las plumas que ha empleado un hombre de su talento en escribir obras magníficas ¡en la basura! *(Con súbita decisión.)* Quiero llevármelas.

BALZAC.—¿Lo dice en serio?

JOUVET.—Completamente. Cogeré una, por lo menos.

(Rebusca en la basura y coge una pluma vieja, que mira con arrobo.)

BALZAC.—Veo que es usted un amante de los recuerdos.

JOUVET.—Sí, lo reconozco: es una de mis debilidades, quizá la mayor.

BALZAC.—¡Vaya, vaya!

JOUVET.—Guardo en mi hogar una gran colección de objetos que me rememoran momentos importantes de mi vida y de la de los grandes hombres a los que he tenido el privilegio de conocer. Estoy muy orgulloso de mi pequeño acopio de tesoros.

BALZAC.—¡Un coleccionista!

JOUVET.—Y hasta un fetichista, me atrevería a decir sin ningún reparo.

BALZAC.—Pues mi consejo, mi muy apreciado Jouvet, es que no lo sea tanto. Son los hombres los que tienen valor, si es que algo lo tiene en este mundo. Lo demás es superfluo y pasajero. Los

muebles, los objetos, se compran nuevos y se tiran cuando están viejos. Son sólo materia. Los hombres debemos concentrarnos en lo perenne y desapegarnos de las posesiones materiales, debemos reducir nuestros deseos.

JOUVET.—¡Qué palabras de sabiduría! Pero permítame que, pese a ellas, guarde estos recuerdos suyos con la veneración que merecen.

BALZAC.—Bien. Si insiste...

JOUVET.—Y le ruego que me cuente la forma en que escribe sus libros. ¡Me gustaría tanto saber cómo es su gloriosa rutina de creación!

BALZAC.—*(Aparte.)* Este admirador se está poniendo insoportable. Si no fuera porque me lo manda Hugo, que me ha hecho favores y a quien no puedo negar nada, le mandaba ahora mismo a... ¡En fin! *(Alto.)* Pues yo os contaré. Hoy ha sido una excepción, pero por lo general duermo hasta la medianoche. Entonces me levanto, ingiero abundante café, me envuelvo en mi túnica, que es para mí como un hábito religioso que me recuerda mi profesión de fe en el mundo del arte, y trabajo de un tirón hasta el amanecer.

JOUVET.—¿Una túnica, dice usted?

BALZAC.—Siempre la llevo puesta mientras escribo. *(Con orgullo.)* Es una túnica preciosa, blanca, de cachemir. Es amplia y holgada, de forma que me permite todo movimiento. Me encuentro sumamente cómodo con ella. Y, además, es en extremo elegante.

JOUVET.—Me encantaría ver ese hábito de sumo sacerdote de la literatura.

BALZAC.—Pues se lo enseñaré... y luego ya se podrá usted marchar. Yo me vestiré con él y comenzaré a escribir.

JOUVET.—¡Qué emocionante!

(Balzac hace sonar una campanilla y, a los pocos instantes aparece Pierre, un criado.)

PIERRE.—Señor...

BALZAC.—Pierre, tráeme mi túnica, por favor.

PIERRE.—*(Tras una pausa.)* ¿La túnica?

BALZAC.—Sí, la túnica.

PIERRE.—*(Avergonzado.)* Verá, señor… eso va a ser imposible.

BALZAC.—¿Cómo dices?

PIERRE.—La túnica no está.

BALZAC.—*(Intrigado.)* ¿Que no está? ¿Cómo puede ser eso?

PIERRE.—Ha salido volando.

BALZAC.—¿Volando?

JOUVET.—Se lavó. Estaba tendida con el resto de la colada. Se desató un fuerte viento y toda la ropa salió por los aires. Hemos recuperado algunas prendas que cayeron en los tejados vecinos, pero la túnica no aparece.

BALZAC.—*(Súbitamente iracundo.)* ¡Mi túnica no aparece!

PIERRE.—No aparece.

BALZAC.—¡¿No aparece?!

PIERRE.—Por ningún lado, señor. La cocinera, la doncella y yo mismo la hemos buscado durante horas. Hemos preguntado a todos los vecinos y subido a todas las azoteas y ¡nada!

BALZAC.—*(En un paroxismo de enfado, comienza a dar vueltas por la habitación ante el estupor de Jouvet.)* ¡¡¡Ah!!! ¡Mi túnica de cachemir, mi apreciada túnica de cachemir! ¡Eres un inútil, Pierre!

PIERRE.—Lo soy, señor.

BALZAC.—¡Te descontaré el valor de la túnica de tu sueldo!

PIERRE.—Sí, señor.

BALZAC.—*(Gritando, cada vez más enfadado.)* ¡No! ¡Mejor! ¡Te bajaré el sueldo! ¿Pero qué tonterías estoy diciendo? Es mucho más sencillo. ¡Quedas despedido!

PIERRE.—¿Despedido?

BALZAC.—¡¡Te pagare lo que se te deba y a la calle!!

PIERRE.—Pero, señor...

BALZAC.—¡¡¡A la calle!!!

JOUVET.—*(Aparte.)* ¡Qué bruto!

PIERRE.—*(Gimoteando.)* Señor, no ha sido culpa mía, se lo aseguro.

JOUVET.—*(Interviniendo tímidamente.)* Monsieur Balzac, perdónele. Sea generoso.

BALZAC.—*(Tranquilizándose gradualmente y pasando del enfado a la tristeza.)* ¡Tienes razón, Pierre! No es culpa tuya: tú eres un criado fiel que siempre me ha servido bien. Puedes quedarte.

PIERRE.—Gracias, señor.

BALZAC.—Es más: te subo el sueldo.

JOUVET.—Gracias, señor.

BALZAC.—Pero mi túnica... ¡mi querida túnica...!

(Se echa a llorar desconsoladamente. Jouvet y Pierre le dan palmaditas en la espalda e intentan consolarle.)

JOUVET.—Tranquilícese, háganos el favor.

PIERRE.—Señor... Conseguiremos una túnica igual; no: otra mejor, de mejor calidad.

BALZAC.—*(Sentándose en el suelo, sin dejar de llorar.)* ¡Pero no será la misma! ¡Mi túnica! Así como el guerrero adopta su armadura para el combate y el minero sus vestiduras de cuero, así adopté yo mi túnica blanca, semejante a la cogulla de un monje, que me hacía recordar inconscientemente que estaba de servicio, obligado por un juramento ante los dioses del arte y dedicado a la excelsa labor de la creación.

PIERRE.—*(Aparte.)* ¡Vaya una cursilada!

BALZAC.—¡Y ahora...! ¡Esa túnica lo era todo para mí! ¡Sin ella no podré escribir ni una sola línea!

(Solloza ruidosamente con la cara entre las manos.)

JOUVET.—*(Aparte.)* Al final, para ver emociones no me ha hecho falta ir al teatro.

TELÓN

ULISES NO SABE VOLVER A CASA

El Hades, el infierno griego, una apacible mañana de primavera (aunque allí dentro no se nota mucho). En escena, Tiresias, digno anciano, con una barba blanca y una túnica de tela de saco que le debe de raspar muchísimo. Se aburre miserablemente, porque el infierno va precisamente de eso: de aburrirse. De pronto, huele llegar a un hombre (escribimos «huele llegar» en lugar de «ve llegar» porque Tiresias es ciego cual topo). Se le ilumina el semblante. Al poco, aparece en escena Ulises, a quien los griegos llamaban Odiseo y su madre, Pichurrín.

TIRESIAS.—¿A quién buscas, forastero?

ULISES.—Busco al maestro de adivinos, al famoso Tiresias, al quien nada se le oculta.

TIRESIAS.—Ya lo has encontrado: estoy ante ti. ¿Y quién eres tú, ¡oh, desconocido!?

ULISES.—*(Tras una pausa de desencanto.)* ¡Vaya porquería de adivino que estás hecho si no puedes averiguarlo! Ya me advirtieron que Calcas era mejor conocedor del futuro.

TIRESIAS.—*(Indignado.)* ¡No me ofendas, Odiseo, hijo de Laertes! Aunque viejo y caduco, aún poseo mis capacidades adivinatorias. Pero es que esta mañana me he levantado con un dolor de cabeza terrible y tener que adivinar cosas me lo empeora. Me es más cómodo que me lo cuentes. En cuanto a los poderes de Calcas, estás pero que muy mal informado. Ese tipejo presume de aurúspice, pero es un impostor como la copa de un pino, incapaz de adivinar qué día de la semana viene después del miércoles.

ULISES.—(Se ha picado.)

TIRESIAS.—No es por presumir, pero, si quieres conocer el futuro, has hecho bien en venir a mí. Anda, siéntate en esa roca, que está templadita, y tómate algo.

ULISES.—¿Qué me ofreces?

TIRESIAS.—En realidad, nada. Aquí no tengo ninguna bebida ni

vianda con la que te pueda agasajar.

ULISES.—¿Entonces, para qué me has dicho...?

TIRESIAS.—Era simplemente una fórmula de cortesía. *(Odiseo se sienta en la roca. O no se sienta; todo depende de si el actor que hace de Odiseo está cansado o no.)* Oye, ¿cómo has podido hallar este lugar que hoy hollas?

ULISES.—Lo hollo porque lo hallé ayer. Después de todo un día buscando la entrada, la encontré y no temí internarme.

TIRESIAS.—Hiciste bien, pues me place la compañía. Bien, Odiseo: te hablaré con el corazón. Sé que has venido a preguntarme el camino de vuelta hacia tu patria, la isla de Ítaca. Y también sé qué aventuras te depara el futuro cercano. A todo te contestaré, pero mi condición para hacerlo es que me primero me cuentes en detalle tu viaje.

ULISES.—¿Y por qué puede interesarte?

TIRESIAS.—Porque en este lugar infernal no hay con qué matar el tiempo. Los libros que me traje ya me los he leído muchas veces: me los sé de memoria; y, la verdad, el tedio me está volviendo majareta.

ULISES.—¿No hay condenados con quien hablar?

TIRESIAS.—¡Oh, no! Muy pocos. Y los que hay han llevado vidas tan vulgares y anodinas que su narración no entretiene lo más mínimo. Compadécete, pues, de un viejo y relátame tus aventuras, pues yo adivino el futuro, pero el pasado es algo a lo que no tengo acceso.

ULISES.—Si no lo hago, ¿no me contarás qué me aguarda en el porvenir?

TIRESIAS.—No diré «esta boca es mía».

ULISES.—No me queda otra opción, entonces. Bien, disponte a escuchar.

TIRESIAS.—Espera a que me ponga cómodo. *(Se repantiga en el suelo, apoyándose contra una roca.)* Y sé cuidadoso con lo que me cuentas y cómo lo haces. No uses palabrotas. Ten en cuenta que, dentro de algunos siglos, esta conversación nuestra será conocida

por muchos.

ULISES.—¿Y eso?

TIRESIAS.—Homero, un ciego como yo, aunque mucho más cochambroso, la relatará en el Canto XI de un poema que escribirá sobre ti y tus viajes.

ULISES.—¡Qué majo!

TIRESIAS.—Y Sófocles, el gran trágico calvo, la narrará asimismo en su tragedia *Edipo Rey*.

ULISES.—¿Seré famoso? Me das una alegría. ¿De veras saldré en una comedia?

TIRESIAS.—No te ilusiones demasiado, porque serás sólo un personaje secundario; además, aparecerás en una escena de ésas que siempre cortan para que la obra no dure demasiado y el público no se canse. Pero, a lo que íbamos. Inicia tu narración.

ULISES.—Nada más acabar la guerra de Troya, el ansia de volver con mi esposa, Penélope, me impulsó a embarcarme sin perder un momento.

TIRESIAS.—¿Es guapa? ¿Tiene las curvas donde hay que tenerlas y en sus debidas proporciones?

ULISES.—¡No seas impertinente! ¿Qué puede importarte eso a ti, ciego?

TIRESIAS.—Ignoras el poder de la imaginación.

ULISES.—En cuanto a Penelo...

TIRESIAS.—¿A quién?

ULISES.—A Penélope; yo la llamo Penelo para abreviar.

TIRESIAS.—Claro: sigue siendo un nombre un poco largo, pero entiendo que no quieras abreviarlo más.

ULISES.—Reconozco que ella está de muy buen ver. *(Pensativo.)* Quizá es excesivamente ancha de caderas, pero eso no hace al caso.

TIRESIAS.—Siento haberte ofendido. Pero es que siempre me han gustado las mujeres.

ULISES.—Cosa rara en Grecia.

TIRESIAS.—Sí. Y a ello se debe mi ceguera. Sorprendí a la diosa Atenea cuando se bañaba desnuda en la fuente Hipocrene, en el Monte Helicón, para subir el cual, por cierto, eché el bofe. El caso es que la contemplé fijamente durante más tiempo del que hubiera sido honesto y, entonces, ella, con sus poderes divinos, me privó de la vista.

ULISES.—¡Qué crueldad!

TIRESIAS.—Se sintió avergonzada de que un mortal viera su celulitis, que ella mantenía siempre oculta bajo su túnica. Pero, en fin, eso es ya historia antigua. Sigue con tu relato, ¡por Zeus!

ULISES.—Bien. Te dije que la guerra había finalizado. Yo quería regresar a mi patria y no sólo por mi esposa. La comida que nos dieron en el campamento durante el larguísimo asedio era infame y repetitiva. ¿Te haces cargo de lo que es estar diez años comiendo todos los días lo mismo? ¡Es para volverse loco!

TIRESIAS.—Prosigue.

ULISES.—Me embarqué con mis soldados, como te dije, y emprendimos el regreso. Paramos unos días en Ísmaro, donde moraban los cicones, y destruimos la ciudad.

TIRESIAS.—¿Por qué hicisteis tal cosa?

ULISES.—*(Reflexionando.)* Creo que fue por inercia, por la velocidad adquirida. Llevábamos diez años de pelea continua y, a los pocos días de no matar a nadie, nos pusimos bastante nerviosos. Era como un hormigueo muy desagradable que nos quitamos de encima cargándonos a los primeros que se nos pusieron por delante.

TIRESIAS.—Continúa.

ULISES.—Arribamos a la isla de los lotófagos, un pueblo estrictamente vegetariano que se alimentaba tan sólo de la flor de loto, que, por cierto, sentaba como un tiro. Para entonces yo ya estaba delicado del estómago y no la probé. Pero muchos de mis hombres sí lo hicieron y perdieron del todo el deseo de volver a sus hogares.

TIRESIAS.—¿Ellos no añoraban a sus esposas?

ULISES.—Imagino que supusieron que, tras diez años, habrían todas engordado bastante y no sintieron grandes impulsos de regresar. Varios se quedaron allí. Con el resto marché a la isla de los cíclopes, donde tuvimos un encuentro desagradable, por decirlo de una manera elegante.

TIRESIAS.—¡No me lo digas!: el cíclope Polifemo intentó comeros.

ULISES.—No sólo lo intentó, sino que se salió con la suya con muchos de mis compañeros. Pero, ¿no me dijiste que tu visión profética no te permitía conocer el pasado?

TIRESIAS.—En efecto. Pero para imaginar el peligro de la isla de los cíclopes no hace falta ser adivino: basta con no ser imbécil. ¿Escapaste de Polifemo?

ULISES.—No sólo logré escapar: le cegué, clavándole una gran estaca en su único ojo. Conseguí salir de la isla, junto con algunos de mis soldados, pero los vientos marinos nos apartaron bruscamente de nuestro rumbo.

TIRESIAS.—¡No me extraña! El cíclope es hijo de Poseidón, el dios del mar, que tuvo una vez una aventurilla pasajera con una cíclopa. Estaría lógicamente bastante enfadado con vosotros. Sigue contando.

ULISES.—Eolo, dios de los vientos, se apareció entonces entre nosotros y nos pidió un favor.

TIRESIAS.—Esto se pone interesante.

ULISES.—Quería que le hiciésemos un recado: teníamos que llevar una bolsa a algún sitio. Pero dentro de la bolsa había varios vientos, muy malolientes por cierto, que se escaparon y desencadenaron una tormenta. La nave encalló en la isla de los lestrigones, unos señores muy siniestros que se comieron también a unos cuantos de mis compañeros. Después vino lo de Circe.

TIRESIAS.—¿Quién es ésa?

ULISES.—Una insaciable. Era una hechicera, más fea que un dolor, que me reveló que para averiguar el camino a mi hogar tendría primero que venir a los infiernos a verte a ti. Con lo que me encaminé para acá, parando tan sólo un rato a hacer una ofrenda de ovejas.

TIRESIAS.—Ya.

ULISES.—Y aquí me tienes. Bueno: yo ya he cumplido mi parte. Anda, adviérteme ahora de lo que me aguarda.

TIRESIAS.—Lo haré, pues te he dado mi palabra y no quiero quedar como un cochino embustero. Verás: cuando salgas de aquí pasarás cerca de una isla de sirenas que pueden enloquecer a tus compañeros con sus cantos.

ULISES.—¿Tan mal lo hacen?

TIRESIAS.—Sigue tu camino sin escucharlas. Llegarás luego a un estrecho entre Scila y Caribdis...

ULISES.—¿Cómo has dicho?

TIRESIAS.—Scila y Caribdis.

ULISES.—Me estás metiendo un camelo.

TIRESIAS.—No. Esos lugares existen de veras y son muy peligrosos. Evítalos. Arribarás luego a la isla de Ogigia, donde vive la ninfa Calipso, que se enamorará de ti como una loca.

ULISES.—¡Otra insaciable! ¿Es guapa? ¿Es atractiva?

TIRESIAS.—Mientras está callada, sí. En cuanto abre la boca se esfuma su encanto. Irás luego al país de los feacios, donde su rey, Alcínoo, te invitará a merendar.

ULISES.—Voy a tener que apuntar todo esto, porque se me va a olvidar.

TIRESIAS.—Alcínoo te prestará una nave para que vayas por fin a Ítaca. Por cierto, tendrás que dejarle un depósito, por si al navegar se producen desperfectos. Veo con mis poderes adivinatorios que nunca recuperarás esa cantidad.

ULISES.—¿Qué más?

TIRESIAS.—Los dioses te harán otras mil perrerías y te mandarán vientos contrarios, por lo que darás unas cuantas vueltas antes de llegar a tu isla.

ULISES.—¿Y eso es todo?

TIRESIAS.—¿Te parece poco? Lo que sí te aconsejo es que te des toda la prisa que puedas. *(Hace una pausa.)* Aunque, pensándolo bien, da un poco igual..

ULISES.—¿Por qué dices eso?

TIRESIAS.—No, por nada.

ULISES.—¡Habla!

TIRESIAS.—Porque Penélope...

ULISES.—¿Qué pasa con ella?

TIRESIAS.—Está rodeada de pretendientes. *(Pausa.)* Algunos de ellos son muy guapos.

ULISES.—¡Qué me dices!

TIRESIAS.—La acosan, la asedian. Quieren conseguir sus favores.

ULISES.—¿Y ella?

TIRESIAS.—¿De verdad quieres saber todo el futuro?

ULISES.—¡Me haces desesperar, oh, viejo! ¡Cuéntamelo todo!

TIRESIAS.—Déjalo. No merece la pena...

ULISES.—¡¡¡Cuéntamelo!!!

TIRESIAS.—Penélope accederá y, creyéndote ya fiambre, pondrá sus encantos a disposición de sus pretendientes.

ULISES.—¿Cuántos son?

TIRESIAS.—Cincuenta y nueve.

ULISES.—¡Maldición!

TIRESIAS.—Pero no todos las gozarán.

ULISES.—¿Ah, no?

TIRESIAS.—No. Varios de entre ellos no deshonrarán tu lecho.

ULISES.—¿Cuántos?

TIRESIAS.—Dos. En realidad, uno de ellos prefiere a los efebos y el otro estará enfermo con paperas.

ULISES.—¿Y todo eso ocurrirá antes de que yo consiga llegar?

TIRESIAS.—Inexorablemente.

ULISES.—¿Estás seguro?

TIRESIAS.—Mi visión profética no ha fallado jamás.

(Odiseo coge a Tiresias por la barba, saca un puñal extralargo y se lo clava repetidas veces en el hígado. Tiresias se muere sin perder un minuto.)

ULISES.—¿A que esto no lo habías adivinado?

TELÓN

Sobre el autor

ENRIQUE GALLUD JARDIEL (Valencia, 1958) es autor, entre otros, de los siguientes libros de humor: *La ajetreada vida de un maestro del humor, Libro de libros. Mil curiosidades sobre el más fascinante de los mundos, Historia estúpida de la literatura, Grandes pelmazos de las letras universales, Español para andar por casa, El discurso insoportable y otros cuentos de humor, El profesor Pericot y la ridícula historia universal, Majaderos ilustres. Biografías cómicas, Los cien mejores chistes para niños, Libros que no querrás leer, El arte de hacer de todo, Escritores en pijama, Historia para reír. Séneca, Quevedo y otros plastas por el estilo, Historia cómica de la literatura mundial, El follón del fin del mundo, Teoría y mecanismos del humor, Historia cómica de España, Peliculeces, Gamberradas literarias, Viajes chapuceros y lugares espantosos, Escritos birriosos. Géneros literarios de tres al cuarto, Historia cómica del arte, Historia cómica de la filosofía, Historia cómica del cine, Vidas de gentuza, La tortuga aprendiza. Trifulcas y peloteras, Hitos malditos de la historia, Canallas y mangurrinos, Oficios que no valen la pena, Jardiel en cartel* e *Historia cómica de la música.*